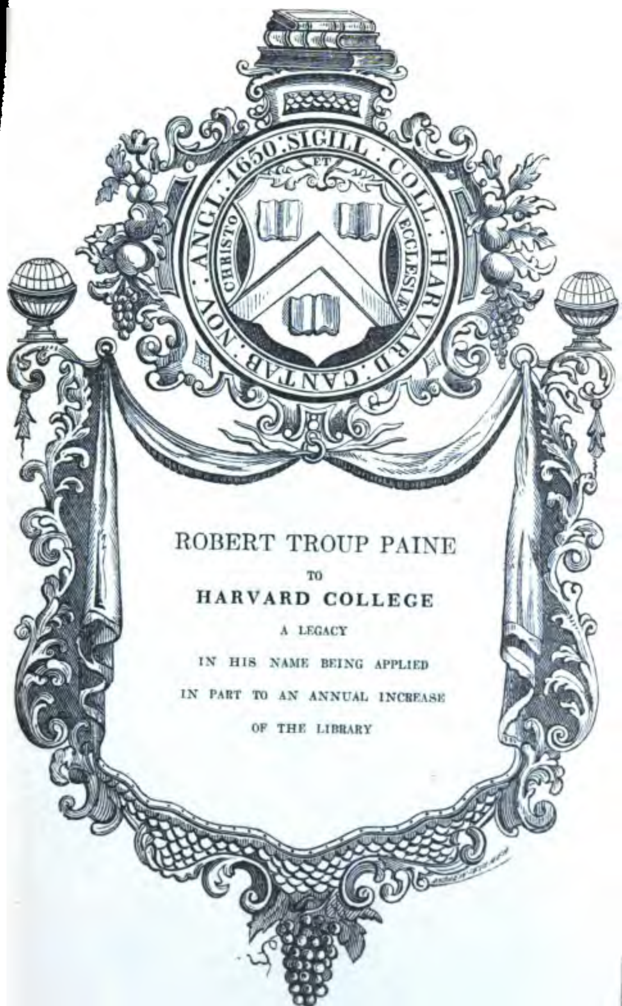

NOV: ANGL: 1650: SIGILL: COLL: HARVARD: CANTAB:
CHRISTO ET ECCLESIÆ
ROBERT TROUP PAINE
TO
HARVARD COLLEGE
A LEGACY
IN HIS NAME BEING APPLIED
IN PART TO AN ANNUAL INCREASE
OF THE LIBRARY

LA

ARITMÉTICA

EN EL AMOR

Braine-le-Comte (Bélgica). — Imp. de la V^DA^ de Ch. Bourret

ALBERTO BLEST GANA

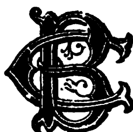
LA

ARITMÉTICA EN EL AMOR

NOVELA DE COSTUMBRES

TERCERA EDICIÓN CORREGIDA POR EL AUTOR

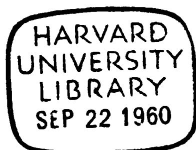
TOMO PRIMERO



LIBRERÍA DE LA V^DA^ DE CH. BOURET

PARÍS | MÉXICO
23, Rue Visconti, 23. | 14, Cinco de Mayo, 14.

1897


HARVARD
UNIVERSITY
LIBRARY
SEP 22 1960

LA
ARITMÉTICA
EN EL AMOR

I

Entraré en materia advirtiendo al lector que los sucesos siguientes acaecieron en el año de gracia de 1858.

Fortunato salía de su casa como salen muchos: sumidas ambas manos en los bolsillos del pantalón y con el cigarrillo de hoja de Talca humeante entre los labios. Llegado al umbral de la puerta de calle, detúvolo un espectáculo delicioso, de esos que hacen latir el corazón de un joven con una fuerza motriz de muchos caballos: una mujer de negra basquiña y de más negro mantón, inclinada con indecible gracia, apoyaba un pequeño y bien calzado pie sobre una piedra y con sus blancas manos arreglaba el cordón de su botín. Fortunato no era un libertino, ni pertenecía á esa clase de hombres que, á causa de su admiración

acalorada por el bello sexo, se llaman *enamorados*. Era un buen muchacho de veintitrés años, sencillo como un seminarista, que rezaba una *salve* al acostarse y en sus primeros años ayudaba la misa al cura de su parroquia. Pero la sangre se le agolpó al cerebro como la ola que azota el costado de un buque, sus pobres ojos vieron prodigios, y sin dar cabida á la reflexión, se arrojó de rodillas, y tomó entre sus manos el pie de la desconocida en ademán de acomodarla el cordón. Ella dió un grito agudo y se alzó llena de majestad, arrojando sobre el joven una mirada de espanto. Mas el buen Fortunato sólo vió que aquella mujer era joven, notablemente bella, y que las proporciones de todo su cuerpo parecían en armonía con la aristocrática elegancia del pie. En una sola mirada ideó todo un poema, él, mozo prosaico y positivo, que siempre había vivido libre del dominio fatal de la imaginación. ¡ Ah mujer ! ¿ En qué consiste tu misteriosa fascinación ? Muchos se reirán al leer esta pregunta, cuando el autor se siente al hacerla más serio que un juez que pronuncia una sentencia. Pienso que el más obstinado ateo sentirá la fuerza de un ser superior á todo lo humano si considera su destino respecto de la mujer. No admito como réplica el ejemplo de tal ó cual individuo que las desprecia ó hace alarde de indiferencia, como

tampoco el de los monstruos que las maltratan; y aun el voto que nuestra religión exige de los que se consagran á su ministerio, no tiene ante mi juicio fuerza ninguna para convencerme de nuestra pretendida superioridad. Vivimos para ellas, nuestros únicos y legitimos señores.

Fortunado experimentó la fuerza de esta verdad, al sentir el fuego de los ojos de la desconocida.

— Caballero, dijo ella, no sé con qué derecho...

— Con ninguno, señorita, dijo tímidamente el mozo, fué un deseo involuntario de ahorrarla el trabajo de arreglar el botín.

Y era tan comunicativa la franca admiración que expresaban los ojos de Fortunato, que la desconocida le agració con una de esas sonrisas de perdón, que caen sobre una alma tímida, como el rocío sobre los plantas sin riego. Parecióle que un aire tibio y voluptuoso acariciaba su frente con sus oleadas magnéticas, sacudió sus cabellos cual si pesasen demasiado sobre sus sienes, y entreabrió los labios para decir algo en su abono; mas las ideas habían desertado de su cerebro, ó más bien, se algolpaban de tal manera á su imaginación, que las unas impedían el paso á las otras.

— Entretanto, dijo la desconocida, mi botín no está arreglado por culpa suya :

— Permítame reparar el mal, dijo Fortunato,

en cuya memoria el pie de la joven se había grabado como un delicioso recuerdo.

El deseo que dictaba á Fortunato estas palabras era el mismo que nos pierde á todos los hijos de Eva : quería volver á ver lo que había turbado su alma hasta el punto de darle osadía. Este deseo de repetir las sensaciones agradables es el verdadero flaco de nuestra no muy robusta organización moral.

— ¿ Está Vd. loco ? preguntó la desconocida.

— No lo creo, dijo Fortunato, pues no advierto nada de extraordinario en lo que pido.

— En tal caso tenga la bondad de seguir su camino : se lo agradeceré infinito.

Fortunato obedeció al tono imperioso de estas últimas palabras y dejó el puesto desconsolado y mohíno, bien que prometiendo seguir á su desconocida hasta averiguar su domicilio. Sentía en su pecho la rabia del cazador que ha dejado escaparse una perdiz por no matarla en el suelo.

Poseído de su idea, olvidó que al salir de su casa se dirigía á la de su tío, abogado antiguo y de valer, su único apoyo en el laberinto de nuestra buena capital.

—— —

II

Jóvenes que corréis tras la felicidad con el ahínco de un comerciante tras el despacho de sus pólizas; vosotros para quienes la vida sin amor, á ó lo menos sin mujer, es como una taza de té sin azúcar; mozos que aun conserváis la dulce fé del alma, intacta y reverenciada, como una niña pura conserva la primera flor de su primer amante ¿qué habríais hecho en la posición de nuestro héroe?.....

Fortunato miró con ojos ávidos el cuerpo de la bella desconocida que, enderezándose de la graciosa actitud en que se hallaba, tomó de nuevo la posición vertical. Luego la vió cubrirse hasta los ojos con el embozo de su mantón, oyó el ruido cariñoso de su basquiña de vuelos y la contempló deslizarse aérea y misteriosa sobre el suelo, como

un ángel rozando la tierra ó cual una mujer que acude á una cita. Porque estas dos imágenes son una misma cosa, lector amigo. Cierto que el más indiferente mortal debe sentirse conmovido al ver á uno de estos ángeles de nuestro mundo, andar por esas calles de la capital, fugaces como dinero de empleado, evitando las miradas de los curiosos, que siempre los hay en dondequiera, y dirigiéndose quién sabe á dónde. ¿ Ese ángel va á una iglesia ó á una cita ? Á una ó á otra, ó bien, lector, á ambas partes, porque, como dicen vulgarmente, *en todas partes se cuecen habas,* y no veo por qué en la lengua de tierra que llaman Chile, los miembros del sexo amable han de privarse de satisfacer sus deliciosos caprichos. ¿ Sentís el roce de la seda que comunica á los nervios un extraño magnetismo, que los fabricantes de Lyon ni sospechan tal vez en sus tareas? Fortunato, inocente y joven, dos calidades que no es tan común encontrar reunidas por más que así parezca, Fortunato experimentó la fascinación de ese ruido y le fué imposible impedir á sus piernas que echaran también á andar en seguimiento de la desconocida del mantón.

Atravesaron calles y plazas, pantanos y lodazales, tropezaron en las grietas de las veredas, cuyas losas parecen haber declarado abierta guerra al calzado de los transeuntes, con beneficio tan sólo

de unos pocos tenedores del artículo, y llegaron, por fin, á una calle, tan sucia como todas las otras, ella delante y él detrás, como la mentira y la verdad.

Paróse la joven un instante, y volviendo hacia atrás los ojos, divisó á Fortunato marchar resueltamente hacia ella.

— Extraño mucho, señor, le dijo cuando éste se acercó con el rostro risueño como el solicitante de empleo cerca de algún ministro: extraño mucho, señor, que un caballero, como Vd. parece, se atreva á seguir así á una señora que.....

— Señorita, no la he seguido á Vd., replicó Fortunato con un aplomo imperturbable; cuando el lector sabe que el bribón mentía como un jesuíta.

— Y sin embargo, replicó ella, Vd. ha venido tras de mí, y nos hallamos juntos de nuevo, después de habernos separado á diez cuadras de este lugar.

— Lo confieso, es muy cierto; pero no es más que el efecto de una extraña y feliz casualidad.

— ¡ Feliz, caballero ?

— Á lo menos para mí, exclamó el mozo con tan seductor acento, como si estuviese avezado al vocabulario de la galantería.

Hay dos cosas que el hombre y la mujer apren-

den con perfección sin necesidad de previa práctica: á amar y á engañar. Amando, se habita, según dicen, un pedazo del paraíso que perdió nuestro padre común por un exceso de sensibilidad; amando se reina sobre otro corazón tanto y tal vez más rico que el nuestro, y puesto que el hombre aspira al dominio por su mala estrella, ¿qué más grato imperio que el de otro ser delicado y puro que multiplica hasta lo infinito nuestros goces, cuando todos conocemos tantos individuos que no reinan más que sobre los inquilinos de sus haciendas? Amando, en fin, componemos con la mujer de nuestro afecto, un par de seres felices sobre la tierra, lo cual debe ciertamente enorgullecernos, ya hay tantos pares que son infelices hasta inspirar una caritativa compasión.

Y engañando ¿quién no ha visto abrirse ante sus ojos las sendas casi inaccesibles de la felicidad?

Mas al ver juntos estos dos infinitivos *amar* y *engañar*, se preguntarán algunos si el amor es un engaño, sin más que por esa maldita tendencia investigadora que ha hecho á los filósofos descubrir nuestras más recónditas sensaciones, dejándonos, después de tan brillantes tareas, tan avanzados como antes. Por mi parte, para librarme del

compromiso de la respuesta, delego mis poderes á jueces más competentes que yo y encargo de la contestación á las mujeres.

Labios rosados de seductora humedad, no os sonriáis, por Dios, al fallar en la materia : más que ardua es la cuestión para nosotros. Pensad que desde nuestros primeros pasos aspiramos al amor, como las avecillas á dejar el nido y hender los aires con su vuelo : pensad que á él se ligan nuestra ambición, nuestras esperanzas y deseos, cosas por supuesto más respetables que el corte de un vestido ó el adorno de una manteleta, y pensad, en fin, que en medio de tantas decepciones, tenemos necesidad de una creencia, porque todos hemos amado, amamos ó amaremos, desde el más encumbrado ciudadano hasta el labriego más tosco é incivil, y que si no todos aman, no es por cierto por falta de deseos.

Fortunato entretanto, balanceaba su cabeza con el aire de un hombre que cree haber dicho una frase digna de esculpirse en mármol, gesto que el lector puede ver en acción por poco que se dé el trabajo de frecuentar nuestros aristocráticos salones, internándose en el riñón de la sociedad santiaguina, ya que tiene riñón esta *gran dama.* Y allí, reclinado sobre un muelle sofá de *palisandra,* forrado de rico *lampas,* puede observar á tanto

mozo con bigote, lanzar á quema ropa sus galanteos, ofreciéndolos como si fuese agua bendita.

Fortunato estiró el cuello de su camisa en señal de satisfacción y permaneció, como dijimos, balanceándose delante de la dama que le miraba con creciente sorpresa.

— En fin, señor, dijo ella, tenga Vd. la bondad de pasar de largo ; esta es una casa respetable y no quisiera que al entrar yo le vieran á Vd. en observación delante de la puerta.

— Pierda Vd. cuidado, dijo nuestro improvisado Lovelace, no me verán en la puerta, porque entraré junto con Vd.

— ¡ Oh ! exclamó sonriéndose la joven, esto ya pasa los límites, caballero, y le suplico tenga la bondad de irse. ¡

— Imposible, contestó Fortunato, pues como tuve el honor de decir á Vd., una extraña casualidad nos ha reunido aquí, y yo, por mi parte, confieso que me dirigía á esta casa cuando tuve el placer de verla á Vd.

— ¿ No es esta la casa de D. Anselmo Rocaleal ?

— Sí, señorita, mi honorable tío, abogado de notoria distinción y...

Mas la voz pareció anudarse en la garganta del mozo, que palideció hasta el punto de parecer que sufría una fatiga.

— ¡ Ah, Vd. es su sobrino ! exclamó la bella desconocida, lanzando sobre el joven una terrible mirada, la misma que parecía haberle hecho el efecto de una mordaza. Y al proferir esta exclamacion, sus labios se comprimieron, haciendo un gesto de indecible desprecio. Volviéndose después sin saludar, se internó en las habitaciones de la casa, mientras el buen Fortunato tenía el aire de un hombre que, habiéndose acostado en su cama, se despierta rodando por el suelo.

III

Presumo quel el lector preferirá conmigo seguir á la bella desconocida al interior de la casa de D. Anselmo Rocaleal, abogado de notoria distinción, según las textuales palabras de nuestro héroe.

En una pieza de pequeñas dimensiones, con las paredes cubiertas por un papel de dudosos colores y amueblada con sillas, mesas y un sofá de atrasada fecha, se encontraba D. Anselmo sumido en una poltrona, estirando la mano para tomar un mate, que una vieja criada de indigesto semblante le presentaba. Rayaba el buen hombre en los sesenta, bien que el cuidado que en acicalarse gastaba, le hacía aparecer con diez años menos de los que en realidad había vivido: era, pues, un viejo bastante verde, de buena estatura y de no

poco abultadas dimensiones; amante de la buena mesa y apreciador de las seducciones del bello sexo, cerca del cual sus pretensiones, lejos de disminuir con los años, como natural parece, habían aumentado en progresión inversa de la pérdida de sus ventajas físicas, mientras que él se empeñaba en creerlas en su resplandeciente apogeo. ¡Oh vanidad! prenda de todos, notable punto de nuestra semejanza con Lucifer, á dónde conduces á veces á los más honrados corazones! ¡de cuán distinto modo haces reflejarse en el espejo de la vida la imagen del rey de la creación! Para convencerte, lector, de la verdad de este apóstrofe, ve al teatro ó á los bailes, cuenta las personas que se ocupan en divertirse, sustráelas del total y hallarás por residuo una inmensa mayoría que tan sólo se ocupa de sí misma. ¿Qué mucho, pues, que un hombre rico, pasablemente conservado, como sucede con las ciruelas en aguardiente, un hombre que en su mocedad había dado y recibido numerosos cadejos de pelo; un hombre soltero sobre todo, qué extraño es que aspirase á las atenciones femeninas? ¡Ah! si el tiempo que desbasta nuestros atractivos, se encargase también de apagar en el corazón esa sed de amor que Adán nos legó en el catálogo de nuestra mísera herencia, entonces y sólo entonces podría

esperarse que el mundo anduviese tal cual por su camino. Mas, entretanto, fuerza es que nos resignemos á ver todos los días hombres que se niegan á dejar el puesto á las generaciones que desde atrás les vienen empujando: fuerza es que miremos con paciencia las flaquezas de nuestros prójimos, para que las propias nos perdonen y que, andando el tiempo, no desoigamos sus consejos como si fuera sermón de diez y ocho de septiembre. Arquímedes pidió sólo un punto de apoyo para mover la tierra: yo, por mi parte, que de mecánica me abstengo, tan sólo pediría que nos quitasen la vanidad para dejar al mundo en la quietud más envidiable, pues tengo para mí que no es movimiento lo que nos falta á nosotros pobres peregrinos en este valle de incesantes afanes. Sin la vanidad, es decir, sin brillantes, sin blondas ni *valenciennes* ¿qué sería doña Fulana, que todos admiran en la Alameda? Sin sus ricos vestidos de aterciopeladas flores, sin su coche, sus lacayos y su palco en la ópera ¿qué sería doña Zutana, la altiva dama de envidiadas riquezas? ¿En qué se tornaría su pompa y su insolencia si, despojadas de los atavíos prestigiosos del lujo, quedasen reducidas á las amargas penalidades de la pobreza? ¿Sus amantes y aduladores las tributarían los mismos homenajes?

Consolaos, niñas sencillas y modestas que aun guardáis intacta la santa pureza del corazón. ¡ Ah ! pensad que lleváis en vuestro pecho una joya que nadie puede recobrar después de perdida. Vosotras que al salir el sol lo saludáis como las aves ; vosotras que leéis en una mirada amante todo un casto poema de indefinida ventura, consolaos de vuestra humildad y vuestra pobreza, pues hay corazones bastante nobles para recoger la modesta flor que se oculta á las miradas y elevarla en su alma un trono al que la más orgullosa de esas damas jamás logrará subir.

Llevó D. Anselmo la bombilla á sus labios y comenzó á sorberse el mate con la gravedad de un hombre desocupado.

— Una señorita dice que desea hablar con su merced, dijo, apareciendo, la criada que se había retirado después de pasar el mate.

— ¿ Una señorita ? preguntó D. Anselmo con los ojos radiantes de esperanza ; hazla entrar, Matea, hazla entrar.

Y esto diciendo, el buen caballero dejó su mate sobre la mesa y se paró, echando á rodar por tierra la cigarrera que tenía sobre sus piernas.

— Señorita doña Julia, dijo viendo entrar á nuestra desconocida, siéntese Vd. ¿ Á qué debo

el honor de esta visita? ¿Su mamita está buena? y.....

Aquí D. Anselmo interrumpió su frase para recibir con mayor recogimiento la dulce mirada con que Julia pagó sus atenciones.

— Mi mamita muy buena, Sr. Rocaleal, dijo sentándose la joven y echando hacia atrás, con indecible gracia, su mantón que dejó ver una bellísima frente, sobre la cual los ángeles de la inocencia parecían andar revoloteando para servirnos del llamado estilo gongoriano.

Arregló su basquiña, humedeció sus labios y se colocó, en fin, en esa actitud de inocente voluptuosidad que conocen las mujeres para pescar al vuelo á los corazones inexpertos.

Don Anselmo se creyó transportado en plena zona tórrida; parecióle que el ardiente sol de los trópicos lanzaba sobre su peluca sus rayos abrasadores.

— ¿Conque su mamita buena? repitió confuso el buen abogado; ¡cuánto me alegro!

Julia le miró con imperturbable seriedad, haciéndole una expresiva afirmación con la cabeza.

— Y Vd., dijo D. Anselmo, cada día más bella y más.....

— Ah, Sr. Rocaleal, exclamó ella, interrumpiéndole, Vd. cada día más galante.

— Es que cerca de Vd., prosiguió don Anselmo envalentonado, nadie podrá dejar de serlo.

— Hablemos de algo más serio, replicó Julia, afectando una divina confusión.

— Estoy á sus órdenes, señorita.

— Me he acordado que Vd. ha tenido ya la bondad de prestarme sus consejos en asuntos de intereses y me he tomado la libertad de venir á incomodarle de nuevo.

— No diga Vd. incomodarme, pues para mí es un placer servirla en algo y siempre la tengo á Vd. presente.

— En cuanto á esto último me permitirá Vd. dudar, exclamó Julia sonriéndose.

— ¡ Dudar ! ¿ Y por qué ?

— Porque rara vez le vemos por casa.

— Mis ocupaciones me roban muchas veces ese placer, dijo D. Anselmo, inclinándose lleno de coqueta galantería.

— Venía pues á decirle, añadió Julia, después de una ligera pausa, que D. Fabián Contreras se niega á reconocer el total de la suma que adeuda á la testamentaría de mi marido.

— ¿ Y en qué se funda ? preguntó Rocaleal, tomando toda su gravedad ¿ tiene recibos del finado ó documentos que acrediten su pago ?

— Creo que no.

— Pues entonces demándele Vd.

— Ya vé Vd., señor Rocaleal, que soy mujer y que nada entiendo de estas cosas y.....

— Dejélo Vd. todo á mi cuidado, yo la prometo conducir este negocio.

— Ah, señor, le deberé un eterno reconocimiento. Y al pronunciar estas palabras, con el timbre más suave de su voz, la bella Julia alzaba sobre D. Anselmo sus ojos que revelaban la más íntima y sentida emoción. Volvió el buen abogado á sentirse en la zona tórrida y pareció vacilar sobre su base, tal era el vaivén de su cuerpo dominado por su sistema nervioso que obraba directamente sobre el cerebro.

— Señorita Julia, dijo fijando sobre ella una mirada asesina, toda mi ambición sería cambiar ese reconocimiento en otro afecto que.....

— Ah, Rocaleal, Vd. dice lo mismo á todas las mujeres, los hombres son tan inconstantes.

— ¡ Inconstante yo ! exclamó D. Anselmo, si Vd. me permitiese amarla, si me aceptase por esclavo, Julia, no dudaría Vd. de mi constancia y hallaria siempre en mí el más rendido de los adoradores.

D. Anselmo, al proferir esta acalorada declaración, recordando que muchos héroes de Mma. Cotin, cuyas novelas había leído siendo colegial, hincaban en tierra la rodilla para producir un efecto

decisivo, se arrojó delante de Julia con sublime menosprecio de sus pantalones, estirados por trabillas de cuero, que hicieron saltar las hormillas que las sostenían.

En este instante la puerta del cuarto se abrió precipitadamente, y el rostro alegre y rubicundo de Fortunato apareció, dominando aquella dramática escena.

IV

— ¡Ah diablo! exclamó Fortunato, al divisar á su respetable tío en tan crítica situación. Y dió al cerrarla tan fuerte golpe á la puerta, que D. Anselmo creyó que la casa se desplomaba sobre su cabeza.

Julia ocultó su rostro entre los pliegues del mantón, mientras el abogado se leventaba rojo de despecho. Mas al ver la blanca frente de la afligida joven y la lujosa profusión de sus cabellos, D. Anselmo pensó, con todo el orgullo de su sexo, que la divina criatura acababa de oir placentera su irresistible declaración.

— Bah, se dijo tentándose la peluca para asegurarse de su fidelidad, este malvado Fortunato no podrá menos que envidiarme; ya querría él que alguien le sorprendiese á los pies de una buena moza.

Esta reflexión fué rápida como un relámpago y pasó por su cerebro acariciando los más delicados resortes de su vanidad. Acercóse en seguida á Julia y tomó una mano que pareció abandonársele por el exceso del dolor.

— ¿ Por qué se aflige Vd ? dijo, dando á su voz la más meliflua acentuación.

— ¡ Ah ! Vd. me lo pregunta, Rocaleal, exclamó Julia, mostrando llenos de lágrimas sus hermosos ojos. ¿ Qué va á ser de mí, de mi reputación, después de lo que acaba de suceder ? Ese joven se creerá autorizado para suponer las más atroces calumnias.

— Tranquilícese Vd., Julia ; ese joven es mi sobrino y yo puedo imponerle silencio.

— Vd. sabe muy bien que los jóvenes son poco discretos y tienen muy corto miramiento por la reputación de las mujeres. ¡ Quién sabe, Dios mío, lo que ese joven va á decir !

— Vamos, Julia, tranquilícese Vd., yo me encargo de velar por su reputación y no será, le aseguro, mi sobrino quien se atreverá á empañarla.

Julia estrechó la mano del galán abogado como impelida por un irresistible arrebato de reconocimiento. D. Anselmo se sentía conmovido al punto de prorrumpir en doloridos sollozos.

— Sí, dijo, tratando de tragarse el nudo que la

aflicción ponía á su garganta, yo velaré por su reputación, Julia, porque si Vd. consiente, me será tan preciosa como la mía propia, pues quiero obtener de Vd. el favor de que me permita reparar el mal que por culpa mía pudiera sobrevenirla.

— ¡ Un sacrificio, no, jamás ! exclamó Julia con el acento de una monja á quien dirigiesen un galanteo.

— Vd. puede llamar mi oferta un sacrificio, porque ignora la profunda veracidad de mi amor, y los reflejos de la llama que abrasa mi pecho, no pueden irradiar al exterior, porque sólo es una llama moral; pero si Vd. leyera en mi alma, Julia, y viera la idolatría que por Vd. me domina, ¡ ah ! entonces no diría Vd. que hago un sacrificio y consentiría en hacerme dueño de esta mano, que estrecho como un don del cielo.

— Señor, aquí está el barbero, dijo entreabriendo la puerta la criada del mate, en el momento en que D. Anselmo besaba lleno de satisfacción la mano de la joven.

— Dile que se vaya al infierno y tú con él, exclamó exasperado D. Anselmo, dando una furiosa patada, mientras la bella Julia ocultaba de nuevo el rostro entre los pliegues del complaciente mantón.

— ¡ Jesús, Jesús ! dijo Matea espantada de la furibunda expresión de su amo. ¿ Qué le ha entrado,

por Dios, al patrón? Está como si le hubiesen ortigado.

Julia entretanto se levantó, y puesta de pie junto á la puerta en la actitud de la inocencia oprimida, su frente parecía brillar con la más evangélica resignación.

— Otra vez, dijo ella, podré hablarle más detenidamente de mis intereses; usted comprende que no debo permanecer aquí por más tiempo.

Y entreabriendo la puerta, hizo á don Anselmo un profundo saludo y se retiró, dejándolo entregado á la más violenta desesperación.

V

Lector ¿ has vivido en provincia ?

Allí cesan la agitación y los cuidados con que en las grandes poblaciones la dura necesidad nos espolea; más plácido es allí el aire que se respira, más barata la comida que se coloca bajo el diente, más sencillos los amores de los jóvenes y más francamente viejas las señoras que pasan de los cincuenta. En el orden moral casi todo es pequeño, modesto y apacible : el veneno de la civilización se infiltra con gran dificultad entre las buenas gentes que allí moran y sus sabrosas conversaciones, á tener las cualidades del vino, serían impagables, pues casi siempre son añejas.

Allí, en esa tierra de bendición, recibió nuestro héroe el primer hielo de la atmósfera. Fortunato nació en provincia.

Bien está ; ¿ pero en cuál de las trece ? me dirán los espíritus curiosos que todo quieren saberlo á punto fijo.

En una de ellas, no importa cuál, exceptuándose sólo la que el Mapocho, con sus turbias aguas, baña cuando hay avenida.

Corría el año de 1835, cuando la madre de Fortunato, niña que á los treinta años había pronunciado el sí nupcial, anunció á su respetable esposo D. Cándido Esperanzano, la fausta noticia de llevar en su seno un fruto de su lícito amor.

— ¡ Ah, ah ! exclamó D. Cándido, que como todo fiel cristiano aspiraba á verse reproducido en otro bípedo á su semejanza, si es hombre, Barbarita, le amanso un potrillo para el año que viene.

El buen D. Cándido administraba una hacienda de su hermano materno don Anselmo Rocaleal, gozando por todo beneficio de la módica entrada producida por una pequeña siembra y algunas vacas lecheras. Su espíritu jamás había traspasado los límites que su vista abrazaba, y el digno administrador no veía, como dicen, más allá de sus narices. Esto, no obstante, no le había impedido salvar cuarenta y cinco primaveras en el goce completo de la más cabal felicidad.

Honradas existencias al abrigo de toda tormenta intelectual, libres del azaroso choque de las ideas ;

bienaventurados que vivís á la sombra de una indolente ignorancia ¿quién más feliz que vosotros? ¡La imaginación! triste laboratorio de más tristes ilusiones; el estudio, pozo de insondables vaciedades; la pasión, el entusiasmo, el amor, ¡reíos de todo esto, como de las espantosas quimeras de una pesadilla fatal! Vosotros vegetáis en paz, porque no pensáis, y os importa un bledo que el aire se componga de oxígeno y de ázoe para sustento de vuestros inalterables pulmones.

Don Cándido Esperanzano, padre de nuestro héroe, pertenecía á ese número no pequeño de ciudadanos estafermos sobre los cuales reposan las bases de todo orden social que presta garantías de estabilidad. Respetaba ciegamente, en política, las providencias del subdelegado del lugar, en religión las palabras del cura de la parroquia y en materia social eran principios fijos en su espíritu que, todo hombre, llegado á cierta edad, debía casarse para tener hijos y tener hijos por haberse casado. La lógica de su espíritu no se detenía en tan bello camino y siempre miró como inconstestable verdad que, habiendo la mujer recibido una constitución más débil que la del hombre, éste debía ejercer sobre aquélla su imperioso dominio, porque si ellas fueran más fuertes, decia él, nosotros seríamos las mujeres.

Consecuente con estos principios, nacidos en su entendimiento con la misma naturalidad que la barba en el rostro del adulto, es decir, en fuerza del tiempo, D. Cándido eligió por mujer á doña Bárbara Castaños, joven de treinta sonados, sumisa como un colegial novicio, y deseosa de unir su suerte á la de otro mortal, con tal que fuese varón como toda hija de vecino que se vé amenazada de la *gota* moral de las mujeres : la perpetua soltería.

Uniéronse en el rigor del invierno, estación, según cuentan, la más á propósito para esta clase de felicidad : hubo gran concurrencia en la noche del enlace y llanto general de todos, como si se tratase de un duelo : lloró la madre y el padre, los novios, las criadas y los chiquillos lloraron, después de lo cual todos discretamente se marcharon, como en tales ocasiones se practica, no sin hacer variados comentarios sobre la actitud y comportamiento de los novios durante la solemne ceremonia del juramento, pretendiendo varias señoras de respeto que Barbarita había pronunciado el *sí* con demasiado despejo, lo que siempre cae en desdoro del sexo tímido, que jamás debe manifestar sus deseos con la misma franqueza que los hombres. Una de las asistentes á la fiesta, que había ido á Santiago en el último verano, declaró que la novia estaba mal vestida, lo que podía tolerarse en personas que no

habían visto sociedad, mas no perdonarse á su madre la poca decencia del escote que llamaba las miradas de los hombres, los que nunca son cegatones para esta especie de espectáculos. Á estos graves asuntos de discusión las buenas provincianas añadían sus puntillas de crítica sobre el servicio y el mate de la casa, despidiéndose después con la satisfacción de haber sido cada una de ellas el punto notable de la fiesta.

Los tiernos esposos salieron del pueblo días después de su enlace, para instalarse en la hacienda vecina, que, como hemos dicho, D. Cándido Esperanzano administraba en nombre de su hermano D. Anselmo Rocaleal: fué su unión ejemplar, y tan larga como sus vidas la luna de miel que disfrutaron, desmintiendo con esto la atrevida aserción de los partidarios del amor en el matrimonio, puesto que había sido aquel un enlace de conveniencia.

Don Cándido, que era lo que ahora se llama con tanto aprecio un *hombre práctico*, se consideró muy dichoso al encontrarse con su Bárbara; él gobernando, en su calidad de hombre, y ella obedeciendo con sus fueros de mujer. Al decir esto, no pretendo sentar como verdad averiguada que en el matrimonio todos los hombres mandan, y obedecen todas las mujeres: maridos hay que son de

suyo mandables, que nacieron con el instinto de la obediencia, como todo judío con el de la usura, hombres pasivos y benignos que llegan á contraer el hábito de repetir en sociedad el final de cada frase que ensartan sus mujeres. Otros obedecen por amor, y aceptan gustosos el dorado yugo que los sujeta á la voluntad de un ser delicado y adorable, que sabe imprimir el sello de su gracia á los más descabellados caprichos. Esta clase de esclavos, no muy abundante, en verdad, viven felices mientras el amor les dura y cuando sus mujeres quieren darse el trabajo de hacerse adorar como *queridas*: de todas las esclavitudes imaginables, esta es la única llevadera, máxime cuando por su larga duración no se convierte en hábito la obediencia, que fatalmente degenera entonces en fastidio. Otros hay, en fin, y éstos componen la respetable mayoría, que, creyendo mandar como sultanes, obedecen, sin saberlo, como eunucos. Éstos no son hijos de sus propias obras, como se dice á veces, sino que lo son de las obras de sus mujeres, que en el manejo de esta clase de vivientes, despliegan la admirable agudeza con que el cielo les dotó en abundancia. Y al paso que algunas logran sus fines, ayudadas por las felices disposiciones del paciente, otras no dan cima á su intento sino después de poner en práctica, con

una perseverancia superior á todo elogio, algún sistema de su propia invención, que indudablemente las conduce al resultado que se propusieron : estas mujercitas, lector discreto, tienen toda la perseverancia de una hormiga que conduce á cuestas un grano mayor que todo su cuerpo ; esfuerzo de Hércules, imposible de creerse si repetidos ejemplos no nos lo probasen cada día.

Trascurridos nueve meses... término fatal en los fastos matrimoniales, doña Bárbara anunció á su señor los primeros dolores de su primera maternidad.

— Hola, dijo D. Cándido, con una previsión digna de elogio, esos dolores, Bárbara, son el anuncio del parto.

Y esto diciendo, ordenó los apreslos del viaje para conducir á su esposa al pueblo, en donde nuestro héroe hizo oir por primera vez el timbre de su voz.

Corría entonces el año de 1835, hallándose á punto de alcanzar el subsiguiente.

Inútil nos parece referir la infancia de nuestro héroe, que fué vacunado, tuvo tos y alfombrilla, como casi todos los niños, y que manifestó después, según la opinión de sus padres, una agudeza y discernimiento muy raros á su edad.

Si todos hubiesen de realizar las predicciones

de los padres, la existencia de los tontos sería un problema insoluble; mas, por desgracia, no sucede así en este variado mundo, lo que á muchos ha sugerido la idea de comparar á sus semejantes con la raza de los pollinos, tan vivos y agraciados en su niñez y tan soberamente asnos cuando alcanzan su completo desarrollo. Fortunato no pertenecía á estos últimos, ni tampoco demostró en su pubertad nada que saliese del común de los hombres. Alma ingenua y sencilla, bello y alegre carácter, inclinaciones un tanto materiales, como el espíritu de nuestra edad, he aquí el personaje que ofrecemos al lector: individuo prosaico y común, incapaz de las violentas pasiones que de ordinario adornan á todos los héroes de novelas, un representante, en esto, de la mayoría de los de su sexo.

Nuestro héroe no tiene más recomendación que la de ser conocido de todos los que esta serie de capítulos tengan la paciencia de leer. Todos le hemos visto por la calle, en la alameda, en el teatro, matando el tiempo como buen santiaguino; todos le hemos saludado y conocido sus aspiraciones. Fortunato Esperanzano es un amigo tuyo, lector paciente, que recordarás, si lo has perdido de vista, así que de estas páginas te vayas imponiendo.

Su infancia fué feliz. ¿Dónde está el hombre cuyas lágrimas de niño hayan dejado en su alma un rastro doloroso? Todos recordamos con dicha esa edad en que el llanto, fácil como la risa, es más que un sufrimiento, un desahogo de la exuberancia de vida que poseemos. Cuando la mano descarnada de la experiencia no ha helado aún en nuestras venas el fuego del entusiasmo, somos felices, porque vivimos identificados con la naturaleza á cuya sublime armonía contribuímos con el alma, así como las flores prestan al aire su aromática esencia; vivimos contentos, porque gozamos del sol sin preguntarnos de dónde viene, y vemos en cada semejante un amigo sin sospechar que llegan días en que una buena mina es lo que mejor caracteriza á un individuo. La humanidad no ha tenido infancia moral. He aquí porqué el mundo se halla tan lejos de realizar el sueño igualitario de algunos locos sensatos. Adán, ese tunante de problemática existencia, según algunos sabios, conoció el interés mucho antes de lo que llamamos desprendimiento, legando á su prole todas las pasiones que como bolas de nieve, rodando al través de los siglos, han llegado al nuestro llamado de las luces, oscureciendo todo lo que de noble y grande pudiera surgir de la familia humana. En el adelanto material de los pueblos

puede observarse un fenómeno moral de muy curiosos detalles: cada paso en la vía del progreso, aumentando ciertas felicidades particulares; se realiza con perjuicio del bien general. Enriqueced á un hombre y añadiréis un egoísta al gran catálogo de ese sinnúmero de idólatras que, creyendo adorar á Dios, no profesan más culto real que el de los pesos fuertes que entalegan. La infancia pues, que está á mil leguas de sospechar estas verdades, que abraza con fé toda creencia y practica con candor todo sentimiento, se convierte en el fresco oasis de la vida, cuando nuestra alma lastimada busca un reposo en el pasado, desesperando de la aridez del porvenir.

Por dicha suya, Fortunato no había aún llegado á tan dura extremidad: todas sus desgracias, hasta la edad de diez y seis años, se redujeron á sufrir la esclavitud del aprendizaje, que los maestros de primeras letras se empeñaban en hacer lo más odioso posible, poniendo en activo ejercicio ese adagio esencialmente español de que *la letra con sangre entra.*

El cura del lugar se encargó por su parte de hacer entrar en la cabeza del niño todas las reglas de Nebrija con sus correspondientes excepciones, de modo que con un gran caudal de conocimientos se presentó nuestro héroe en las puertas de la capital de la República.

VI

Hay un placer casto y natural, rico en variadas modificaciones, común á todo ser racional que puede confesarlo con frente serena; placer inocente que á nadie ha perjudicado cuando se disfruta con moderación y que, pasada la ardiente edad de las pasiones, puede servir de consuelo en la completa ausencia de los otros; este placer es el de la comida.

Los espíritus que afectan vivir en la región brillante del idealismo, y las niñas que se mecen al compás de deliciosas ilusiones, soñando en los triunfos de la belleza, me acusarán, estoy seguro, de un chocante materialismo, indigno de un hombre que conserva algún respeto por su propia dignidad. Y ellos serán injustos porque, desmintiendo su propia naturaleza, pronunciarán su fallo

bajo la engañadora influencia de un estado excepcional de los nervios. Los perfumados besos de la brisa y el humo consolador de una buena sopa, puestos en comparación ante un espíritu serio, no creo que harían vacilar su decisión por largo tiempo, y en cuanto á los dorados sueños de las bellas criaturas, en cuanto al amor..... mi opinión es que uno de los placeres más cabales que en esta tierra nos es dado disfrutar, es el de sentarse con quien se ama á una mesa bien servida. El estómago comunica al alma su expansiva alegría, así como un niño hace reirse á la más glacial de las madres cuando manifiesta su cándido contento; la palabra se desliza fácil por los labios, el ruido de los vasos se llena de inspiradoras armonías, y el vino, el verdadero mágico del mundo, hace chispear los ojos con ese fuego que turba los sentidos y lanza al alma extasiada en la región inmensa de un placer bien sentido.

Quiero decir, lector, que D. Anselmo Rocaleal, á más de su natural galantería y pronunciada afición al bello sexo, tenía entre sus buenas dotes la de gustar en sumo grado de las delicias de la mesa.

Á más, el hombre era devoto hasta rayar en timorato.

He aquí dos nuevas cualidades que aun no habíamos anunciado en nuestro amable jurisconsulto,

porque somos de sentir que, así como en un amigo vamos conociendo las prendas de su carácter á medida que más frecuentamos su comercio, así el autor debe revelar poco á poco las dotes morales que poseen sus distintos personajes, sin aglomerarlas en una sola descripción que puede tener el defecto de confundir la memoria.

¿Y quién se atrevería á vituperar en D. Anselmo las calidades que adornan á la mayoría de los vivientes? Además, dígase lo que se quiera, nuestras cualidades y aun nuestros defectos, nos granjean cierta consideracion en determinados círculos, razón que explica muy bien la existencia de tanto tunante que, sin profesión conocida, invade nuestros salones, eclipsando con su garbo á los jóvenes modestos y laboriosos que esperan para surgir que le llegue al merito su turno.

Los hábitos que señalamos en D. Anselmo no eran, nos apresuramos á decirlo, el resultado de un cálculo malicioso, inspirado por el deseo de fascinar la imaginación siempre impresionable de las mujeres, ni de introducir el desarreglo en las familias. No que el buen abogado dejase de tener para con el bello sexo sus pretensiones de buen calibre, como ya lo hemos dicho, sino porque sus costumbres, hijas de su carácter, eran en él tan naturales como la humedad en dondequiera que

N = ele ctr...

hay agua. D. Anselmo era glotón por apetito, aficionado á las mujeres por temperamento y timorato por un exceso de superstición llevada hasta el extremo.

Esta última propiedad encierra un fenómeno de fisiología moral muy curioso de estudiarse y lleva naturalmente el espíritu á investigar las causas de la beatería de nuestra tierra, suscitando en el ánimo la pregunta siguiente: ¿La existencia de tanto beato de ambos sexos, arguye en favor de la piedad religiosa de nuestra patria? El tema es arduo en verdad y digno por cierto de una seria dilucidación.

Nosotros que tenemos el firme propósito de no entrar en discusión de ninguna materia grave, para amoldarnos al gusto de la generalidad de los lectores, responderemos sin embargo negativamente, pareciéndonos que el número de beatos dice tanto en pro de la religiosidad de un país, como si se contase el número de borrachos para calcular la abundancia y excelencia de sus viñedos. Testigo la vieja Inglaterra, que en medio de sus hábitos constitucionales, se ha constituído, desde tiempo inmemorial, en la odre insaciable de las producciones espirituosas del orbe.

Sin embargo, como un punto de partida para este estudio, que no consideramos sin utilidad, nos permitiremos apuntar la siguiente nomenclatura

de lo más notable en esta materia. Pueden distinguirse algunas variedades en la especie que nos ocupa :

Beatos por convicción y por creencia.

Estas gentes, poco numerosas en verdad, deben ser el objeto de una consideración especial, por poseer ventajas morales sobre la masa de la nación.

Beatos sólo por creencia.

Gente buena y sencilla, incapaz de daño, y respetables por consiguiente.

Beatos por superstición.

Aquí el autor del estudio, armado de eruditas razones, tratará de arrojar la luz en esos espíritus oscurecidos y logrará por lo menos su propia satisfacción, ya que no los aplausos del público. Debe también en caso de *fiasco* consolarse con la apelación de estilo al tribunal de la posteridad.

Beatos por especulación.

Este debe considerarse como el renglón más abundante y susceptible de curiosas subdivisiones. Se recomienda al autor reservar para este punto toda la energía de su elocuencia, alentándose con la esperanza de extirpar el mal, objeto que llevan en vista todos los reformadores asi políticos como sociales, por más que gente envidiosa trate de afear sus acciones ; y además, como en el caso anterior, apelar también á la posteridad.

Nosotros colocamos á D. Anselmo en la clasificación tercera de nuestros apuntes. Este abogado, hombre de ilustración por lo demás, estaba sujeto á mil terrores supersticiosos que turbaban la lucidez de su espíritu ante cualquiera autoridad revestida de sotana, la que cobraba sobre su voluntad el más despótico imperio. Una cita latina, pronunciada por Fr. Ciriaco Ayunales, su íntimo amigo y director de conciencia, arrojaba al pobre hombre en el más extraño descalabro mental. Arrepentíase de sus culpas un minuto después de cometerlas y no lograba tranquilidad su conciencia hasta rescatar su falta con alguna acción meritoria, que consistía en un regalillo de valor á la comunidad de su desinteresado amigo.

Fr. Ciriaco Ayunales, el soberano dueño de la voluntad de D. Anselmo, no era de esos hombres, que han pasado los diez primeros lustros de la vida y llegado á la plácida bonanza de esa edad en que se espera vivir mucho aún en la plenitud del goce que todos deben experimentar al verse libres de las tempestuosas exigencias de nuestra organización. Tenía 56 años, una salud de solterón y las dimensiones físicas correspondientes á su estado. Sobre sus mejillas brillaban aún los rosados tintes de la niñez, el círculo de su cara descansaba sobre una doble barba que muchos tomaban á primera

vista por un coto y, salvo su principio de obesidad y cierto sonido gutural que lo preservaba de cólicos, Fr. Ciriaco podía pasar por un hombre fino y de escogida sociedad. Un movimiento nervioso le hacía cerrar el ojo derecho siempre que alguna pasión agitaba su cerebro, gesto que Ayunales creía disimular colocando su mano sobre la ceja á guisa de visera y que cualquiera creía más bien el ademán que hace un hombre para mirar cuando los rayos del sol hieren su vista. Su estatura era de cinco pies, siete pulgadas, estilo de filiación; su pelo crespo, sus cejas abultadas y sus labios gruesos.

La pasión predominante del amigo y confesor de D. Anselmo se explica perfectamente por lo que acabamos de decir y lo que vamos á agregar sobre su vida. Fray Ciriaco, llegado á los cincuenta años, se confirmó en la persuasión en que había vivido, de que el mejor modo de ser considerado por los demás es colocándose en algún puesto de representación. Mas, como los estatutos de su orden le cerrasen las puertas á tantas de las ambiciones que son permitidas á los legos pecadores, él contrajo toda la energía de su voluntad para llegar á dirigir los negocios de su orden y se propuso ser Provincial. Pero para esto le faltaba el prestigio entre los suyos, y por una *chambonada* que él mismo no acertaba á explicarse, pertenecía al

partido *cola* en los dos últimos períodos. Fray Ciriaco juró vencer estos escollos á fuerza de maña y perseverancia, que es el genio de ciertas gentes. D. Anselmo Rocaleal fué designado por Ayunales como la piedra angular del edificio de su poder : parte de su fortuna, legada por su influjo al convento, debía atraerle los disidentes de su partido y hacerle cobrar la popularidad que le había sido imposible conquistarse. Desde entonces principió para D. Anselmo la esclavitud moral á que fray Ciriaco supo sujetarlo con el poder de su elocuencia y con tan agudos artificios que el pobre abogado tenía las más veces que emplear la súplica para hacer aceptar sus liberalidades.

VII

La distinguida familia de Rocaleal, diezmada por el tiempo y la incuria de sus varones, se hallaba reducıda, á la fecha de esta historia, á D. Anselmo que ya conocemos, á doña Petronila Rocaleal y dos hijas del matrimonio de esta señora con D. Tiburcio Rostroalbo, empleado, subalterno en una oficina fiscal, caballero que parecía haber resuelto el problema del reposo absoluto, tal era su paciencia para soportar las postergaciones que diariamente sufría en su oficina y la evangélica resignación con que había soportado el carácter un tanto irritable de su señora esposa, como decía él mismo.

Doña Petronila, delgada y esbelta en sus años floridos, había sentido después de los treinta, desarrollarse en ella tan notable predisposición á la

obesidad, que la gracia natural de su carácter se transformaba en constante irritabilidad á medida que la gordura la robaba la finura y delicadeza de su persona, lo que había hecho decir á Fortunato que el mal carácter de su tía debía calcularse por libras. Agréguese á esta circunstancia la de hallarse con dos hijas que, por su larga soltería, podían clasificarse entre los efectos llamados *huesos* por los comerciantes, y el lector podrá explicarse así el estado mórbido de la índole de doña Petronila, que se veía condenada por el destino á sufrir en extremo de los calores y á oir continuamente la chillona voz de su par de doncellas, que siempre hablaban á un tiempo y arrebataban á sus padres la palabra, sin el menor miramiento filial y con absoluto olvido de la urbanidad que se les había enseñado.

— Creo que soy bastante grande para tener mi opinión propia y decirla cuando se me antoje, exclamaban Raimunda y Feliciana á un tiempo cuando alguna persona se aventuraba á hacerles la más ligera observación.

Raimunda y Feliciana habían heredado la exuberante robustez de la madre, desarrollada en ellas antes de los treinta años. Raimunda contaba veintinueve primaveras y Feliciana veintisiete. Ambas eran de breve estatura, de ojos pequeños

penetrantes, de labios finos y de dientes bastante blancos, colocados á notable distancia los unos de los otros. El abuso del mate había comunicado á sus mejillas, ese tinte amarillento que causa un exceso de bilis en el estómago. Su traje habitual era la basquiña y mantón, á favor del cual podían recorrer solas las calles de la ciudad, entrar á las tiendas de baratura, prodigando codazos á diestro y siniestro y hacer sus visitas de comadrazgo sin la necesaria compañía de varón.

Estas tres mujeres ejercían sobre don Tiburcio Rostroalbo un imperio absoluto como lo es ordinariamente el dominio femenil. La madre recibía puntualmente de manos de D. Tiburcio el sueldo que el buen hombre ganaba en fuerza de su mansedumbre, única prenda que lo recomendaba á sus superiores, y entre la madre y sus hijas disponían de la inversión de los fondos, dejando á Rostroalbo lo necesario para cigarros. Mas este triunvirato deimantón reconocía por jefe supremo y árbitro poderoso á nuestro amigo fray Ciriaco Ayunales, para quien el mejor mate estaba reservado siempre, como asimismo el asiento de preferencia en la modesta mesa del empleado.

Á las cuatro de la tarde del día en que hemos abierto la narración de esta historia, doña Petronila y fray Ciriaco conversaban amigablemente en

la pieza que servía de salón en la pequeña casa ocupada por la familia Rostroalbo, situada en la calle de San Isidro. Aquella pieza estaba amueblada con la sencillez de la pobreza : ocho sillas de palo con asiento de junquillo de fabricación indígena, un viejo sofá de caoba oscura, forrado en tela de crin negro, comprado á lance, juntamente con una mesa de la misma madera, colocada en la testera del cuarto y sobre la cual había un San José de fábrica quiteña, dos candeleros de bronce, un mate y un braserito de lata para el fuego de los fumadores. El piso, cubierto con un jergón de color borrado por el tiempo, presentaba algunas sinuosidades sobre las cuales la alfombra dejaba ver sus hilos gastados por el uso. Las paredes ignoraban la invención del empapelado y las puertas suspendidas por el antiguo método, facilitaban, aun estando cerradas, la libre ventilación del aposento, circunstancia que tenía á D. Tiburcio en un perpetuo romadizo.

— Sí, mi señora, una sopa deliciosa, decía fray Ciriaco pasando la lengua por sus labios como saboreando el potaje que recordaba.

— Aunque sea su amigo, fray Ciriaco, respondió doña Petronila, y aunque sea mi hermano, le diré que Anselmo podía dejarse de tantas comidas y acordarse un poco de sus pobres parientes.

— No maldigamos, hermana, observó Ayunales; el buen hombre hace lo que puede y no veo qué pecado haya en regalar á los amigos.

— Padre, le apuesto á que no había un solo pariente en su mesa.

— Perdóneme, señora, había uno.

— ¿ Quién ?

— Fortunato, su sobrino.

— ¡ Buena alhaja ! Mejor haría en irse á sembrar trigo con el huaso de su padre, que venir aquí á arrancar los reales á su tío. Todo lo que ese muchado recibe...

— Que no es gran cosa, dijo el padre interrumpiéndola.

— Cómo no ; pues bien, todo lo que ese tunante recibe nos pertenece de derecho á nosotros que hemos cuidado á Anselmo en sus enfermedades y alojádole en casa en tiempo de los pleitos con D. Diego Almiro, y todo esto con el sueldo solo del pobre Tiburcio...

En la corta conversación que precede, el lector habrá conocido que nuestra amiga doña Petronila muy locuaz en el capítulo de las quejas, no olvidaba algún calificativo de desprecio al nombrar á su sobrino Fortunato.

— Á propósito, y mi amigo D. Tiburcio, ¿qué es de su vida? Hace dos días ya que no le he visto.

— Ahí está el pobre hombre, dijo doña Petronila sorbiendo su narigada de polvillo, le ha vuelto á dar romadizo.

— ¡ Otra vez!

— Sí, parece un pilón, él se queja de la casa y yo digo que son sus narices.

— ¿Y qué hubo del aumento de sueldo de que me habló?

— ¡Ah! no me hable, Fray Ciriaco, él siempre está pensando en eso y no se convence de que en los gobiernos se observa la ley del embudo: lo ancho para los grandes y lo angosto para los pequeños.

— Paciencia, paciencia, dijo Ayunales, todo no puede marchar al vapor, como dice mi amigo D. Anselmo.

— Sí, no es malo el vapor, hace veinte años que estamos esperando este aumento de sueldo y nunca viene.

— Y sus otras entradas, ¿en qué las gasta?

— ¿Cuáles? ¿lo que ganaba en casa de D. Diego Almiro?

— Sí, pues.

— ¿Qué no sabe Vd. que desde que perdió el pleito con Anselmo, el pobre don Diego ha quedado *vuelto para la pared?*

— Sí, lo sé; pero creía que aun estaba litigando.

— Bien puede ser, pero ya no emplea escribiente, porque no tiene con que pagarlo.

— ¡Pobre hombre! exclamó fray Ciriaco, alzando al cielo sus ojos pequeñitos.

— Tiene Vd. razón: ¡pobre hombre! Don Diego cuando era compañero de mi hermano parecía más que él nuestro pariente, pues además de lo que daba que ganar á Tiburcio, nos estaba siempre mandando regalos, y ya ve Vd. que para una familia pobre.....

— Cómo no, señora. D. Diego Almiro es un caballero.

En este instante D. Tiburcio Rostroalbo se presentó en el aposento.

— ¡Oh, mi amigo D. Tiburcio, exclamó fray Ciriaco sin moverse de su asiento, ¡cuántos deseos tenía de verle!

El empleado estrechó la mano del reverendo con la misma veneración que si estrechase la del presidente de la república, el dispensador de todos los bienes; luego con una voz delgada y suplicante:

Mi padre, dijo, ¿ nos hará el favor de acompañarnos á comer ?

— Mil gracias, me esperan unos amigos, contestó Ayunales que quería hacerse rogar.

— Pero por esta vez, padre, dijo la señora, sus amigos lo tendrán otro día ; tenemos un chanchito asado que debe estar muy bueno.

— Vaya, cedo á sus instancias, mi señora, contestó fray Ciriaco, en quien el nombre del chanchito parecía haber producido una alegría verdadera.

— El padre es tan bueno, exclamó D. Tiburcio estornudando con estrépito.

— Dios le ayude, dijo el padre.

— Mil gracias, contestó D. Tiburcio estornudando de nuevo.

— Siempre con romadizo, mi amigo, dijo Ayunales á Rostroalbo, que se había sentado respetuosamente al lado suyo.

— Qué quiere V., mi padre ¡ hachí ! ¡ hachí ! el aire es tan dañino.

— Toma un poco de polvillo, Tiburcio, dijo doña Petronila.

— Gracias, poco ¡ hachí ! me aprovecha. ¿ Y las niñas ?

— No tardan en llegar : fueron aquí cerca, contestó la señora impacientada con los estornudos del marido que no dejaban anudar la conversación.

— ¿ Y el aumento de sueldos, D. Tiburcio ? preguntó Ayunales.

Creo, padre, que en poco tiempo.....

— Sí, duérmete en esa confianza, dijo doña Petronila, y te despertarás poderoso.

— Pero hija.....

— Aquí le estaba diciendo lo mismo que Vd. va á decir, repuso fray Ciriaco sacando del apuro al empleado que no hallaba cómo continuar, la paciencia es la primera virtud cristiana.

— La paciencia es virtud de tontos, con perdón de Vd., mi padre, exclamó doña Petronila que se exasperaba siempre que se trataba del sueldo de su marido.

— Y de santos también, hermana, replicó el padre.

— Pero hija, añadió D. Tiburcio con su voz de tiple y sonándose con gran ruido.

— Mi padre, Dios le guarde, dijeron Raimunda y Feliciana que entraron desprendiéndose el mantón de la cabeza.

— ¿ Cómo están, pichonas ? dijo Ayunales saludándolas amistosamente.

— Mamá, adivine lo que hemos visto esta mañana, exclamaron las dos hermanas con voz chillona.

— Buena pregunta, contestó la madre, habrán visto tantas cosas.

— Habrán visto tantas cosas, replicó D. Tiburcio con su tono suplicante y sacando precipitadamente el pañuelo.

— Veamos primero por dónde han andado, dijo Ayunales.

— Por la calle de las Capuchinas, dijo Feliciana arrebatando la contestación á su hermana, cuando ésta doblaba su mantón.

— Por la calle de las Capuchinas, habrán visto el pilón, dijo D. Tiburcio con los ojos llenos de lágrimas, esperando un estornudo.

— Suénese no más, dijeron las dos hijas.

La madre y Ayunales se echaron á reir de la agudeza de las niñas, hilaridad á la que el buen D. Tiburcio tomó parte como pudo.

— Habrán visto á su tío Anselmo, observó doña Petronila cuando la risa se hubo calmado.

— Por ahí va, dijo Raimunda.

— ¿ Quién ? preguntó D. Tiburcio con inocencia.

— El burro, contestó riéndose Feliciana.

Nueva risa general en la que el empleado llevaba el tiple, fray Ciriaco el contrabajo y las tres mujeres los intermedios.

— Este mi papá, que se hace tonto, dijo Raimunda, ¡ las cosas que pregunta !

— Te aseguro, hijita, que no oí bien, contestó D. Ciriaco.

— ¿ Se lo decimos ? se preguntaron picarescamente las dos hermanas.

— Hemos visto, exclamaron á un tiempo las dos con acento tan agudo, que el buen Ayunales se tapó las orejas.

— Vamos por partes, pichonas, dijo, cuente una sola para que nos entendamos.

— Hemos visto á Fortunato, dijo Raimunda.

— Gran cosa, interrumpió doña Petronila estirando el labio inferior.

— Con una niña muy donosa, replicó Feliciana aprovechándose de la interrupción hecha á su hermana.

— ¡ Hola ! ¿ con una buena moza ? preguntó Ayunales.

— ¿ Con Amelia, la hija de D. Diego Almiro ?

— No, contestaron las niñas.

— ¿ Con quién entonces ? preguntaron todos.

— Con una niña muy buena moza, con Julia Valverde, respondió Raimunda.

— ¿ La viudita ? preguntó Ayunales.

— Sí, la misma.

— Bueno, ¿ y qué más ? dijo la madre que hasta allí no encontraba nada de muy curioso.

— Estaban en la puerta de la casa de mi tío Anselmo.

— ¡ Ah ! ¡ ah ! exclamó doña Petronila ¿ qué le parece, mi padre ?

— Digo que se habrán equivocado Vds.

— No, no, tenemos muy buenos ojos.

— No veo nada de raro en que... observó tímidamente D. Tiburcio.

— Y tú, cuándo ves nada, le contestó su mujer torciéndole la cabeza.

— Pero hija... dijo el empleado.

— Piénsenlo Vds., dijo fray Ciriaco, porque si es cierto...

— Tan cierto que les vimos entrar juntos en casa de mi tío.

— ¡ Ah ! ¡ ah ! exclamó D. Tiburcio como volviendo en sí de desmayo.

— Ves ahora, le dijo su esposa.

El empleado contestó por un estornudo afirmativo.

— Esto es más serio de lo que creíamos, dijo á doña Petronila fray Ciriaco.

— Ya está la comida, dijo una de las niñas.

Las cinco personas se dirigieron al comedor, cerrando el paso D. Tiburcio que en calidad de amo era el que obedecía á los demás.

VIII

La noticia que las dos hijas de doña Petronila acababan de dar ante sus padres y Ayunales, sin embargo de haberles preocupado al parecer en cierto modo, no había tenido el suficiente poder de privar al buen religioso de su admirable apetito. Ayunales era de esas gentes *gustadoras* que en la mesa concentran todas las fuerzas de sus potencias en el sabor de la comida que las deleita. Comía por arte y por principios, saboreando cada plato con la afición característica que los placeres de la gastronomía parecen haber reservado á sus adeptos. El chanchito gemía bajo su diente y los huesos de las aceitunas caían sobre el plato con asombrosa ligereza, despojadas de su suculenta vestidura. Durante algunos momentos sólo se oían en la pieza las palabras de la señora que reprendía á la criada,

los estornudos de D. Tiburcio que, comprimidos por el respeto á su esposa, producían en su cabeza las más cómicas contorsiones, y las voces de Raimunda y Feliciana que, sin cuidarse de mascar lo que tragaban, ofrecían á fray Ciriaco de todos los platos que poblaban la mesa. La conversación interrumpida había cedido el puesto á la actividad de las mandíbulas, cuando Fortunato invadió la estancia, tirando la trenza á la criada y sentándose al lado de fray Ciriaco, antes de ser visto por nadie.

— Mi padre, que Dios le conserve el apetito, dijo el joven, mientras el reverendo Ayunales daba su último y más rigoroso ataque al chanchito.

— Este mocito anda siempre de broma, dijo fray Ciriaco al oído de doña Petronila, que no fruncía el ceño al ver á Fortunato, porque esperaba oir de él la aclaración de la noticia.

— Diantre, tío Tiburcio, dijo el joven, otra vez con romadizo; parece que fuera promesa. Hermosas primas, añadió volviéndose hacia las niñas que le miraban de reojo, veo que la salud está buena; yo á su servicio, tía Petronila. María, un plato, que tengo un hambre de los demonios.

— ¡ Niño ! ¿ Qué expresiones ! ¡ y delante de un sacerdote ! exclamó doña Petronila roja de despecho, cuando el joven apoderándose del pan de

fray Ciriaco se disponía á principiar su almuerzo.

— ¡ Ah, diablo ! se me había olvidado, exclamó Fortunato; dispénseme, padre, la juventud es propensa á estos *lapsus-linguæ.*

— Vd. tiene ya bastante razón para moderarse, amiguito, dijo Ayunales con tono indigesto.

— Gracias, contestó el mozo, tragando una cucharada de sopa, mientras D. Tiburcio miraba lleno de angustia á su señora.

— El buen humor es lo primero que debe reinar en una mesa y la confianza lo segundo, como dice el tío Anselmo á quien Vds. y yo respetamos, dijo Fortunato, limpiándose el bigote con el pañuelo.

Esta observación fué seguida de un profundo silencio que manifestaba la preocupación de los circunstantes.

— ¿ Has tenido noticias de tu familia ? preguntó D. Tiburcio que no quería desairar á su sobrino.

— Muy recientemente, hace tres meses, por el último de nuestros conocidos que ha venido de allá, porque Vds. deben saber que mis respetables padres no quieren infringir las costumbres de su tierra ; de modo que se valdrán para todo del correo, menos para enviar una carta.

— Mira, Fortunato, exclamó Raimunda que ardía en curiosidad, nos hemos llevado hablando de ti.

— Mil gracias, si ha sido en alabanza mía, dijo el mozo.

— Estas niñas nos han traído una noticia, dijo doña Petronila.

— Una noticia, repitió D. Tiburcio con su voz de súplica.

— Nos dicen que Vd. conversaba esta mañana con una buena moza, añadió fray Ciriaco, sitiando por el flanco á Fortunato, á quien estas últimas palabras pusieron en guardia.

Fortunato, que conocía muy bien el espíritu de aquellas preguntas, se quedó callado, diciéndose para sí : Hola, esto parece inquisición y el pobre tío Anselmo el pato de esta boda ; yo arreglaré, señores curiosos.

— Vamos, cuéntanos eso, Fortunato, dijo doña Petronila, buscando su más dulce entonación de voz.

— Figúrense Vds. que es la cosa más original del mundo.

— Á ver, gritaron las dos niñas, poniendo los codos sobre la mesa para escuchar con más atención.

— Ante todo les confesaré que venía con la intención de contarlo aquí, pero sólo al tío Tiburcio que.....

— ¿ Á mí ? preguntó el empleado lleno de asombro.

— Papá, Vd. no deja oir, exclamó impaciente Feliciana.

La señora le pasó imperiosamente la caja de polvillo, de la que el pobre D. Tiburcio sacó mal de su grado una narigada.

— Decía, pues, continuó Fortunato, que venía para hablar á solas con el tío Tiburcio por no alarmarlas á Vds. y.....

Aquí fray Ciriaco dejó pasar por su garganta uno de esos sonidos que lo libertaban de las incomodidades de estómago.

— Si me interrumpen á cada instante, no podré contarles nada, exclamó el joven, al paso que las señoras y las hijas se miraban llenas de impaciente curiosidad.

— Vamos, mocito, adelante dijo el reverendo, á mis años ya verá Vd. que tendrá de estos achaques y muchos otros.

— En el siglo del vapor, dijo Fortunato aludiendo al sonido gutural del padre, se inventarán otros medios de aliviar nuestro estómago.

— Vamos al caso, exclamaron las dos niñas, quitando la paladra á fray Ciriaco que se aprontaba á responder.

— Al caso, repitió, como un eco D. Tiburcio.

— ¿En qué estábamos? preguntó Fortunato, que se complacía en excitar la curiosidad de sus oyentes.

— Decías que por no alarmarnos, querías hablar á solas con mi papá, contestó Raimunda.

— Ah, ya estoy. Figúrense Vds. que esta mañana al entrar en casa de mi tío Anselmo, me encuentro en la puerta con una joven bellísima.

— Si te vimos, dijeron á un tiempo Raimunda y Feliciana.

— ¿ Dónde estaban Vds ? preguntó Fortunato.

— Pasábamos casualmente por allí, respondieron Feliciana y Raimunda.

— ¿ No es verdad que la niña es lindísima? dijo Fortunato.

— Es muy flaca y es agachada para andar.....

— Vamos, vamos, dijo interrumpiéndolas la madre, este cuento no se acabará nunca de contar.

— Pero mamá.....

— Dejen hablar á Fortunato y después disputarán sobre la belleza de la niña.

— Yo que soy corto de genio, continuó él, me llené de confusión con semejante encuentro y no hallé qué decir, hasta que ella se acercó á mí, preguntándome si era aquella la casa de mi tío, y sobre mi respuesta afirmativa me hizo un saludo lleno de gracia y entró en la casa, dejándome pasmado en la puerta.

— Pasmado en la puerta, repitió D. Tiburcio para manifestar el interés que tomaba en la narración.

Fortunato hizo un soludo á su tío y continuó.

— En la casa reinaba un silencio sepulcral.

— ¿ Cómo ? preguntó doña Petronila.

– Quiero decir que no se oía ningún ruido en el interior, lo que me hizo caer en la tentación de introducirme muy despacio y ponerme en la pieza vecina á la de mi tío, desde la cual podía perfectamente oir cuanto iba á decirse. La curiosidad, mi padre, añadió volviéndose á fray Ciriaco ¿ qué quiere Vd ? Somos hijos de Eva, según el Génesis, y descendientes de orangutanes, según algunos naturalistas, orígenes ambos que nos han legado la curiosidad por herencia.

— ¿ Y?... preguntaron los oyentes.

— Me coloqué en mi puesto, apliqué el oído, y por lo que alcancé á entender me convencí de que la curiosidad no es siempre perjudicial. Así, niñas, añadió Fortunato volviéndose hacia sus primas que le escuchaban con tamaños ojos, no siendo con manzanas, lo que perdió á nuestra madre común, muchas veces es útil la curiosidad.

Fray Ciriaco dejó pasar por alto tan funesto principio, porque el mismo pecado le tenía absorto en aquel instante.

— ¿ Y qué oíste ? preguntó llena de ansiedad doña Petronila.

— Algo que concierne á mi tío Tiburcio y mi amigo Ayunales.

— ¿ Á mí ? preguntaron á un tiempo los dos nombrados.

— Sí, señores, á Vds.

Hízose un momento de silencio, durante el cual todos se miraban indecisos. Fortunato, entretanto, tocaba llamada con el cuchillo sobre su plato.

— La conversación era la siguiente, dijo cuando todos se volvían para interrogarlo.

— « Señora, decía mi tío con el lenguaje elevado y correcto que Vds. le conocen, explíquese Vd. para caer en conocimiento de los hechos.

— » Lo he sabido por una casualidad y mi interés por su familia me ha dictado este paso, decía la joven.

— » Siempre la conservaré á Vd. mi indeleble reconocimiento. Á ver, veamos lo que Vd. me dice. »

— Vds. me permitirán callar los nombres propios, dijo Fortunato interrumpiéndose, pues quiero hacer el bien sin compremeter á nadie.

— Bueno, bueno, exclamaron todos.

— » Vengo de casa de doña N., la que Vd. sabe está muy bien relacionada, tanto con el clero cuanto con el gobierno, contestó ella.

— » Es verdad, dijo mi tío.

— » Allí, como Vd. sabe, se habla de todo y ro-

daba entonces la conversación sobre el capítulo de los padres de... »

— Los de su comunidad, fray Ciriaco, dijo Fortunato á Ayunales.

— Sí, sí, dijó éste; continúe Vd.

Fortunato continuó :

— « Vd. sabe, dijo la joven, que la opinión se halla dividida entre fray Ciriaco Ayunales y fray Saturnino Gorrión, siendo éste último, según doña N., el más poderoso de los dos. »

— Eso es lo que hemos de ver, exclamó Ayunales con indignación ; yo no sé con qué derecho esos caballeros gorrionistas.....

— Pero, padre; Vd. no deja continuar, dijo doña Petronila que hasta allí no veía figurar á su marido.

— El padre cede á una justa indignación, dijo Fortunato con una seriedad cómica admirable, y en verdad yo no diviso con qué derecho esos caballeros gorrionistas.....

— Se atreven á propalar semejantes falsedades, gritó el padre Ayunales, cuyo color subía por grados.

— Al cuento, al cuento, vociferaron los demás, mientras D. Tiburcio estornudaba á riesgo de romperse las narices.

— Cálmese Vd., mi padre, dijo Fortunato diver-

tidísimo como aquella escena; ya ve Vd. que soy más su amigo que lo que Vd. piensa.

— Sí, amigo, contestó lleno de efusión fray Ciriaco, y el tiempo le probará á Vd. que.....

— Cálmese, padre, dijeron la mamá y las niñas.

— Á ver, Fortunato, sigue pues.

— Continúo, dijo Fortunato restableciendo el silencio.

— « Yo creo que entre Gorrión y mi amigo Ayunales, es ofender á este último el parangonarlos. »

— Bien contestado, exclamó fray Ciriaco mirando á la señora.

— ¿ Qué es eso de parangonarlos? preguntó tímidamente D. Tiburcio, que tenía la necedad de confesar su ignorancia.

— Colocarlos en parangón, le contestó Fortunato dejándolo en la misma duda.

— « Yo lo creo como Vd., dijo á mi tío la hermosa joven, continuó Fortunato; pero doña N. dice que Ayunales perderá el capítulo, que lo sabe de muy buena tinta y tendrá que quedarse *cola* con todas sus intrigas. »

— Esa señora miente con toda la boca, dijo fray Ciriaco sin poder contenerse.

— Jamás he visto mentir con la mitad, replicó Fortunato.

Todos se echaron á reir mientras Ayunales parecía próximo á una apoplejía.

— Sigue, niño, sigue, gritó doña Petronila.

— « Y lo que es peor, Rocaleal, continuó la delicada joven, es que doña N. asegura que el jefe de esas intrigas es el respetable D. Tiburcio Rostroalbo. »

— Eso es una negra falsedad, exclamó doña Petronila, porque Tiburcio no se ocupa nada más que de su oficina y nosotras no nos mezclamos nunca en cosas de capítulos; porque las mujeres no deben meterse en esas cosas, y la señora N. es una solemne mentirosa y...

-- Basta, basta, señora, dijo Ayunales que vió que la arenga de su amiga no tendría término si la dejaban libre. Siga Vd., Fortunato, siga Vd., amigo.

— Prosigo, amigo mío, dijo Fortunato tomando la cigarrera de fray Ciriaco y sacando lleno de confianza un cigarro.

— « Lo que Vd. me refiere, bella señora, le dijo mi tío, me parece enteramente falso. Mi cuñado Rostroalbo es un hombre incapaz de tales procedimientos y creo que su amistad con el reverendo Ayunales no está basada sobre intrigas de convento, de las cuales, estoy seguro, viven ambos muy ajenos.

— « Yo pienso como Vd., dijo la graciosa inter-

locutora, y me he alarmado al extremo viendo el giro muy serio que las cosas han tomado.

— » ¿ Cómo así? preguntó mi tío.

— » Si, dijo la esbelta joven, tan serio que doña N. ha hablado de esto con su marido, gran amigo como Vd. sabe del ministro de... y entre los tres han jurado hacer triunfar en el capítulo á fray Saturnino Gorrión y hacer destituir de su empleo á D. Tiburcio. »

Una aclamación general acogió estas últimas palabras, que Fortunato había pronunciado con su tono más solemne, haciendo enrojecer de ira á fray Ciriaco y ponerse lívido al pacífico empleado.

— Y serían muy capaces de hacerlo, exclamó doña Petronila, porque los gobiernos son como pagados para desdeñar á los buenos servidores y acoger á los intrigantes. ¡Quitarle el empleo á Tiburcio y por influjos de esa señora! Mira, niño, añadió volviéndose exasperada hacia Fortunato, dime ¿quién es esa doña N.?

— Tía, al principiar advertí que callaría los nombres propios, dijo Fortunato gozándose en su triunfo.

— Pero hombre, qué te cuesta decirlo, añadió D. Tiburcio por apoyar á su mujer.

— Á ver la primera letra, dijeron las dos niñas.

— Yo creo haberles hecho un servicio y pido que sobre eso no se me interrogue más, dijo Fortunato levantándose; mi interés por Vds. creo que lo he probado bien; en cuanto al nombre, traten Vds. de averiguarlo si pueden.

Y diciendo estas palabras, se retiró silbando un trozo de aria y dejando petrificados á sus buenos parientes y al reverendo Ayunales.

IX

Hay hombres que, dotados felizmente por la naturaleza, llegan á la edad en que la reflexión comienza ordinariamente á reemplazar á cada movimiento espontáneo del alma, y poseen la envidiable facultad de entregarse á su destino exentos de toda idea enojosa. Para ellos la vida, este oscuro problema de tenebrosa solución, es una continua esperanza, sin la amarga sensibilidad que acibaran las decepciones; sin el desaliento que se apodera de los espíritus delicados al contacto de las asperezas de la suerte; sin la poesía fatal que embellece los horizontes lejanos para cambiarlos después en desesperantes realidades; sin ese maldito afán, en fin, en el que las imaginaciones idealistas gastan el vigor de su juventud, engala-

nando con prestigios de divino lo muy terreno de nuestra tierra de miserias.

Fortunato era de este número de vivientes que gozan de la vida, porque jamás pierden el tiempo en dorar las faces infinitas del porvenir. Tenía veintitrés años, buena salud, jamás había hecho versos ni perdido su tiempo en idealizar ilusiones, lo que el hombre debe guardarse siempre de idealizar.

Como todos aquellos que prescinden del influjo de la imaginación aplicada á los sucesos de la vida ordinaria, Fortunato vivía dominado por una aspiración superior al resto de sus deseos: quería ser rico, escalar ese templo del vellocino de oro, y tratar de igual á igual con los venturosos elegidos de la fortuna.

Su juventud y lozanía le demandaban con imperio ese medio de conquistarse los goces materiales de la vida; de huir de la pobreza, esa madrastra enojosa y torva, para pisotear con orgullosa planta los ricos tapices de aristocráticos salones. Y sin embargo, estos violentos deseos, que constituyen la parte activa de los hombres materialistas, se hallaban templados en nuestro héroe por la enfermedad endémica de la humanidad, por el mal hereditario que llamamos *amor*. He aquí una palabra que ha costado más lágrimas que sangre se ha ver-

tido por la libertad, esta esquiva querida de todos los pueblos. No hay niño de quince años que no haya llorado por los desvíos de alguna prima precoz. No hay joven que no haya regado con llanto alguna prenda de la querida ausente. No hay hombre que haya mirado sin llorar los desengaños de su corazón. No hay viejo que, en su interior, no llore de no poder llorar ni siquiera desengaños de amor. Amar es llorar; he aquí una verdad que no deben perder de vista los jóvenes que se lanzan en el mundo con el alma henchida de diáfanas ilusiones y que en el umbral de la vida, como el que acaba de penetrar en un jardín, aspiran con delicia el perfume de las flores que la esperanza embalsama sin pensar que al cogerlas han de hallar en muchas de ellas traidoras espinas que harán brotar la sangre de sus manos, crueles desengaños que harán verter amargas lágrimas de sus ojos. Pero esta advertencia es de temerse no aproveche á nadie, porque la misma se hizo á Adán, y Adán no paró mientes en ella. El destino nos arrastra sin consultarnos ; y nosotros, pobres seres débiles y presuntuosos, nos dejamos llevar por nuestra manía de conocerlo todo por experiencia propia. Además, en la edad de la inexperiencia, cuando no conocemos el poderoso influjo de los sentimientos y sólo juzgamos de la voluntad por sus aplicaciones mate-

riales, nos cuesta trabajo creer que una fuerza puramente moral, como el amor, pueda avasallarnos tan despóticamente que ante su influjo cedamos como esclavos. Mas los doctores están todos de acuerdo en esta materia y nosotros no intentaremos tampoco ponerla en duda. Amar es llorar, y sin embargo, el amor, todos lo saben, es la única fuente de consuelo en esta vida de azares. En el primer amor y cuando vemos marchitas las ilusiodes vírgenes del alma, ajadas por el soplo del materialismo, todos prometemos á nuestra conciencia, este severo tutor del alma, todos prometemos no volver á amar: pasamos indiferentes al través de un grupo de mujeres, orgullosos de nuestra juventud con sus deliciosas ilusiones, que nos damos también el placer de creer agotadas, y después, cansados de nuestro indiferentismo, nos dejamos avasallar por los primeros ojos hermosos que dirigen á nuestra alma el lenguaje siempre mágico del sentimiento. Después, amando, volvemos á llorar, maldecimos el peso de nuestra esclavitud y conviniendo en que amar es llorar, empezamos de nuevo esta comedia cuantas veces podemos hacerlo.

Volvamos á nuestro héroe. Fortunato amaba, ó al menos creía amar. La juventud es tan rica en sentimientos fogosos, que basta fingirlos en esa dichosa edad, para gozar con ellos. El objeto de su

amor era una niña de diez y ocho años, de dulce nombre: se llamaba Amelia; de ojos lánguidos, azules y apasionados; de cuerpo esbelto, torneado seno y cabellos castaños.

Amelia era pobre también como Fortunato. Su padre era un viejo militar, patriota del año 10, con nevado bigote, algunas cicatrices y muchos recuerdos de sus tiempos de gloria; esto y su sueldo de retiro no formaba, como bien puede calcularse, un capital muy envidiable. La noble carrera de las armas, en la cual todo hombre, mientras es subalterno, debe hacer abnegación del *yo* tan querido de los filósofos y demócratas, tiene el pequeño inconveniente de desheredar á todos sus hijos. En su calidad de noble y no teniendo dinero, les paga con títulos, cruces y despachos, y con todo esto, por San Martín, como decía D. Diego, el aguerrido padre de Amelia, nadie ha descubierto el modo de mandar á la plaza. La patria, como una querida, se cansa y olvida del adorador que se envejece, después que en ese amor ha gastado la primera lozanía de la juventud. Así es que D. Diego y su mujer vivían con Amelia en la calle de Duarte, buscando el módico precio de los arriendos en aquel barrio distante.

Fortunato dirigió allí sus pasos al día siguiente de los sucesos que llevamos referidos. Amelia lo

esperaba : encontrábase sola en una pieza pequeña con puerta al patio que servía de cuarto de costura y comedor durante el día y de salón de recibo durante la noche. El joven se detuvo en la puerta de la habitación, interrogando con la vista el interior.

— Entra, Fortunato, estoy sola, dijo la niña, abandonando su costura y dirigiendo sobre él su amante mirada llena de plácida alegría.

Fortunato salvó de un salto la distancia que lo separaba de Amelia, tomó entre sus dos manos la cabeza de la niña, é imprimió en su frente un beso que resonó en toda la pieza.

Todo esto se efectuó en un instante y sin que la joven hubiese podido sustraerse á tan repentino é inesperado ataque. ¿ Debía ó no ofenderse ? He aquí la duda que surgió en su espíritu al mismo tiempo que sentía el contacto de los ardientes labios de Fortunato. La cuestión era grave, y entre diez mujeres, ocho por lo menos habrían perdonado aquella imprudencia de parte de un mozo de nada problemática belleza. Además, en esto apelo al sentimiento de las mujeres : ellas saben que un beso no tiene más valor que el que le dan las circunstancias que lo preceden ó motivan. ¿ Se aplica para finalizar una frase amorosa, como resumen de lo que acaba de decirse ? Oh, entonces..... está reves-

tido de un carácter agravante que no vacilamos en condenar. Pero dado por juego, de improviso, como una acción sin consecuencia, no pasa de ser una inocente broma. Amelia creyó que era bastante castigo del delincuente bajar la vista y dejar que el rubor de sus frescas mejillas confundiese la osadía del temerario mancebo. Éste se echó á reir, como hacen tantos para salir de un aprieto, y siendo la risa, de todas las necedades la más comunicativa, Amelia mostró también sus dientes de una blancura casi azul.

— Vamos, no te enojes, dijo el joven, fué solo un arranque inopinado.

— Bien hubieran podido verte, replicó Amelia, tomando su costura y sentándose en frente de Fortunato.

— Por fortuna no me han visto, repuso él, y yo, entretanto, he realizado mi sueño.

— ¿Tu sueño? preguntó Amelia, alzando con curiosidad la vista sobre Fortunato.

— Sí, mi sueño, dijo éste, tratando de acercar su silla á la de la niña.

— No tienes necesidad de acercarte para contármelo, dijo ella sonriéndose, no sea que te venga algún nuevo arranque inopinado.

— Es que así me oirás mejor, objetó el joven

— Tengo muy buen oído, habla no más.

— Figúrate que anoche soñé que nos casábamos.....

Amelia bajó los ojos y dió un suspiro.

— No es más que un sueño, dijo tomando la costura que había abandonado.

— Pero en fin, es un sueño que algún día puede realizarse.

— Vaya por el sueño, dijo Amelia, con una sonrisa llena de dulce melancolía.

— Todas las dificultades que entorpecen la realización de nuestros deseos habían desaparecido como por encanto, continuó Fortunato; mi tío Anselmo me tenía conseguido un magnífico empleo y tu padre que había hecho las paces con él.....

— ¡ Mi padre ! exclamó admirada la joven.

— Sí, tu padre.

— ¡ Se ha hecho amigo con D. Anselmo ! volvió á decir ella con más admiración.

— No te olvides, observó riéndose Fortunato, que todo esto no es más que un sueño.

— Ah, es cierto, dijo Amelia, haciendo una mueca deliciosa con el labio inferior.

Fortunato acercó más su silla á la de la niña.

— Vamos, exclamó ésta, respetemos la distancia, Sr. Esperanzano.

— ¡ Cruel, tú no me amas ! dijo Fortunato, con el tono que emplea un enamorado para hacerse

repetir las eternas promesas que son su eterno delirio.

— Si lo creyeses no me lo dirías, contestó Amelia.

— ¿ Por qué ?

— Porque me pedirías que te amase.

— Eres adorable, dijo el joven haciendo ademán de tomar una de las manos de Amelia.

— Volvamos al sueño, replicó ésta retirándose vivamente. Estábamos en que todos los obstáculos habían desaparecido.

— Como por encanto : todo nos sonreía en ese día venturoso y, como me decía mi madre « para abreviar el cuento » todos nos hallábamos reunidos, y tu padre me dijo con ese tono de cañón de á veinticuatro : « Vamos, niño, abraza á tu novia, » y yo entonces me adelanté hacia ti lleno de júbilo y.....

— Alto, alto, exclamó Amelia, viendo avanzarse al joven en ademán de repetir prácticamente la última parte de su sueño.

— Vamos, estás muy asustadiza.

— Y tú incorregible, me vas á hacer llamar á mi madre.

— No la incomodes, ya estoy corregido, dijo Fortunato sentándose.

Amelia volvió á su labor y ambos quedaron en silencio durante algunos momentos.

— Mil veces he querido preguntarte y lo he olvidado, dijo Fortunato, la causa de la enemistad de tu padre con mi tío Anselmo.

— Te diré lo que sé sobre eso, contestó Amelia, dejando su costura y apoyándose graciosamente sobre la mesa; mi padre después de retirarse del servicio militar entró en compañía de D. Anselmo á trabajar una hacienda.

— Dejó la espada por el arado, como Cincinato, ¿ eh ?

— No me interrumpas si quieres saber algo, dijo sonriéndose la niña.

— Me convierto en orejas para oirte.

— En el contrato de compañía, continuó Amelia, aparece que hubo ciertas cláusulas que después perjudicaron notablemente á mi padre, el que al cabo de trabajar doce años en la hacienda, se vió tan pobre como al principiar, mientras D. Anselmo se había enriquecido, sin haber puesto más que el casco del fundo y un capital muy reducido. Hubo entre mi padre y D. Anselmo un pleito, sentenciado por los tribunales en favor de este último, después del cual mi padre no ha vuelto á verse con tu tío.

— ¡ Ay ! dijo Fortunato, mi sueño de anoche se desvanece con lo que me cuentas.

— ¿ Por qué ?

— Porque andando el tiempo, mi buen tío podía haberse arrepentido; cuentan que suelen verse viejos que se arrepienten, y hasta reparan á veces en cuanto pueden las travesuras de su niñez.

— Bien, supongamos que se arrepintiera, dijo Amelia.

— En ese caso, volvía á tu padre lo que le corresponde y tú quedabas rica.

— ¡Ay qué dicha sería esa! entonces podríamos casarnos.

— Pero mi buen tío no se arrepentirá.

— ¿Quién te lo ha dicho?

— Yo, yo mismo que me lo estoy diciendo.

– ¿Qué es lo que te lo hace pensar?

— Que mi tío está enamorado, dijo Fortunato con voz apagada.

Amelia alzó los ojos con admiración y aire de duda.

— ¡Enamorado! exclamó riéndose. ¿Qué edad tiene?

— Cincuenta años, oh la vida de un solterón, contestó Fortunato; pero la edad no importa nada en esta materia: hay viejos que son más enamorados que un colegial.

— ¡Pero á cincuenta años! volvió á exclamar Amelia riéndose.

— Cincuenta son dos veces veinticinco, replicó

el joven. Los hombres se enamoran de veinticinco á treinta como unos inocentes; de treinta á cuarenta, se desengañan y se fastidian; pero á los cincuenta se vuelven á engañar y á enamorarse, no ya como inocentes sino como locos. El amor de los viejos tiene algo de ese furor que todos los niños sienten por la fruta; y si es verde tanto mejor.

Fortunato parecía un gran conocedor del corazón humano. Amelia seguía riéndose de la melancólica seriedad con que su amante hacía sus observaciones.

— ¿Y..... quién es la feliz mujer que ha elegido tu tío?

— Se llama Julia por el bautismo y Valverde por su padre: es viuda de estado y muy buena moza de físico.

— La conozco, dijo Amelia.

— ¿Dónde la has visto?

— La he encontrado de visita en casa de una amiga de colegio.

— ¿Que se llama?

— Margarita Mantoverde.

— ¡Ah! hija de D. Modesto Mantoverde y de doña Rita Castillejo, no menos orgullosa que D. Modesto. ¡Cómo! ¿Tú tienes amistad con gente de tan alto copete?

— Tengo con Margarita mucha amistad desde el colegio : es una niña inmejorable.

— ¿ Y buena moza ?

— ¡ Qué te importa, curioso!

— Fué una mera curiosidad ; pero volvamos á mi tío. Mi temor es que se case con la viuda y nos deje á todos á la luna de Valencia.

— ¡ Ay! exclamó Amelia, ¿y qué hacer ?

— Primero, ver si se puede impedir ese matrimonio, y sino, resignarse.

— Con qué frialdad dices eso, observó la niña, haciendo al joven ese movimiento delicioso en una mujer bonita, que vulgarmente llaman un *torcido*.

La cosa no es para desesperarse aún, repuso Fortunato.

— Bueno, y entretanto.....

— Te seguiré adorando como hasta ahora.

— No es eso lo que quise preguntar, replicó Amelia.

— Pero eso es lo que yo siento, dijo Fortunato.

— ¡ Mentiroso! exclamó ella tomando un pañuelo de la mesa y lanzándolo á la cara del joven con una alegría de niño.

Él tomó el pañuelo y lo cubrió de besos. Amelia bajó los ojos ruborizándose. Cualquiera que haya

amado comprenderá la gracia de aquel movimiento. Casi todas las mujeres en igual actitud tienen un aire de ángeles. Y nunca más que entonces son capaces de esclavizar á un hombre delicado. Pero Fortunato, ya lo hemos dicho, no era un ser superior: él sólo vió que Amelia se ponía colorada, según la expresión general. Esta no es culpa de la naturaleza, sino probablemente de la mala mezcla de razas. ¡ Los españoles de la conquista fueron pocos y los araucanos eran muy numerosos !

— Yo, sin embargo, dijo el joven tras una breve pausa, he dado ya algunos pasos que tal vez influyan contra las inclinaciones de este tío que amenaza desmandarse y reirse de todos sus herederos.

— ¡ Sí ! ¿ qué has hecho ?

— He puesto en movimiento á algunos parientes y al reverendo fray Ciriaco Ayunales, un eterno errador de capítulos.

Aquí Fortunato contó á la niña su visita á casa de D. Tiburcio.

— Ya ves, concluyó diciendo, que aunque tú me acuses de frialdad, yo me ocupo siempre de nuestro porvenir.

La joven recompensó esta advertencia con una mirada llena de profundo cariño. Cualquiera que la hubiese visto habría adivinado que en el corazón de aquella graciosa criatura existía un amor tan

casto y risueño, como la diáfana expresión de su semblante; uno de esos amores que sólo necesitan de contratiempos para cambiarse en intensas pasiones. Tal es la humana condición: todo lo grande que en materia de sentimientos ha producido la humanidad, ha sido siempre el resultado de alguna lucha del alma con un obstáculo. En el camino igual de la felicidad, las pasiones toman el paso también igual de bestias connaturalizadas en ese tránsito: sin obstáculos que vencer, van perdiendo su brío á medida que avanzan en la senda. Mientras que principiando por el respetable Adán, pensando en Eloísa y después en muchas Evas modernas, el alma sentimental se complace en la contemplación de tanto amor nacido en la atmósfera excitante de la contrariedad. La dicha que llega fácil á nuestro alcance, pierde gran parte de su sabor. ¡Es una lástima que todos debemos deplorar!

Al fin de esta conversación, Fortunato se despidió de Amelia, que le siguió con la vista hasta que el joven salió del patio de la casa.

X

La casa de Amelia se hallaba, como dijimos, en la calle de Duarte. Fortunato caminó hasta llegar á la alameda y tomó la calle del medio de nuestro hermoso y monótono paseo. Ya por entonces Neptuno, Dios de las aguas, se hallaba al fin de la alameda, trepado en la pintoresca roca de granito desde la cual domina con su tridente la situación, amenizando ese lugar de recreo. No existía allí como antes la pila vieja, que todo buen santiaguino debe haber conocido: la pobre pila había sido arrojada de su puesto á más baja colocación con poco respeto y miramiento por sus años. Nuestro héroe tomó en dirección opuesta á ella, es decir, hacia el punto donde alguna Municipalidad amiga de los contrastes, colocó una palma en años no muy remotos que todos vimos perecer de nostalgia,

estirando sus ramas secas y descoloridas, como en prostesta de la violencia que se había cometido en su persona. Estos son recuerdos locales de nuestra buena capital, de gran valor para nosotros : ¡ entonces éramos niños !

Al llegar al óvalo, Fortunato se sintió llamar por una voz de hombre, penetrante y destemplada como el pito de un policial, y al volverse hacia el lugar de donde aquella voz había salido, vió adelantarse á un joven pequeño y delgado, con un gesto bastante feo, que tenía todas las pretensiones de una sonrisa.

— ¿ Á dónde vas tan de prisa ? preguntó aquel individuo.

— ¡ Oh ! Anastasio, me alegro de verte. ¿ Cómo estás ? dijo Fortunato, sin contestar á la pregunta del otro.

— Bueno, ¿ y á dónde vas ? volvió éste á preguntar.

— ¿ Yo ? Á mi casa.

— ¿ Y de dónde vienes ?

Fortunato se ruborizó con aquella pregunta, contestando á ella por un subterfugio.

— Vamos, sé franco conmigo, dijo Anastasio, tomándose del brazo de Fortunato y obligándole á andar.

— ¿Qué quieres decir con esto? preguntó el joven.

— Que yo sé perfectamente de dónde vienes, por más que quieras ocultarlo. ¿No es en la calle de Duarte donde vive D. Diego Almiro?

— Precisamente, dijo Fortunato con voz seca.

Anastasio Bermúdez era un empleado de oficina fiscal, que tenía todas las aspiraciones que puede tener un hombre pobre que lucha día á día con un corto sueldo. Sus facciones, lejos de recomendarlo, formaban un conjunto desagradable á primera vista. Los ojos, dotados de una extraña animación, manifestaban uno de esos caracteres para los cuales la curiosidad es la primera de las ocupaciones: cada una de sus miradas parecía una pregunta. La porfía se hallaba retratada en su frente pequeña y prominente, mientras que sus labios delgados y contraídos, le prestaban un aire de reflexiva concentración, en abierta disonancia con sus ojos. Anastasio era, en suma, un hombre feo, calificativo al que nadie agregaba el de simpático, como suele hacerse para templar en algo la crueldad de la suerte.

Con una tenacidad infatigable, Anastasio había conseguido penetrar en la más escogida sociedad de la capital, en donde, cediendo á su inclinación natural, conocía la vida de cada persona y podía

con sus revelaciones hacer tal vez palidecer más de un semblante risueño ó desdeñoso. La reserva en punto á la vida ajena, no era una de sus virtudes: un hombre curioso y reservado sería un fenómeno, Larrochefoucauld lleva su escepticismo hasta creer que el hombre siente un pequeño placer en el mal de su mejor amigo. Sin apurar los principios hasta la temeridad, nadie ignora que la maledicencia es una plaga social de todas partes, que por desgracia encuentra más eco que el que debiera: de aquí la aceptación que los escrutadores de la vida del prójimo encuentran en el mundo, en donde sin hacer uso de la envenenada punta de la calumnia, un hombre maldiciente encuentra sobrado pasto para su dañino apetito. Anastasio era recibido en algunas casas por temor, y en otras, fuerza es decirlo, por el placer que generalmente se tiene al saber las debilidades del prójimo.

XI

— Veo que quieres hacer el reservado conmigo, dijo Anastasio rompiendo el silencio: haces mal, Fortunato, yo soy tu amigo y no adivino por qué me ocultas tus secretos.

— ¡ Secretos ! no los tengo, dijo Fortunato.

— ¿ Y tus amores ?

— ¿ Con quién ?

— Con la hija de D. Diego Almiro.

— ¡ Bah ! si no es cierto.

— Y entonces ¿ por qué vas todos los días á su casa á la hora que sale el papá ?

— ¿ Quién te ha contado eso ?

— ¡ Ah ! todo se sabe. Vamos, cuéntame tus amores. ¿ Quiéres mucho á la chica ?

— Sí, mucho.

— ¿ Cosa de casarte con ella ?

— Ese es mi mayor deseo.

— Diantre ¿ entonces es cosa seria ?

— Sin duda, es muy seria.

— ¿ Y con qué recursos cuentas para hacerlo ?

— ¿ Yo ? con ninguno.

— ¿ Y ella, cuánto tiene ?

— Nada.

— Poca cosa es para casarse. Dime ¿ te has preguntado alguna vez lo que harías tú, mozo sin más esperanzas que la lejana y problemática herencia de tu tío, casado con una niña hermosa y llamada por su belleza y nacimiento á figurar en una esfera social demasiado elevada para tus recursos negativos ?

— Bien lo he pensado y por eso espero que mejore mi suerte.

— Mi pobre Fortunato, harías el papel más triste del mundo. ¿ Que esperas, dices tú ? Pero así gastarás tu juventud, que es tu único caudal, y te hallarás al fin tan pobre como ahora.

— ¿ Por qué ?

— Porque tu tío no está viejo para que pienses en heredarlo tan pronto y cuentan que ahora le ha dado por casarse.

Fortunato miró con admiración á su amigo.

— ¿ No lo crees ? dijo éste, pues haces muy mal.

Entre tú y tu tío, los dos enamorados, yo apostaría á que tú eres el más juicioso de los dos.

— Quién sabe.

— No, tú eres joven ; tienes, si quieres, un hermoso porvenir, mientras que el tío Anselmo se halla en la funesta edad de la crisis. Si una mujer consigue hacerle creer en su amor, el viejo se rinde y pasa sin condiciones por las horcas caudinas : entonces adiós herencia, adiós amores románticos, á menos que te resignes á vivir toda tu vida en la pobreza, rodeado de chiquillos y tu mujer zurciéndote las roturas de la levita para que puedas salir á ganar algún sueldo miserable.

Fortunato siguió andando en silencio. La fría y positiva lógica de Anastasio le ponía frente por frente con sus propios temores.

— Con la mejor fé del mundo, continuó éste, harías desgraciada á esa pobre niña, que ignora los escollos de la vida, y al despertar en tus brazos se encontraría en la miseria, lo más antipático á la organización femenina, que es esencialmente sibarita... ¿ Te figuras bien la posición de una pobre niña que, después de pasar la primera parte de la vida soñando en palacios encantados, se vé encadenada en la segunda mitad á las matadoras privaciones de la miseria, con niños mal abrigados y pobremente vestidos ?

— ¡ Ah, eso es terrible ! exclamó Fortunato, abismado por aquel cuadro de dolor.

Los ojos de Anastasio brillaron con extraños resplandores. La serpiente que nos hizo desterrar del paraíso, debió mirar así al ver morder á la madre de la humanidad la indigesta manzana.

— ¡ Pero qué hacer ! exclamó Fortunato.

— ¿ Qué hacer ? No fomentar en una criatura inocente ese amor, hasta que puedas ofrecerle algo más que tu persona.

— Te confieso que me costará mucho dejarla de ver.

— ¿ Y á qué hacerlo, cuando este sería un sacrificio estéril ? Lo que tú debes procurar es darte á conocer, frecuentar la alta sociedad, en donde hallarás poderosas protecciones. Ya me ves á mí ; yo salí del colegio pobre como Job, pero no me enamoré como tú, sino que pensé en mi porvenir. Frecuenté la sociedad, contraje relaciones, hice visitas y conseguí el empleo que tengo.

— Sí pero yo no tengo genio para eso.

— ¿ Quieres colocarte bajo mi protección ? En la sociedad, como para cortar el nudo gordiano, se requiere más maña que fuerza. Yo te presentaré en una familia rica y orgullosa ; con ser de los visitantes de la casa de D. Modesto Mantoverde, tendrás una especie de posición social ; tu figura y

el tiempo harán lo demás : después, cuando tengas algo, te casarás con Amelia si te da la gana; pero entretanto, piensa en tu porvenir y no pierdas el más precioso tiempo de la vida. ¿Cuándo quieres que te presente en casa de Mantoverde?

— Cuando quieras.

— Bueno, espérame mañana á las nueve y pasaré á buscarte.

XII

Aun quedan en nuestro suelo feliz muchos vestigios de la sangre noble que, entre tantas cosas buenas que nos vinieron de la patria de Valdivia, se sirvieron importar directamente algunos ilustres varones de aquella tierra de hidalgos. Nuestra forma republicana, que ha borrado muchos defectos del coloniaje, para crear, es cierto, varios otros, no ha conseguido aún destruir enteramente los grandes recuerdos de aristocráticos abuelos, que de generación en generación van transmitiéndose á los dignos herederos de tan precioso legado. La Constitución abolió los títulos, más no pudo abolir la nobleza, por dicha nuestra, sin la cual nos veríamos en la dura precisión de no encontrar un solo *caballero* á quien dar la mano por esas calles

de Dios. Y bien que muchos pretendan que no es la ilustración y brillo intelectual lo que esas familias nobles se han encargado de perpetuar, puede á los tales respondérseles que en cambio han conservado la pureza de la raza, lo que es una base de progreso en todo país sensato, y van transmitiendo también á sus herederos la blancura del cutis, sin la cual cualquiera podría tomarnos por verdaderos *indios,* sin que nos quedase el derecho de ofendernos por tan insultante equivocación.

La familia de D. Modesto Mantoverde era uno de esos nobles restos de aquellos tiempos de prosapias ilustres. Un Mantoverde, según refieren las crónicas de esa familia, siendo palafrenero de S. M. Felipe II, había tenido la dicha de prestar á su soberano, en una cacería, un manto para resguardarse de la lluvia que inopinadamente principió á caer con poco miramiento por las reales espaldas del soberano, quien no halló otro modo más cómodo de darle las gracias, que ennobleciéndole la sangre por medio de un pergamino; le confirió el título de Conde, por haberle salvado de un romadizo inminente, dolencia á que su majestad estaba sujeto como el más ruin de los pecheros, siempre que cogía un constipado. Desde entonces los Mantoverde se llamaron así, abandonando el

triste apellido de Zúñiga, que les venía desde que los descendientes de Adán dieron en llevar apellidos. Uno de ellos después vino á Indias, á esta buena tierra de cucaña: llegó á Chile con más orgullo en el pecho que pesetas en la chupa y fundó la noble casa de Mantoverde, de la que D. Modesto era el último y esclarecido varón.

D. Modesto tenía una mujer digna de su nombre, y una familia compuesta de una niña de dieziocho años y varios niños pequeños. Vivía también con ellos una hermana de su mujer, á quien los hombres habían dejado célibe hasta la edad incómoda de treinta años, época de los equinoccios en la vida de la mujer soltera, por ser entonces sus aspiraciones iguales á sus desengaños: los días y las noches del corazón. Esta niña se llamaba Virginia y conservaba la fé de que el tiempo le reservaba un Pablo digno de su larga expectativa, fé que con los contratiempos y borrascas de su corazón, lejos de disminuirse había cobrado en su alma las proporciones de la obstinada creencia que los judíos tienen en la venida del Mesías, ó la de los calorosos republicanos en la llegada de la radiante igualdad.

Virginia luchaba, pues, á brazo partido con la soltería, que es el más terrible enemigo del bello sexo, en todo país que desprecia las leyes del

Corán; tenía, como tiene el sol, su día aparente y su día verdadero, veinticinco años para la sociedad y treinta para el cura de su parroquia; poseía muchos talentos caseros que podría utilizar siendo dueña de casa, y fuera de las desigualdades de su carácter, debidas al tira y afloja en que había vivido esperando al Pablo redentor, podía reputársela como una mujer de muy buen genio, en todo caso en que no se tratase de cuestiones personales, es decir, durante un pequeño número de horas al día.

Virginia, á la época de esta historia, entonaba por la vigésima vez la primera estrofa de un poema amoroso, á la que siempre había faltado el consonante: daba y recibía ardiente ojeadas de Anastasio Bermúdez, el joven que debía presentar á Fortunato en la casa de aquella ilustre familia.

Doña Rita Castillejo y su hija Margarita componían, fuera de algunos niños pequeños, el resto de la familia de D. Modesto Mantoverde.

Doña Rita era digna mujer de este caballero, tanto por la distinción de su familia, cuanto por su carácter intolerante siempre que se trataba de recuerdos genealógicos de la familias de la capital y provincias, cuya ascendencia conocía con todos sus detalles. Por lo demás, doña Rita, mujer de hábitos senci-

llos y patriarcales, no tenía otra pasión dominante que la de casar á su hermana con un hombre digno de su cuna. Pero en la humana vida no siempre las buenas intenciones conducen á resultados satisfactorios ; así es que doña Rita, aplicando sus esfuerzos á libertar de la soltería á su hermana Virginia, lejos de favorecer los asuntos de esta involuntaria vestal, había desbaratado sus proyectos condenándola á echar incesante pábulo al fuego sagrado de sus esperanzas.

Margarita Mantoverde, hija de estos ilustres esposos, era una hermosa niña de 18 años. Sus ojos eran bellos, como lo son generalmente entre las chilenas ; bello también, largo, abundante y sedoso era su pelo ; blanco su cutis y animado con tintes rosados que daban á sus ojos la viva expresión de la salud, esta madre de la belleza. Había en la expresión del rostro de la niña más pasión y sentimiento, más elevación y amor que el que su alma era capaz de abrigar. Muy rara es la mujer en cuyo corazón pueden desarrollarse las dotes que nosotros las suponemos cuando son bellas : las que cumplen con ellas son excepciones, destinadas á llorar más que las otras. Felizmente el hombre que ama, cree siempre á su querida una mujer excepcional para satisfacción de su orgullo. Margarita tenía un corazón, como

tienen tantas, dispuesto á amar con ese amor tibio, sensato, razonador; escollo y desesperación de las almas delicadas, manjar exquisito para los que buscan en la mujer una buena dueña de casa. Su ambición era la misma que agita á la mayor parte de los espíritus femeniles: brillar; poder eclipsar con su belleza y su elegancia á las demás mujeres; atravesar por la alameda arrebatando la admiración de todos. El amor propio es en el corazón humano la hidra de la fábula con sus cabezas siempre renacientes: él multiplica sus formas bajo mil maneras diversas, en este espacioso foco de multiforme orgullo que llamanos alma. Fuera de esta ambición, Margarita miraba el porvenir como todos lo miran á su edad, engalanado de un marido, lleno de complacencia y bondad, risueño siempre y pronto á darle el brazo para salir á paseo: el marido modelo, en una palabra, al que se pide, más que amor, paciencia y buena voluntad; más que cariño, atenciones constantes y gaveta floja en el bolsillo de las finanzas. La práctica, sin embargo, con sus amargas lecciones, la demuestra después que tal marido es casi un ser ideal, siendo la última de las condiciones citadas á la que casi siempre falta su naturaleza. Las bellas criaturas ignoran que cada hombre pone sobre su dinero el ingenioso epitafio

del licenciado que figura en el prólogo de Gil Blas: « aquí está el alma de D. Fulano. » Y en esto el hombre es lógico las más veces y asaz consecuente con su naturaleza. Si las mujeres pudiesen imaginarse los esfuerzos de ingenio, la constante perseverancia, los acerbos desvelos, las agudezas infinitas, las intriguillas, las humillaciones, las bajezas, y las argucias que más de la mitad de los hombres emplean para alcanzar el dinero que ellas miran con tan generoso desprendimiento cuando se trata de las tiendas, por cierto que serían más indulgentes con este pobre ser tan vilipendiado que se llama marido. Gastar es gozar, puede decir el argentino acento de una voz de mujer; pero que escuche el eco, y no tardará en oir alguna voz bronca y desapacible como la verdad que la responda: ¡ adquirir es sufrir !

Pero Margarita tenía solo diez y nueve años: es decir, que la experiencia no le había mostrado aún el áspero reverso de la medalla de la vida. Además, ella era rica. La mano descarnada de la pobreza no la había nunca presentado un tosco vestido de quimón para cubrir su cuerpo elegante. Todos sus vestidos eran de seda; sus batas abundantes en valenciennes; sus cuellos, vueltas y manguillas variaban del punto de Inglaterra al d'Alenzón, y de éste á los encajes de Bruselas con primorosa elegan-

cia. Esta felicidad suprema está sólo al alcance de las mujeres, las que nos agradecerán este detalle descriptivo á despecho del epiteto de frívolos que los hombres serios nos lanzarán sin trepidar.

XIII

La casa de D. Modesto Mantoverde era lo que se ha convenido en llamar una casa de buen tono. En ella había establecidas dos tertulias nocturnas: la una del marido, compuesta de gentes respetables y serias que á falta de más espiritual ocupación se entregaban al juego de los naipes, con el ardor de los que han perdido ya sus ilusiones en el juego del amor. La malilla *cara de perro* y la primera, se dividían las preocupaciones de aquel círculo inteligente, en el que la fría influencia de los años había templado el ardor de más juveniles pasatiempos. La política, cuando la había (porque en Chile hay épocas en que no hay política) exaltaba á veces á todos aquellos encanecidos caballeros, los que atravesaban sus opiniones, mientras se barajaba el naiqe y al encender un cigarrillo, como

para dejar un instante de reposo á la imaginación, tiranizada por las combinaciones del *obarrote y del flus*.

En los salones principales se hallaba la tertulia de la señora. Allí mostraban sus gracias, pululando en derredor de Margarita, los solícitos galanes; allí ostentaban su donaire y gentileza, sus lujosas corbatas y bordadas camisas, sus charoladas botas y sus guantes de Preville, los niños mimados de la moda que anticipan los gastos que estos artículos acarrean, con la esperanza de indemnizarse por medio de un matrimonio conquistado á fuerza de constancia y maestría. Una heredera de gran fortuna es el lote más preciado en la azarosa lotería de la vida. Si la chica es viva, todos se creen llegados al *cuaterno* y esperan el número decisivo para cantar victoria. Estas esperanzas dirigidas al mismo centro, hacen de la vida de una niña rica una verdadera batalla, abundante en sentimentales peripecias. ¡Cuántos suspiros! ¡cuántas miradas lánguidas! ¡cuántas declaraciones á quema ropa! Cada galán es un volcancito en miniatura. La experiencia nos prueba que el amor interesado, el amor elegante, es el más decidido y el más fogoso de los amores. Un joven de buena sociedad, un mozo que se aprecia en algo, enamorado de una niña pobre, es capaz de amarla como

á una divinidad, de consagrarle casi todos sus pensamientos y ternuras; pero apasionado de una rica, es capaz de muy superiores esfuerzos, porque está pronto á sacrificarle su libertad, casándose con ella. La civilización ha conducido las cosas al punto de hacer que el dinero sea al amor lo que el aire es á la vida animal: una condición indispensable para su existencia.

Margarita vivía, pues, rodeada de adoradores en la época en que Anastasio Bermúdez debía presentar á Fortunato en casa de D. Modesto Mantoverde.

XIV

Á las ocho de la noche del día fijado por los jóvenes para la visita, Fortunato se presentó en casa de Anastasio vestido y perfumado con irreprochable elegancia.

— Estás magnífico, le dijo Bermúdez, satisfecho del talante y belleza de su protegido.

Fortunato se miró á un espejo, y al introducir un artístico desorden en sus cabellos, halló muy fundada la observación de su amigo. Éste se vestía con la pausa del hombre acostumbrado á la vida del mundo elegante.

— Al presentarte en casa de doña Rita, dijo Anastasio, cuento con tu penetración y viveza para que sepas conducir las cosas con tino y llegar á un buen resultado. Si quieres hacerte el hombre

querido de la casa, es necesario que atiendas con amabilidad á la señora, sin descuidar por supuesto á la niña. No te olvides que las exigencias de una mujer crecen en directa proporción con sus años y que para alcanzar la fruta de un árbol, el método más seguro es subirse por el tronco.

— Pero hombre, dijo Fortunato más bien para tranquilizar su conciencia que para dar una disculpa, yo voy á esta casa sin pretensiones, tú sabes que jamás amaré á otra que á Amelia.

— No te sostendré lo contrario, replicó Anastasio, puedes amarla cuanto te dé la gana y casarte sin embargo con Margarita. Es preciso, amigo, presentarse las cosas tales como son y no andar embobándose con ilusiones. Los chilenos no hemos nacido para sustentarnos con esas necedades ; somos, gracias á Dios, más positivos. El hombre que nace sin fortuna, tiene por misión el buscarla sobre la tierra. Es el único medio de llegar á ser algo : sin riquezas no puedes ser ni elector, ni diputado, ni hombre de peso. Pobre, tu sensatez será necedad : rico, tu necedad se convierte en sensatez. Estas son verdades de Pero Grullo, que sólo te repito porque me das la idea de no comprender su valor. Tó, ni eres rico, ni tienes esperanzas de herencia : tu tío Anselmo se casará sin dejarte un centavo ; es preciso, pues, que hagas

valer tu buena cara y te cases con mujer que no baje de cincuenta mil pesos.

Fortunato era débil como la generalidad de los vivientes, era joven y por consiguiente ambicioso; de manera que las palabras de Bermúdez le impedían oir la apagada voz de su conciencia, que lo acusaba de traicionar un amor inocente y puro por las dudosas probabilidades de una fortuna problemática.

El corazón humano tiene tan bajas indulgencias por sus propias debilidades, que encuentra en su misma bajeza la fuerza necesaria para convertirlas en virtudes. Al llegar á la casa, Fortunato creía hacer un noble sacrificio, olvidando el amor de Amelia, sin quererse confesar la ambición que le aconsejaba ese olvido.

— ¿ Por qué he de unir su suerte á la mía, condenándola á una eterna pobreza ? se decía muy satisfecho de aquel argumento. Además, pensaba con magnánimo desprendimiento, Amelia es bonita y encontrará bien pronto un hombre rico que la hará feliz.

Mas la idea de verse olvidado por la niña hizo stremecer su corazón. El hombre no deja de ser unca como el niño : abandona un juguete, mas se

encoleriza si otro quiere apoderarse de él. La mujer que deja de amar olvida para siempre: su amor se seca de raíz. En el hombre el amor no acaba nunca de secarse, porque su raíz más profunda es el orgullo.

Pero aquella idea de celoso presentimiento atravesó el cerebro de Fortunato al pasar el patio de la casa de doña Rita: se oía en el interior el piano que lanzaba armoniosos acordes; las luces reflejaban la riqueza de los muebles y cortinas al través de las ventanas abiertas: de modo que la idea aquella fué rechazada violentamente por mil ambiciones súbitas que asaltaron la mente del joven. Y entró al salón palpitando de placer y esperanza.

Y al mismo tiempo, Amelia se inclinaba sobre un bastidor en el que bordaba con amante desvelo una corbata, mientras la imagen de Fortunato llenaba su alma de un bienestar indefinido. Muchos filósofos sostienen que en amor más vale el engaño que una desagradable realidad. La opinión puede ser buena, según la edad y el estado del paciente. El mejor modo de resolver la cuestión sería no amando nunca; pero.....

Amelia, en su amorosa preocupación se clavó uno de sus dedos rosados y finos y pensó con más

amor en Fortunato. En ese mismo instante, el joven hacía un profundo saludo ante Margarita Mantoverde! El destino, este viejo burlón de las humanas miscrias, parece complacerse siempre en los amargos contrastes!

XV

Hay seres para los cuales la vida es siempre una mañana de estío: siempre rosada y brillante, porque ellos están siempre alegres. Las venturas perdidas de su niñez nunca proyectan en sus almas una sombra melancólica y dulce; la ambición del día no les permite contemplar las asperezas de la vida presente, y tienen el bendito privilegio de divisar el porvenir siempre risueño como la cara de una novia que vive persuadida del amor de su marido. Don Anselmo era así: no tenía recuerdos; porque su alma era demasiado estrecha para contenerlos; tenía ambición porque era rico: en los tiempos que alcanzamos, sólo un pobre puede dispensarse de tenerla, y miraba el porvenir de color de rosa, porque amaba ¡el buen hombre de cincuenta años! y en esta edad el amor es más que

una aspiración del alma, más que el sueño ideal de la juventud, es un desarreglo del sistema moral. Y la ciencia no ha inventado aún un específico para esta dolencia; porque así como las leyes no prevén una infinidad de delitos comunes de la vida, aquella docta señora no ha querido ponerse en el caso de un hombre viejo enamorado, sin recordar que, según Byron y muchos otros amadores de nota, el corazón no envejece jamás enteramente.

Así era el de D. Anselmo, que al atravesar el patio de la casa que habitaba la bella Julia Valverde, latía como el de un colegial al recibir el clásico cadejo de pelo de alguna amartelada primita.

Julia, como dijimos al principio de esta historia, era pobre. Habitaba con su madre una vieja casita de la calle del Mosqueto, en donde, á fuerza de valerosa economía, habían conseguido amueblar con decencia una pieza con ventanas al patio que servía de salón de recibo. Nadie, al ver las antiguas y enormes puertas de la casa, al divisar una palma con canastillos amarrada á una reja de ventana, al detener su vista en la vegetación del patio, en las paredes mal blanqueadas, en las sinuosidades del empedrado del zaguán, nadie, decimos, hubiera sospechado allí la existencia de un ser ambicioso, en el que las continuas aspiraciones, ponían en

perenne movimiento las vanidades que alberga el corazón humano. Julia era ese ser: su ardiente aspiración era ser rica; su vanidad inquieta era figurar en la alta sociedad, de la que su nacimiento y pobreza la alejaban.

Casada con un inglés á los diez y seis años por su madre, Julia había enviudado á los veinte, heredando de su marido una suma de seis mil pesos, con cuyos intereses se sustentaba. Pero Julia era bella, había envidiado en los paseos el lujo de las grandes señoras; había contemplado con fascinación desde las ventanas de las casas en noches de baile en calidad de tapada, los brillantes de las reinas del lujo; había respirado la atmósfera de esas reuniones espléndidas, las agitaciones de la danza, el reflejo de las luces, la profusión de los más preciados encajes, y desde entonces, si bien los intereses de sus seis mil pesos la sustentaban, como dijimos, no llenaban por cierto las violentas aspiraciones de su orgullo. Desde aquel día, su único sueño era salvar las gradas que la separaban de esa sociedad elegante y presentarse en ella con el prestigio de la riqueza, que con su brillante fulgor deja en la sombra el oscuro rincón de un nacimiento humilde y sirve de marco á la belleza, prestándola el poderoso encanto del lujo. Una mujer bella y pobre puede inspirar muchos amores; pero una

mujer bella y rica inspirará sin duda muchas envidias. He aquí el raciocinio que espontáneamente había surgido en el espíritu de esta oscura ambiciosa. La gran mayoría de las mujeres, comprenderán el grado de exaltación que este solo pensamiento introdujo en el alma de Julia.

Á poco tiempo de enviudar, Julia se vió rodeada de esos adoradores que hacen del celibato el arma de sus conquistas. Todos eran jóvenes elegantes de más ó menos problemática fortuna; todos eran rendidos, apasionados y solícitos; muchos de ellos le hicieron versos, pòrque es de hombres galantes el ser aficionados á la rima ; però la joven viuda tropezó con un escollo grave contra el cual amenazara estrellarse si su ambición no le hubiese servido de guía: estos Lovelace aspiraban todos á sus favores y ninguno solicitaba su mano. Del amor al matrimonio hay la inmensa distancia que representa la ambición del hombre, el que á pesar de las leyes sociales y divinas, conserva siempre una repugnancia formal por lazos indisolubles. Julia conoció todo esto por experiencia propia, y pagó sin embargo su tributo al corazón. Entre sus adoradores, uno de ellos, llamado Carlos Peñalta, supo hacerla infringir su sistemática indiferencia, y hacerse amar por Julia con la delicadeza de un primer amor. Hubo cartas, citas platónicas, prendas y suspiros: el bagaje de

pequeñas ridiculeces que acompaña á las pasiones sinceras antes de bajar á la región hostigosa del materialismo. Hay mujeres que marchan como sonámbulas en la senda amorosa y que tienen la felicidad de despertar al borde del precipicio. Si esto ha de llamarse razón ó virtud, nos declaramos incompetentes para resolverlo. Julia despertó cuando estaba á punto de arrojar su virtud al olvido : negóse á una cita por la observación que había hecho de que el vocabulario de las declaraciones y protestas se agota como todo en el mundo, y por que Carlos Peñalta era pobre aunque vivía en el lujo, fenómeno muy común en toda sociedad civilizada que entiende el uso de los naipes. De este hecho, Julia dedujo que su amor podía perderla, condenándola, cuando menos, á una eterna pobreza : al día siguiente, el amante fué despedido llevándose su rencor y su desengaño.

Por aquel tiempo nuestra viuda conoció á Don Anselmo. Una mujer joven sabe apreciar, sin hablar con un hombre, la impresión que su belleza ha producido : en esto tiene el bello sexo la lucidez y espontaneidad de la inspiración ; porque la mujer es el verdadero artista del amor. Julia no se engañó sobre la ansiosa mirada del viejo célibe, contó en sus ojos los latidos de su pecho ; en su frente la veneración que su belleza infundía, y al

despedirse le lanzó una de aquellas miradas de fogosa candidez de que se sirven las hijas de Eva para clavar su imagen en el cerebro del hombre, especie de cáustico moral que sólo puede curarse aplicándole el principio de los semejantes, base fundamental de la homeopatía.

Las visitas de D. Anselmo á Julia se hicieron de día en día más frecuentes. La viuda supo cultivarlas con la maestría consumada de su ingenio, haciendo pasar al buen hombre por las fases diversas de esa progresión creciente que se llama amor, cuyo primer término, en el hombre de edad, es el orgullo y el deseo amalgamados. El lector ha visto, en los primeros capítulos de esta historia, la declaración amorosa en que D. Anselmo fué sorprendido por Fortunato: desde aquel día la noticia del enlace del tío con la bella Julia Valverde se difundió por toda la sociedad, con la rapidez con que entre nosotros corre toda novedad de la crónica casera. En las grandes sociedades europeas las noticias políticas y sociales preocupan especialmente á los que juegan en la *bolsa:* aquí, en nuestros círculos americanos, se está jugando siempre á la alta y baja de las reputaciones, de los amores, de las herencias, de las fortunas, de los matrimonios y de los adulterios. Hay corredores sociales así como los hay en el comercio, y

al ver el empeño con que cada cual comenta, sin piedad, la vida ajena, diríase que la fortuna y bienestar de cada uno dependen exclusivamente de los actos de su vecino.

XVI

Don Anselmo atravesó el patio de la casa de Julia, como hemos dicho, con el corazón palpitante de turbación y alegría.

Cuando entró, muchas voces resonaban en la pieza que servía de salón: oíanse mezclados los acentos varoniles con el tiple femenino, formando un concierto de los más animados. Julia, para conquistarse la voluntad de la familia, había hecho relaciones con D. Tiburcio Rostroalbo, su mujer y sus hijas. Todos ellos en buena compañía, y secundados por fray Ciriaco Ayunales, el árbitro de la familia de D. Anselmo, se ocupaban en el inocente pasatiempo de la lotería.

Las emociones del cuaterno tenían de tal modo preocupados á los jugadores, que sólo Julia notó la llegada de su adorador.

— Por fin, se ha acordado Vd. de nosotros, caballero, dijo adelantándose á recibirle.

— Bien sabe que de Vd. me acuerdo á todas horas, ingrata, contestó D. Anselmo, estrechando la mano de la joven.

— Alonso, mientras más grande más sonso, gritó Feliciana Rostroalbo que á la sazón cantaba la lotería.

— ¿ Cuál es ése ? preguntó D. Tiburcio estornudando.

— El once, papá, vociferó Raimunda ; mi papá no aprende nunca los nombres de los números.

— Vamos ¡ qué entretenidos están Vds ! dijo D. Anselmo, acercándose á la mesa.

— ¡ Ah ! señor D. Anselmo ! exclamó Ayunales. ¿ Vd. por acá ?

Y en la precipitación que puso al levantarse, echó á rodar bajo la mesa todos los números que habían salido.

— ¿ Como está, tío Anselmo ? gritó Feliciana..... ¡ Vaya, ya fray Ciriaco botó todas las bolitas !

— Tío ¿ como está ? dijo Raimunda al mismo tiempo.

D. Anselmo al entrar había dejado entreabierta la puerta, lo que hacía estornudar á D. Tiburcio á riesgo de romperse la levita.

En este concierto de gritos, salutaciones y estornudos, D. Anselmo fué saludando una por una á todas las personas. El silencio se restableció, por fin, poco á poco.

— Continúen Vds. su lotería, dijo don Anselmo, que contaba con la algazara de sus parientes para entablar libremente su conversación con Julia.

— No, si sólo lo hacíamos por pasar el tiempo, dijo D. Tiburcio, que se había parado á cerrar la puerta.

— Pasa la vela para buscar las bolitas, dijo Feliciana á Raimunda.

— Ahora hay que contarlas de nuevo, dijo Ayunales.

— Si Vd. las botó, pues, padre, dijo doña Petronila.

— ¿Yo?... si fué D. Tiburcio de un estornudo.

— ¡Padre, no mienta! exclamó Feliciana debajo de la mesa.

— ¡Niña! la gritó doña Petronila, ¡contestarle así á un sacerdote! y al mismo tiempo envió con disimulo á su hija tan furioso puntapié, que asestando en la mano de Feliciana, echó á rodar el candelero y la vela apagada por la alfombra de la pieza.

— Déjela Vd., ha sido una ligereza de niña, dijo fray Ciriaco al oído de dona Petronila, cuando, por el correctivo aplicado por ésta, se halló vengado suficientemente.

Entretanto la pieza había quedado á oscuras. Julia salió inmediatamente en busca de otra luz, y D. Anselmo, queriendo aprovecharse de las tinieblas, se acercó al lugar que la viuda había dejado y en el cual D. Tiburcio acababa de colocarse, huyendo del aire que entraba por la puerta.

— Bendigo la oscuridad que me permite estrechar esta blanca mano, dijo el enamorado caballero, apoderándose de una mano de D. Tiburcio.

El buen empleado no se atrevió á reirse en las barbas de su pariente, y acercándose al oído de D. Anselmo le dijo con voz de cómplice y confidente :

— Vd. se equivoca.

Doña Petronila, entretanto, huyendo de los gritos de sus hijas, se había sentado junto á D. Anselmo.

— Éste oyó el crujir de su basquiña de seda al mismo tiempo que las palabras de D. Tiburcio y, volviéndose inmediatamente hacia doña Petronila, se apoderó de una de sus manos, empezando de nuevo su frase galante :

— Bendigo la oscuridad que me permite... Mas

no pudo terminar, porque doña Petronila lanzó un grito agudo que heló á todos los circunstantes. Al mismo tiempo apareció Julia trayendo una luz.

— Ah, ah, ah, buen susto te has llevado, Petronila, exclamó D. Anselmo queriendo disimular su chasco.

— ¡ Eras tú ! dijo doña Petronila, mientras que su marido se estremecía por contener su risa delante de don Anselmo.

Restablecióse por fin el orden, contáronse los números de la lotería y los jugadores volvieron á ocupar sus asientos al rededor de la mesa.

— Yo cantaré, dijo Fr. Ciriaco que, según todos, tenía una suerte loca para la lotería.

— Padre, ¿hagamos compañía? dijo Raimunda, creyendo que la sotana tenía influjo en la suerte.

— ¡Se va la bolita! gritó Fr. Ciriaco, haciéndose sordo á la invitación de Raimunda.

— Espérese, padre, dijo Feliciana, déjeme cambiar mis cartones que están muy malos.

— ¡ Se va la bolita ! volvió á gritar el padre, comenzando su tarea.

Entretanto Julia y D. Anselmo conversaban en otra extremidad de la pieza valiéndose del bullicio general. Julia, bien que satisfecha del amor de Don Anselmo, hallaba sin embargo que su adorador era muy lento para decidirse á solicitar su mano de

una manera formal, mientras que el matrimonio para ella era la cima de sus esperanzas y ambiciones. Al ir á traer una luz, Julia se propuso hacer decidirse á D. Anselmo en aquella noche. Para realizar su plan, afectó una profunda tristeza apenas se halló sola con él. Joven ó viejo ¿qué hombre resiste á la tentación de averiguar lo que motiva la tristeza de la mujer que ama? D. Anselmo cayó en el lazo.

— ¿La veo á Vd. triste? preguntó lleno de interés.

Julia inclinó la frente hacia el pecho, alzó en seguida sus grandes ojos hacia don Anselmo, los bajó después, desplegando la belleza de sus párpados, y dió un suspiro.

— Julia, Vd. no es franca conmigo, dijo D. Anselmo, tomando el tono de un galán de teatro.

— ¿Qué quiere Vd. que le diga, Rocaleal? contestó ella valiéndose de la misma pantomima que acababa de emplear.

— Que me cuente la causa de su tristeza.

— ¡Lotería! ¡lotería! exclamó fray Ciriaco con voz atronadora.

— ¿Y por qué supone Vd. que yo esté triste? dijo Julia.

— Porque lo noto en su semblante, y Vd. sabe que nada de Vd. puede serme indiferente.

— ¡ Ah ! yo siempre le agradezco á Vd. su amistad, Rocaleal.

— Es más que amistad lo que me hace interesarme por Vd., es un amor que si Vd. correspondiese.....

— Anselmo, habilítame hijo, le gritó doña Petronila, esta gente me ha ganado cuanto traje.

— Toma, toma, le dijo impaciente don Anselmo, parándose á pasarle un peso ; está visto, añadió para sí, que esta noche no me dejarán hablar dos palabras seguidas.

— ¡ Ah ! contésteme Vd., Julia, dijo á la joven sentándose de nuevo á su lado.

— ¿ Á qué ? preguntó ella con una sonrisa maliciosa.

— Á mi pregunta.

— ¿ Sobre mi tristeza ?

— Y sobre mi amor.

— ¿ Quiere Vd. que le hable con franqueza ?

— Sí, con entera franqueza.

— Pues bien.....

— Tío ¿ hagamos compañía ? le dijo desde de la mesa Feliciana.

— No, ya he dicho que no quiero jugar, exclamó furioso D. Anselmo.

— Si es para ver si le quitamos la suerte á fray Ciriaco, que se saca todas las loterías.

— Bueno, que se las saque, qué me importa á mí.

— Cállate, niña, no incomodes á tu tío, ¿ no ves que no quiere jugar ? dijo doña Petronila.

— Don Tiburcio quiso añadir algo á la amonestación de su mujer, pero un estornudo le cortó la palabra.

— ¡ Se va la bolita ! dijo fray Ciriaco.

— Bueno, que se vaya, dijeron todos.

D. Anselmo se volvió hacia Julia tratando de serenar su rostro.

— ¿ Qué me iba Vd. á contar ? le dijo.

— Que no creo en su amor, murmuró Julia.

— ¿ Qué pruebas quiere Vd. que le dé ? exclamó D. Anselmo, hable Vd. y al punto se cumplirán sus deseos.

— Eso es lo que Vds. dicen á todas las mujeres, replicó la viuda, bajando candorosamente la vista.

Esta frase recordó al viejo célibe los dorados tiempos de su juventud, haciéndole creer que aún se hallaba en ellos.

Llevó lleno de satisfacción su mano al nudo de su corbata, acaricióse después la barba y entre apasionado y risueño :

— Crea Vd. en la sinceridad de mis palabras, dijo, nunca he amado como ahora, pues cada día siento que Vd. es más indispensable á mi vida.

Julia volvió á suspirar, y D. Anselmo, aplicando al caso presente el adagio « quien calla otorga, » se inclinó hacia atrás con indecible satisfacción.

— Ya que Vd. no quiere contestarme á esto, dijo, espero que será más franca para contarme la causa de su tristeza.

— Sí se la diré porque Vd. tiene parte en ella.

— ¡ Yo !

— Sí : Vd. recuerda la mañana que estuve en su casa...

— Los instantes de felicidad no se olvidan jamás.

— Entonces falta una bolita, dijo Feliciana, parándose : porque el 50 no ha salido en toda la noche.

Este movimiento volvió á interrumpir la conversación de los amantes.

— Tío, le dejo mis cartones, dijo Feliciana á D. Anselmo.

— Ya he dicho que no juego, contestó éste desesperado.

— Entonces, habilíteme é iremos á medias.

D. Anselmo tuvo que comprar su tranquilidad á costa de otro peso que pasó á su sobrina.

— Me hablaba Vd. de la mañana en que me hizo el honor de ir á casa, dijo D. Anselmo anudando la interrumpida conversación.

— Desde esa mañana he sufrido mucho, continuó Julia.

— ¿ Por qué ?

— Porque todos se ocupan de mí desde entonces, haciendo reflexiones injuriosas á mi honor : Vd. sabe que el mundo es tan maldiciente.

— Siento en el alma, exclamó D. Anselmo, lo que Vd. há sufrido por mí, y si yo conociese á los que hablan de ese modo de V., la aseguro que...

— Todo será inútil, porque esta es la conversación general, y al contemplar mi situación es cuando he conocido que una mujer no debe jamás dejarse arrastrar por sus simpatías.

D. Anselmo sintió el soplo de la vanidad halagar lo más sensible de su corazón y se persuadió de que aquella pobre víctima de su amor disfrazaba su pasión con el nombre de simpatía. Este fué el golpe de gracia. Julia le pareció una divinidad ante la cual el sacrificio de su independencia no era más que una ofrenda insignificante.

— Si Vd. cambiase esa palabra simpatía por otra que respondiese á mi amor, dijo, yo consideraría como mi mayor felicidad que Vd. aceptase mi mano y así acallaríamos las injustas murmuraciones de la sociedad.

— Es una noble generosidad de su parte, contestó Julia, manifestando la mayor turbación, que

yo no aceptaría sino estando muy convencida de su amor.

— Y yo puedo jurarla que.....

En este momento los jugadores de lotería abandonaron la mesa pasmados de la prodigiosa suerte de Fr. Ciriaco.

— Muchos días ha que no veo á Fortunato, dijo D. Tiburcio para romper el profundo silencio que reinaba en la pieza, mientras que todos tenían la vista fija en Julia y en D. Anselmo que tomaba mil actitudes en su silla.

— Allí estará con su Amelia, dijo Feliciana, que no perdonaba á su primo la indiferencia con que siempre la había tratado.

— Yo no le creo ese amor ; porque Fortunato es ambicioso y la niñita esa es muy pobre.

— ¿ Sabe Vd. que el otro día nos hizo creer que una señora había estado en casa de Vd., D. Anselmo, y que.....

D. Anselmo, que recordaba la escena en que fué sorprendido por su sobrino, se puso rojo y balbuceó algunas palabras que cambiaron la conversación.

Al retirarse Fr. Ciriaco acompañó á D. Anselmo y recibió la confidencia de sus amores.

— Es decir que la que esa mañana estaba en casa de Vd.....

— Era Julia, dijo D. Anselmo lleno de misterio.

— Y ese malvado Fortunato que nos dejó creyendo que D. Tiburcio estaba á punto de perder su empleo y yo de errar el capítulo, por lo que dijo que había oído á la persona que estaba con Vd.

— En fin, tiene el mérito de la reserva, dijo para sí D. Anselmo, prometiéndose recompensar á Fortunato por su discreción.

XVII

Fortunato desplegó en su visita, en casa de la Sra. Castillejo, toda la gracia de su persona. Su ropa, que debería aún por mucho tiempo al sastre, hacía valer la elegancia de su porte y la simpática regularidad de sus facciones, mientras que su abundante cabello negro, peinado con artístico descuido, realzaba la belleza de su frente y el rosado color de sus mejillas. Condujo al piano á Margarita, mientras las demás personas, divididas en diversos grupos, conversaban en voz baja. Anastasio y Virginia se contaban sus amores al compás de unas variaciones sobre temas de Lucía, por Prudent, que ejecutaba Margarita. Varios jóvenes, entre los que se encontraban Marcos Montalva (1), que nos hacemos el honor de creer que conozca el

(1) Personaje de *El primer amor*.

lector, y Carlos Peñalta, el amante despedido por Julia, conversaban hojeando algunos libros con láminas, colocados en la clásica mesa del medio. Doña Rita, sola en un sofá, sorprendida por el sueño, este inseparable compañero de las señoras de *cierta* edad, parecía saludar de cuando en cuando al grupo que formaban los jóvenes alrededor de la mesa.

Margarita y Fortunato conversaban con animación, mientras que la joven debaja vagar sus dedos sobre las teclas del piano. Entre una niña y un mozo, la confianza se establece con facilidad.

— ¿Es Vd. aficionado á la música? decía Margarita.

— ¡Oh! mucho, contestaba Fortunato; la música es el lenguaje del alma y no puede dejarla de apreciar el que siente en ella todo el fuego de la vida.

Fortunato desarrolló aquí con pomposas palabras, esas teorías informes que improvisan los jóvenes al lado de una niña, para llegar á decir que el amor es el indispensable complemento de la vida. Animado con su propia elocuencia, hizo frases á su sabor, mientras que Margarita acompañaba su discurso con trozos sentimentales, ejecutados tal vez por ella en cien ocasiones idénticas. Hay niñas que tienen sus piezas de música predilectas para oir declaraciones amorosas, así como

abundan jóvenes que tienen una fórmula igual para esta clase de declaraciones.

En aquellos mismos momentos Anastasio decía á Virginia.

— Todos estos jóvenes no tienen más interés que el del dinero y son incapaces de tributar á una mujer un amor desinteresado y puro como el mío.

Anastasio Bermúdez era de aquellos que tienen por sistema deprimir á todo rival posible, para triunfar en el corazón de una mujer, sistema muy común en la guerra amorosa, en la que no es por cierto la generosidad la táctica más en uso. Pero Virginia le escuchaba distraída : fijábanse sus ojos en Fortunato, recogiendo las miradas del joven. La desenvoltura de nuestro héroe, su alegría y natural afabilidad, habían producido una profunda impresión en esta víctima del celibato. Parece que el corazón de una mujer llegada á los treinta años sin haber sido amada, se halla expuesto á combustiones espontáneas como el cuerpo de los hombres consuetudinarios en los excesos alcohólicos. Esos corazones, en efecto, entregados á la orfandad del sentimiento, excitan sus propias facultades en razón de ese amor, único sueño de la vida del que la suerte los ha desheredado : de aquí que cualquiera impresión repercute sobre ellos, despertando violentos arranques de pasión.

Virginia se sintió arrastrada hacia Fortunato desde el primer instante en que le vió, y esta era la causa de su distracción para escuchar las palabras de Bermúdez, quien con la fatuidad propia del hombre, traducía aquella preocupación de su amada por esa deliciosa turbación que sorprende á la mujer cuando se siente fascinada por el lenguaje amoroso.

La conversación del círculo de los jóvenes alrededor de la mesa era menos sentimental que la de las otras personas.

— Vamos, ya está doña Rita en su tarea de saludos, decía uno.

— Estas señoras parece que siempre pasan malas noches, dijo otro ; voy á hacer un esfuerzo para sacarla de su letargo.

Y el joven que acababa de hablar, fué á sentarse al lado de la señora, la que sorprendida de repente, dió un salto en su asiento al despertar.

— ¿ Qué tiene Vd. señora ? le dijo el joven con aire de interés.

— Nada, contestó doña Rita, fué que creí ver una barata que me subía por el vestido.

— El mocito Esperanzano parece que viene aquí con esperanzas, dijo Carlos Peñalta, haciendo notar á los otros jóvenes la prolongada conversación de Fortunato y Margarita.

— Y Bermúdez, dijo otro, está agotando su elocuencia, cuando lo que la otra quiere no es amor sino matrimonio.

— Tras lo uno vendrá lo otro, observó un tercero.

— Es que para lo otro no hay necesidad de lo uno, dijo Carlos.

— ¿ Cuánto tiene ella ? preguntó el de la primera observación.

— Bermúdez debe tener el apunte, contestó Carlos.

— Y él hace bien de sitiarla, porque no parece que con su cara podrá encontrar otra.

— Al fin es hombre.

— Pero tan feo.

— ¡ Y pelador !.....

— Cosa que á Vds. debe horrorizarles, dijo otro.

Todos se echaron á reir, porque en esto de hablar del prójimo cada cual se cree con derecho de hacerlo por sí y poder vituperar al que lo haga.

— Este Fortunato tiene amores con otra niña, dijo uno para cambiar la conversación.

— ¿ Con quién ?

— Con una hija de un militar : creo se llama Amelia Almiro.

— ¿ Y es buena moza ? preguntó Marcos.

— Sí, pero muy pobre.

— Dios la tenga en su santa guarda.

En este momento llegó el té. Cesó la música, se interrumpieron las conversaciones y todos se reunieron al rededor de la mesa.

— ¿ Qué tal estuvo el sábado el baile de doña X*** ? preguntó un joven tomando una tostada.

— Hubo muy poca gente.

— Al paso que vamos, creo que pronto se acabarán en Santiago todas las diversiones.

— ¿ Y había algunas elegantes ? preguntó Margarita.

— No puede Vd. figurarse los adefesios que se veían, contestó uno de los jóvenes, que se preciaba de hombre de buen gusto.

— ¡ Eso nunca falta ! dijo la niña.

— Figúrese Vd. que había una niña con vestido color caña y lazos de cinta azul.

— Oh, oh, eso es muy grave, dijo Marcos.

— Señor don Fortunato, dijo doña Rita, ¿ hallará Vd. indiscreta una pregunta que voy á hacerle ?

— De ningún modo, señorita.

Entre nosotros, á la más adusta matrona la sonará mal oirse llamar señora ; así lo pensaba Fortunato que acababa de contestar á doña Rita.

— He oído decir que su tío va á casarse ¿es cierto?

— En eso, señorita, yo estoy tan adelantado como Vd., pues mi tío es hombre de reserva.

— Pues todos aseguran, dijo uno de los jóvenes, que se casa muy pronto con una viuda... ¿Cómo se llama, Carlos?

— No la conozco, contestó Peñalta mordiéndose los labios.

— Se llama Julia Valverde, dijo uno de los jóvenes.

— ¿Es rica?

— No, muy pobre.

— ¿Tiene familia?

— No.

— Yo lo sentiría por mi amigo D. Anselmo, dijo doña Rita.

— No le compadezca Vd., dijo otro, porque la viudita es bellísima.

— No importa, es de una familia muy oscura.

— Yo creo que todos recibimos igualmente la luz del sol, replicó un joven del partido liberal, de modo que no veo por qué la familia de esa joven sea más oscura que cualquiera de las de nosotros.

— ¡Jesús, primera! Vd. no piensa lo que dice, contestó doña Rita. Cómo quiere Vd. comparar la

familia de esa niña, que nadie conoce, con la de D. Anselmo; los Rocaleal son de nobleza española.

Y ella también es noble.

— ¡ Noble !

— Sí, porque es bonita.

— Con esa condición el hijo de un bodegonero también puede serlo.

— Si es rico ¿ por qué no ?

— ¿ Va Vd. el viernes á la procesión ? preguntó Margarita á Fortunato.

Advertiremos aquí que Fortunato se hallaba de visita en casa de doña Rita Castillejo en la semana de Dolores que precede á la Semana Santa.

— ¿ Y Vd. irá ? dijo Fortunato contestando con otra pregunta.

— Tal vez, respondió Margarita bajando suavemente los ojos.

Fortunato sintió palpitar de orgullo su corazón. Un joven interpreta siempre á su favor esas turbaciones de las niñas en sociedad, que, si á veces provienen de alguna emoción fuerte, muchas nacen de que no saben qué contestar.

Fortunato se dijo que aquella era una cita tácita y llena de delicadeza. El amor propio le envió su oleada de incienso, haciéndole maravillarse de su buena suerte.

Sus miradas sobre Margarita se hacían cada vez más tiernas, y absorto en su contemplación no veía ni la obstinación con que Virginia fijaba su vista en él, ni oía la conversación general que seguía rodando sobre las mil superfluidades, insípidas noticias y crónicas privadas que componen el fondo de las conversaciones de tantos estrados de gran tono.

Media hora después del té, Anastasio y Fortunato se despidieron de doña Rita y su familia.

— ¿ Qué tal te ha parecido la chica ? preguntó Anastasio, apenas se hallaron en la calle.

— Magnífica, contestó Fortunato.

— Pues no tienes más que seguir visitándola.

— No encuentro para ello más que una dificultad.

— ¿ Cuál ?

— La de que no puedo luchar en elegancia con todos esos jóvenes que van allí, y esta, sin duda, es una gran desventaja.

— Eres un inocente ¡ qué dificultad tienes para ser tan elegante como todos ellos ?

— Una muy pequeña : que no tengo dinero.

— ¿ Y tú crees que todos esos jóvenes son ricos ?

— No lo sé, pero á juzgar por el lujo que gastan.....

— ¡ Bah ! te repito que eres un inocente, porque puedes vestirte sin necesidad de plata.

— ¿ Cómo ?

— No pagando al sastre.

— ¿ Y después ?

— Después, si te casas, pagas y quedas rico.

— Bien está ; pero es el caso que se paga cada seis meses y si en este término nada tengo.....

— No faltará.

Fortunato siguió andando pensativo. Su índole perezosa é indiferente se acomodaba muy bien al sistema de Anastasio, que allanaba todas las dificultades opuestas á su ambición. El lujo de los Mantoverde, por otra parte, sus aristocráticas pretensiones, la elegancia de Margarita, todo halagaba de tal modo sus menores inclinaciones, que en la noche no tuvo un solo pensamiento para Amelia.

Al llegar á la casa de Bermúdez los dos jóvenes se pararon.

— Si me esperas mañana á las ocho, dijo Anastasio, te llevaré á casa de unos amigos y pasaremos una noche agradable.

— Con mucho gusto, dijo Fortunato.

Diéronse las buenas noches y se separaron.

Al acostarse, nuestro héroe se sentía completa-

mente transformado. Repasaba en su memoria las menores palabras de Margarita, estudiaba las que debía decirle en su próxima visita y aspiraba de antemano las delicias de verse amado por una joven rica y elegante. Su espíritu se engolfaba con placer en esas orgías de la vanidad, delirio constante de los pobres, viéndose rico y considerado: arrojando con desdén su protectora mirada á sus amigos desde el fondo de un magnífico coche al pasar por la Alameda; llegando al teatro tarde con Margarita á uno de los mejores palcos y saliéndose en la mitad de la representación. Estas pequeñas vanidades, que son el fondo de la humana naturaleza, formaban en el alma de Fortunato el brillante y mágico concierto de la esperanza; ella traía de la mano al porvenir que le brindaba un ramo de lozanas flores y su perfume llegaba al cerebro del joven haciéndole palpitar hasta en la última fibra de su organismo.

Las palabras de Anastasio Bermúdez habían producido su efecto: Fortunato al levantarse estaba decidido á buscar en el matrimonio la fortuna que el destino le negara.

Después de almorzar se fué á casa de su tío.

D. Anselmo unía en aquel momento á la natural alegría de su carácter, la benevolencia que la felicidad infunde siempre al corazón humano. Hallá-

base voluptuosamente reclinado sobre su poltrona, sorbiendo el mate que le servía de desayuno.

Fortunato golpeó discretamente á la puerta.

— Adelante, dijo la alegre voz del tío.

El joven entró, acomodando su rostro á la entonación de aquella voz.

— ¡Ah! ¿eres tú, Fortunato? dijo el viejo. Me alegro de verte ¿qué te habías hecho?

— No he venido por temor de ser indiscreto, dijo Fortunato lanzando á su tío una mirada llena de malicia.

Don Anselmo comprendió perfectamente aquella mirada y se contorneó con orgullo soplando la bombilla.

— ¿Me hablas de la señorita que viste aquí en días pasados?

— Precisamente.

— ¿Qué tal te pareció?

— Lindísima.

— ¿Qué dirías si llegase á ser tía tuya?

— Que Vd. es hombre de muy buen gusto.

— Pues acá entre nos, Fortunato, te diré que no me faltan mis razones para pensar que Julia corresponde á mi amor.

— En eso ella también acredita su buen gusto.

— ¿Y en la sociedad qué se dice?

— Los hombres envidian la suerte de Vd. y las mujeres la de ella.

— Ya que lo sabes todo, te confesaré que estoy decidido á casarme: tarde ó temprano uno há de llegar ahí.

— Cabal, y más vale tarde que nunca, pensó en sus adentros Fortunato.

— ¿Y cuándo piensa Vd. hacerlo?

— Dentro de un mes.

— Pues hace Vd. muy bien en decírmelo, porque habría llegado el día del enlace y me sorprendía sin poder asistir á él.

— ¿Por qué?

— Porque no tengo ni un frac ni un pantalón con que hacerlo.

— ¡Hombre! nada me habías dicho, sabiendo que siempre estoy pronto á satisfacer tus necesidades.

Fortunato bajó con modestia la vista mientras D. Anselmo abría un cajón y sacaba de él cien pesos.

— Toma, hijo, y sé franco conmigo, le dijo pasándole el dinero.

Fortunato le dió las gracias, se entusiasmó hablando de Julia y dejó á don Anselmo embriagado de amor, de esperanza y de orgullo. Estos tres goces morales hacen subir á un hombre más alto

que el más encumbrado de los globos aerostáticos.

— Este chico es una alhaja, exclamó para sí cuando Fortunato salía, después de halagarle el amor propio en todos sentidos.

Vaya que un viejo enamorado se pone tonto á remate, se decía Fortunato al mismo tiempo que su tío hacía la anterior reflexión.

Á la oración del mismo día, Anastasio llegó á casa de Fortunato.

— ¿Sabes que mi tío se casa? le dijo éste.

— ¿Con Julia Valverde?

— Sí.

— ¿Cuándo?

— Dentro de un mes.

— Malo, tú debes impedirlo.

— ¿Y por qué?

— Porque la viuda se llevará la herencia y tú quedas dado vuelto para la pared, como dicen.

Fortunato se puso pensativo: con sus nuevos planes, había perdido de vista la herencia de su tío, que siempre también había mirado como muy lejana.

— Aunque tú nada tienes, continuó Anastasio, la sociedad te mira como heredero de D. Anselmo y esto equivale á una posición social, sin la cual nada podrás hacer. D. Modesto Mantoverde y su

mujer son bien ricos y por lo mismo no admiten para marido de Margarita sino á un hombre rico, de modo que si tu tío se casa, no te darán á la niña aunque ella se enamore de ti.

— Tienes muchísima razón, dijo Fortunato, pero ¿cómo impedir ese matrimonio? mi tío está enamorado como un *primerizo.*

— Yo pensaré y haremos cuanto sea posible por desbaratar ese enlace.

— Será un servicio que te agradeceré con toda mi vida, exclamó Fortunato lleno de fé en el ingenio de su amigo.

— Ahora, dijo Bermúdez, te llevaré á casa de unos amigos, donde pasaremos la noche agradablemente.

Ambos salieron y tomaron la dirección del centro de nuestra hermosa capital. Después de andar algunas cuadras, llegaron á una casa de esas que forman la generalidad de la población: portada con mojinete, alero, techo bajo, gran patio con puertas al interior y ventanas con antiguas rejas de fierro.

Anastasio introdujo á Fortunato en una pieza con puerta al zaguán. En esta pieza nuestro héroe reconoció á varios de los jóvenes que había visto en casa de doña Rita Castillejo de Mantoverde. Algunos tomaban café al lado de una mesa, otros

recostados sobre sus sillas, enviaban al techo espesas nubes de humo de sus enormes habanos y otros conversaban junto á las ventanas que daban á la calle. En todos ellos se notaba esa elegancia que distingue á nuestra juventud santiaguina, en la que la moda del vestido ha llegado en su aplicación y uso á tan alto grado como en París, el foco de donde parten todos los primores tanto útiles como superfluos.

— Señores, dijo Anastasio, tengo el honor de presentarles á mi amigo Fortunato Esperanzano.

El dueño de casa y sus amigos hicieron á Fortunato una cordial acogida.

— Para pasar el tiempo podríamos jugar primero, dijo Anastasio después de algunos momentos de conversación.

Dos mesas de juego fueron preparadas al instante y varios de los jóvenes tomaron asiento convidando á Fortunato.

— Apenas sé jugar, dijo éste, consultando con la vista á Bermúdez.

— Yo te enseñaré, le dijo Anastasio señalándole un asiento.

Fortunato principió por perder algunos pesos; pero la suerte se le mostró propicia poco á poco, dándole una serie de ganancias que pronto repusieron las pérdidas.

La conversación, entretanto, había cobrado más animación á medida que las apuestas aumentaban. Los afortunados hablaban de paseos, de comidas, de amores y de dinero, mientras los que perdían seguían las combinaciones del juego, esperando avasallar á la suerte á fuerza de observación y silencio.

Carlos Peñalta, el antiguo amante de Julia, anfatigable comensal de esta clase de reuniones, se acercó á Bermúdez y le llevó á la extremidad de la pieza.

— Parece que te has propuesto patrocinar á este mocito, le dijo mostrando á Fortunato.

— Es mi amigo, contestó Anastasio secamente.

— ¿ Tiene algo ?

— No le falta y será rico después.

— Pero ahora, si pierde ¿ con qué puede responder ?

— ¡ Oh ! no te inquietes por eso ; su tío Anselmo le quiere como á un hijo y paga por él cuanto le piden.

En este instante se acercó uno de los jóvenes que visitaban en casa de doña Rita.

— ¿ Y cómo van los amores, amigo Bermúdez ? dijo golpeando el hombro á Anastasio.

— ¡ Amores ! Me cree Vd. loco, Gavilán, dijo Bermúdez.

Rafael Gavilán era el mismo que en la casa de

Mantoverde había disertado sobre los trajes femeninos ; uno de esos hombres de problemática existencia, como Carlos Peñalta, sin profesión ni bienes al sol, que ostentan sin embargo un lujo digno de un millonario y están siempre al cabo de los menores incidentes sociales.

— Vamos, Vd. disimula, mi amigo Anastasio ; pero hace mal, porque yo soy confidente de Virginia y ella me lo ha contado todo.

Entretanto Carlos Peñalta se había acercado á la mesa en que jugaba Fortunato y tomado el asiento de uno de sus amigos, que éste le cedió por un cóndor. Fortunato se hallaba en aquel momento bajo el influjo de ese vértigo que se apodera de todo jugador al cabo de algunos momentos de acción. El interés, la más violenta pasión de la generalidad de los hombres, le hacía olvidar su pobreza y lanzarse en envites cada vez más osados y temerarios. Á la primera había sucedido el *monte*. Fortunato no sentía el curso del tiempo, ni el cansancio de tres horas de inmovilidad en su asiento, ni el peso de la atmósfera cargada de humo de cigarro, ni la aspereza del lenguaje de sus compañeros, que poco á poco abandonaban toda fórmula de urbanidad, para dar rienda suelta á la miseria de sus pasiones : no oía más que el ruido del oro sobre la mesa y no veía más que el movimiento de las manos del *talla-*

dor, que arrojaba las cartas que traían la suerte ó la pérdida. ¡Había entrado con los cien pesos de su tío y en tres horas se hallaba dueño de mil!

Todos aquellos jóvenes, agitados por las violentas emociones del juego, habían perdido, entretanto, la gracia natural de la juventud, y contraídos, agitados, brillantes de sudor, ó desencajados de palidez, no habrían sido por cierto reconocidos por las niñas, á quienes cada uno de ellos había pintado, tal vez en la noche anterior, las venturas inefables y plácidas del amor. Diríase que el alma, en el juego sobre todo, envía con placer sus malas pasiones al rostro del jugador, asi como el mar arroja á la playa todo lo que es extraño á su elemento. No es en verdad aquella la expresión del vicio, no es la marca del desenfreno, la contracción del odio ni la repugnante saciedad del licor; pero es algo de más imponente y misterioso, algo que inspira menos compasión y más desprecio: es el gesto de la avaricia, desnuda, palpitante, envidiosa, con su séquito de instintos mezquinos y vergonzosas inspiraciones. Hay algo que hiere en lo más vivo los nobles instintos del corazón, en el espectáculo de esa lucha de exterminio, de ese sacrificio de la felicidad ajena, de esa codicia temblorosa que ahoga la elevación de todo sentimiento, la pureza de todo afecto, la debilidad sublime de todo cariño, la voz

porfiada y leal de la conciencia. El interés, este sombrío artista del juego, se complace en pintar con los más sombríos colores el rostro de sus creaciones, transformando la faz humana, sobre la que Dios puso un rayo de su divina inteligencia, en el rostro fatídico que los más fanáticos pintores de la escuela española han dado al ángel despeñado por la envidia.

Pero Fortunato, como dijimos, no veía nada de eso: el brillo del oro fascinaba su vista, el ruido del metal hería sus oídos como una música divina. Por esto no pudo notar el signo de inteligencia que Carlos Peñalta hizo á uno de sus compañeros de juego al principiar. Además, en ese momento, al contar con una rápida ojeada sus ganancias, alineadas en pilas de cóndores sobre la mesa, Fortunato tuvo ese terrible momento de excitación, muy común entre los jugadores novicios á quienes ha sonreído la suerte: quiso pararse. Primera peripecia de ese gran drama que concluye con la extinción de todo sentimiento generoso. Miró su reloj, que daba la una; pero nadie pareció conocer su deseo: murmuró algunas tímidas palabras sobre lo avanzado de la hora, que nadie oyó tampoco, y la vergüenza entonces le clavó en su asiento, inundando su cuerpo de un sudor glacial.

Al cabo de una hora, sus ganancias habían pa-

sado de sus manos á las de Carlos y sólo le quedaban cincuenta pesos. Entonces uno de los jóvenes propuso suspender la partida, diciendo que tenía que asistir á un baile y Fortunato se sintió sin fuerzas para pedir su desquite.

— ¿ Cuánto ganaste ? le preguntó al salir Anasasio.

— Perdí cincuenta pesos, exclamó tristemente Fortunato.

— Otro día ganarás el doble, replicó Bermúdez, tienes muy buena suerte. Te encargaré sí que no juegues mucho con Carlos Peñalta, porque creo que no juega *limpio.*

XIX

La misma noche en que Fortunato perdía al juego la mitad de su dinero, don Diego Almiro, después de cerrar su modesta tienda, volvía á su casa con el paso incierto de un hombre engolfado en profundas reflexiones. Una sombra de melancólica preocupación nublaba el rostro del viejo veterano, y su vista, que parecía no distinguir á ninguna de las personas que pasaban á su lado, se fijaba vagamente en cada objeto, manifestando la preocupación de su espíritu.

Al entrar en la pieza en que doña Rosa y Amelia le esperaban ordinariamente, se dirigió silencioso á una silla, colocó sobre ella, por un movimiento maquinal, su bastón y su sombrero, y sentándose después al lado de su mujer, pasó una mano sobre

su frente, apartando de ella sus abundantes cabellos blanqueados por la edad.

— Hijíta, hágame dar un mate, dijo digiriéndose á la niña con una voz llena de paternal dulzura.

Amelia salió y D. Diego guardó por algunos instantes el más profundo silencio.

— Hija, el negocio va cada día peor, dijo como contestando á la mirada interrogativa de su mujer.

— ¡ Cómo ha de ser ! exclamó doña Rosa alzando la vista al cielo.

Y en aquella mirada, iba envuelta la resignación sublime de esas almas piadosas, para quienes la religión es una fuente de inagotables consuelos.

— Por mí nada me importaría, prosiguió Don Diego, he sido militar y no es la pobreza lo que me espanta ; pero te confieso que al pensar en nuestra hija y al ver que podemos morir dejándola desvalida y pobre, siento que las fuerzas me faltan para luchar contra mi mala suerte. Tres años he trabajado sin descanso y al fin de ellos, ya lo ves, me encuentro sin ganancia alguna y bajo el peso de un documento de cuatro mil pesos cuyo plazo expira dentro de un mes.

— Y ese documento ¿ quién lo tiene ? preguntó doña Rosa.

— D. Modesto Mantoverde, dijo el militar.

— Ese caballero es muy rico y no te apurará, observó la señora.

— Rosa, tú no conoces el mundo, replicó Don Diego; en materia de intereses el rico y el pobre, todos son iguales, todos han reemplazado su corazón por un peso fuerte y no tienen más sensibilidad que la que éste tiene. El comercio, hija, es una guerra en la que por un aliado tiene uno veinte enemigos y no hay cuartel en ella, sino á costa de grandes sacrificios, porque para prorrogar un plazo es preciso aumentar los intereses.

— D. Anselmo Rocaleal, que te debe su fortuna, podrá tal vez serte útil ahora.

— D. Anselmo es rico y no me servirá porque no tiene necesidad de mí. Además, tú sabes que nunca pediré un servicio á un hombre que me ha arrebatado el fruto de mi trabajo, aun cuando supiese que él me sacaría de este apuro.

Amelia entró en este momento trayendo el mate á su padre. El risueño semblante de la niña, lejos de disipar la tristeza de D. Diego, pareció aumentarla. Hablaron durante algunos momentos de cosas indiferentes, y á las nueve se retiraron silenciosos. La noche para los que sufren, lejos de ser la hora de la alegría como lo es para los felices, es la hora de la meditación del pesar. Estas tres personas se retiraban á buscar en el sueño

lo que buscan en él todos los desgraciados: el olvido.

Al siguiente día Fortunato se presentó en casa de Amelia á la hora en que don Diego se hallaba en su tienda.

Los bellos ojos de la niña conservaban aún las señales de llanto reciente, lo que Fortunato notó al saludarla.

— Si habrá sabido algo de mi visita á su amiga Margarita, se dijo para sí, con la fatuidad propia de todo hombre que cuenta con el amor de una mujer.

— Mi mamá va á venir dentro de su momento, le dijo Amelia cuando el joven iba á indigar la causa de aquel llanto.

— Pero mientras ella llega, tú podrás decirme la causa de tu tristeza, le dijo Fortunato.

Ella sintió sus ojos humedecerse como sucede siempre á una persona á quien hablan de su aflicción después de haber llorado. Y así estaba tan bella, había tan ideal dulzura en su dolor, que Fortunato sintió en su alma un verdadero remordimiento y juró no traicionar el amor de aquella criatura.

— Es cierto que hoy he estado muy triste, contestó Amelia enjugando sus ojos.

— ¿Por qué?

— Por asuntos de familia, dijo la niña.

Fortunato respiró con más libertad, pues se acusaba ya de ser la causa de aquel llanto.

Á ti puedo decírtelo, continuó Amelia ; mi padre se encuentra muy mal en sus negocios y esto me ha hecho sufrir, pues preferiría tener yo mil pesares á verlo desgraciado.

— ¡ Pobre D. Diego ! murmuró Fortunato tratando de dar á sus facciones un aire de tristeza.

Pero mientras hablaba Amelia, él recordaba, con la lucidez del egoísmo, todos los consejos de Anastasio y se espantaba de la idea de asociar su vida pobre con la de aquella niña condenada á la miseria. La revelación de Amelia, lejos de hacerle repetir el juramento que un instante apenas acababa de hacerse á sí mismo, despertó por el contrario los mezquinos instintos de su ambición. Y Fortunato estaba muy lejos de ser un hombre excepcional. Es tanto el empeño con que se predica por los intereses materiales, que los hombres se persuaden que el buscar la fortuna, no es ya una conveniencia sino un deber : y en materia de deberes, todos cumplen con escrúpulo y celo aquellos que tienen por resultado la riqueza.

— Oyéronse entonces los pasos de doña Rosa.

— En la procesión, el viernes, tendremos tiempo de hablar con más libertad, dijo Amelia,

interpretando el silencio de Fortunato por el sentimiento que debía darle la noticia que le había comunicado.

La madre de Amelia entró y saludó cariñosamente á Fortunato, á quien había conocido desde niño. La conversación rodó entonces sobre los acontecimientos del día, sosteniéndola doña Rosa, mientras su hija buscaba en los ojos del joven el amor que no había tenido tiempo de manifestarle. Pero Fortunato estaba distraído y ponía demasiada atención á las palabras de doña Rosa, circunstancia que no hizo nacer en Amelia la menor sospecha. Los corazones leales están, por su propia lealtad, al abrigo de esa inquietud continua de los que son capaces de engañar.

Después de media hora de conversación, Fortunato se despidió de doña Rosa y de Amelia. Dirigióse á casa de Bermúdez, calculando que éste debía haber salido ya de su oficina.

— ¡ Pobre Amelia ! pensó mientras caminaba.

La imagen afligida de la niña despertó en su memoria los primeros días de su amor. La memoria y la conciencia son siempre agradecidas á pesar de los extravíos del corazón. La una evoca los recuerdos felices, mientras la otra, con su voz severa, murmura su constante reproche á las defectuosas inconsecuencias de nuestra organización.

Así, Fortunato pensó en la divina emoción de los primeros juramentos, en el casto delirio de las primeras miradas, en la diáfana pureza de las emociones primeras, en esa selva encantada del primer amor, en fin, donde respiramos el perfume de todas esas flores del alma, robadas al paraíso para consuelo de nuestra humana miseria.

Pero Fortunato, engolfado en su amorosa reminiscencia, había llegado á la calle del Estado y era precisamente la hora en que nuestras elegantes santiaguinas invaden las tiendas en busca de esas fruslerías de exorbitante precio que componen el traje y la segunda vida de la mujer. Detúvose ante un hermoso coche, al que se hallaba enganchada una magnífica pareja de caballos mulatos que, de fogosa impaciencia, golpeaban las piedras con sus herraduras: había reconocido el coche de doña Rita, la que en ese mismo momento salía de una tienda con Margarita, llevando ambas en sus brazos las compras que acababan de hacer. Fortunato se acercó solícito á ellas, saludólas con toda la gracia que pudo imprimir á su cuerpo y se apoderó de los efectos que traían, siguiendo así con ellas hasta el coche, dirigiéndoles mil risueñas necedades, á las que se le contestaban otras igualmente necias y risueñas, y muy ufano de ser visto

por las personas que pasaban, á todas las que miraba con protectora complacencia.

Aquel coche aristocrático, el elegante vestido de Margarita, su orgullosa sonrisa, los ricos encajes de su cuello y manguillas, el reluciente brocato del interior del carruaje, toda la pompa del lujo, en fin, ahuyentó sus tiernos recuerdos, arrojándole de nuevo en sus ambiciosos proyectos. Su orgullo rechazó con desdén la idea de un amor en la pobreza, con vestidos de percal y muselina, con modestos encajes de algodón por todo adorno, con muebles de palo y viejas alfombras por accesorios. Una mirada de la elegante Margarita le pareció de más precio que la más ardiente protesta de Amelia. Y desde ese instante acalló todos sus remordimientos para entregarse únicamente á sus planes de conquista.

Penetrado de la necesidad de realizarlos entró en casa de Anastasio.

— Acabo de hacer un feliz encuentro, le dijo tomando un asiento.

— ¿ Cómo así ? preguntó Bermúdez.

— Al pasar por las tiendas me encontré con Margarita y su madre : estaba encantadora.

— ¿ La madre ?

— ¡ No ! ella, Margarita.

— ¿ Te ha gustado, eh ?

— Muchísimo. ¡ Qué dientes ! ¡ qué color ! ¡ qué elegancia !

— ¡ Y qué dote !

— No, fuera de broma ; me ha parecido lindísima.

— Pues, amigo, manos á la obra : es preciso no dormirse, porque de ese género hay mucha demanda y poca cantidad ofrecida.

— Aquí me tienes, fiado en tus recursos, me entrego á ti en cuerpo y alma.

— Decíamos ayer, observó Anastasio, tomando un aire de seria reflexión, que al tío Anselmo se le ha antojado casarse.

— Y dentro de un mes, añadió Fortunato.

— Decíamos también, replicó Bermúdez, que este matrimonio podía ser la ruina de tus nuevas esperanzas, puesto que te arrebata tu título de heredero, y concluímos que era preciso destrüirlo ó por lo menos hacerlo aplazarse.

— Razonas con la lógica de un maestro.

— Falta que acierte con mi plan.

— Á ver cuál es.

— Uno muy sencillo ; tú sabes que Carlos Peñalta ha tenido amores con la viuda.

— ¿ Platónicos ?

— Él dice que no ; pero él es un fatuo y la crónica afirma también lo contrario.

— Bueno, ¿ y... ?

— El fruto de estos amores fué una larga y apasionada correspondencia epistolar, en la cual, si bien por una y otra parte se olvida á veces la ortografía, no se omite en cambio ninguno de los juramentos de estilo. Lo que haremos será enviar á D. Anselmo una de estas cartas para que se imponga del estilo de su amada, advirtiéndole que quedan en nuestro poder las que envuelven serios y verdaderos compromisos.

— Sí ; pero ¿ quién firmará la carta que haga esta advertencia ?

— ¿ Quién la firmará ? ¡ Inocente ! los anónimos se han inventado para esta clase de denuncias.

Fortunato sintió una oculta repulsión hacia aquel joven que no se detenía ante la infamia para conseguir un propósito.

— ¡ Qué ! ¿ te asustas de eso ? preguntó Bermúdez admirado del silencio de Fortunato. Todo esto lo hago por tu bien, de modo que si tú no lo apruebas no hay más que dejarlo : el viejo se casará ; la viuda te lleva la herencia y los Mantoverde, viéndote pobre, te vuelven las espaldas.

Ante aquel raciocinio, los escrúpulos de Fortunato parecieron desvanecerse y su espíritu le sugirió esa consideración con que tantas conciencias se tranquilizan :

— Como esto nadie lo sabrá... pensó con menos inquietud, y luego en alta voz dijo á Anastasio que esperaba su respuesta :

— Ya te dije que me entregaba á tu protección.

— Es decir que apruebas mi plan.

— Puesto que no hay otro.....

— Al menos por ahora no veo ningún otro.

— Y á todo esto ¿ cómo nos procuramos las cartas que Julia escribió á Carlos ?

— Aquí están, dijo Anastasio sacando un paquete de cartas del cajón de una pequeña mesa de palo blanco, pintada de colorado, que le servía de escritorio.

Ambos se pusieron á leer aquella correspondencia, en la que una mujer, fiada en la lealdad y honradez de su amante, había depositado la expresión de su amor, en ese lenguaje ardiente y candoroso que no se repetiría tal vez de viva voz. Todas esas confidencias del alma, esas palpitaciones del corazón, ese fuego del espíritu exaltado por el sentimiento, ese amor de mujer, en fin, cándido, puro desinteresado, lleno de fé y de entusiasmo, fué analizado por los dos jóvenes á medida que leían, escarnecido con la cínica indiferencia de los que nada respetan, comentado é interpretado de mil maneras burlescas.

— ¡ Caramba ! exclamó Fortunato leyendo la

última carta, la viuda me parece que nos vencerá.

— ¿ Por qué ? preguntó Bermúdez.

— Porque es muy persuasiva.

— No importa, nada arriesgamos en esta partida ; si sale mal, tanto peor.

Al decir esto, Anastasio se sentó al lado de su mesa, tomó una pluma, una hoja de papel y se puso á escribir. Fortunato entretanto repasaba algunas cartas que más habían llamado su atención. Pocos instantes después Bermúdez alzó la cabeza.

— Oye, dijo á Fortunato que seguía absorto en su lectura.

- ¿ Ya está ?

Anastasio leyó en alta voz :

« Sr. D. Anselmo Rocalcal :

» Muy señor mío de todo mi aprecio :

» Movido únicamente por el gran interés que Vd. me inspira, me tomo la libertad de escribirle para hacerle conocer el abismo á que Vd. se encamina. La lectura de la carta adjunta escrita por doña Julia Valverde á D. Carlos Peñalta, bastará para manifestar á Vd. los graves peligros de que se verá rodeado, casándose con esa señorita, puesto que Peñalta se vé con ella en muchas casas amigas y que ese amor existe todavía. Esperamos de la

caballerosiddad de Vd. no haga uso ninguno de esa carta, que á la verdad es la menos compromitente que tenemos en nuestro poder, pues no es en manera alguna nuestro ánimo dañar á la reputación de la que las ha escrito, sino hacer á Vd. un servicio desinteresado y de pura amistad. »

— Eso del abismo, dijo riéndose Anastasio, le hará recular de espanto.

— ¿ Y si él sigue la recomendación y no muestra la carta ? observó Fortunato, tal vez dude de su autenticidad.

Bermúdez se sonrió malignamente.

— Es lo primero que hará, dijo, por lo mismo que se le recomienda no hacerlo.

Cerró la carta, incluyendo la de Julia, y la guardó cuidadosamente en su cajón.

— Esta noche, dijo, D. Anselmo la encontrará á su vuelta y tendrá toda la noche para masticarla.

— ¿ Iremos á casa de Margarita ? preguntó Fortunato para consolarse de aquel paso, que repugnaba aún á su conciencia.

— No, iremos mañana y las convidaremos para acompañarlas en la procesión del viernes.

Después los dos jóvenes se separaron, dándose cita para el día siguiente.

XX

En la noche de ese mismo día D. Anselmo llegaba á su casa á las once, acompañado por fray Ciriaco que le dió las buenas noches en la puerta.

D. Anselmo recibió de manos de su vieja criada la palmatoria con luz y la carta que Anastasio había enviado temprano: tomó ambas cosas y se retiró á su cuarto, todavía bajo la impresión de la mirada de Julia, con la que acababa de formar los más encantados castillos de felicidad. Colocó la vela sobre el velador, dejó el sombrero, quitóse cuidadosamente la peluca y cubrió su cabeza con un largo y blanco gorro de dormir. En este traje aproximó la poltrona al velador, calóse las antiparras que usaba todos los días para leer el año cristiano, y sentándose, principió á romper el sello de la carta haciéndose la pregunta de todos: ¿ quién me escribirá ?

Al concluir la carta de Anastasio, tomó con mano convulsiva la carta de Julia y la leyó, sintiendo á cada palabra el hielo mortal de los celos discurrir por todas sus venas.

— ¡ Ah ! exclamó al terminar, y ella que me acaba de jurar un amor eterno !.....

Y tras aquella exclamación, mil ideas contradictorias, mil absurdos proyectos, cruzaron por su cerebro, sometiéndole á la desesperante tortura del amor que se cree ultrajado. D. Anselmo no había dudado un momento de la veracidad del terrible denuncio que se le hacía, porque la maledicencia encuentra por desgracia cabida en casi todos los corazones, ni se había hecho la natural reflexión de que el amor de Julia por Carlos debía ser anterior al suyo, porque el hombre que, como ya hemos dicho, ama siempre con su orgullo, es celoso no del presente sino también del pasado.

Transcurrió por fin aquella noche de insomnio, de fiebre y de imprecaciones : la luz de la mañana hizo palidecer la de la vela que alumbraba las dos cartas, sobre las que D. Anselmo fijaba sus ojos extraviados por la velada. Llegó la hora de almuerzo : D. Anselmo no tenía hambre. Los celos son por sí solos la más pesada de las indigestiones y ejercen una directa influencia sobre el estómago. Llegó también la hora de la misa y D. Anselmo no

fué á ella. Dominábalo únicamente la idea de ver á Julia y de oir su justificación de sus labios. El hombre, siempre esclavo de su debilidad, ó acaso porque hace justicia al genio de la mujer, espera siempre de ella un desengaño que le vuelva la calma de su espíritu: en tal disposición, toda mujer sabe que su juez pide de antemano su propia absolución.

D. Anselmo llegó á casa de Julia armado del cuerpo del delito.

La viuda salió á recibirle risueña, fresca y rosada. Su sonrisa, su lánguida mirada, su voz cariñosa y suave, fueron otros tantos dardos que atravesaron el pecho del infeliz enamorado. Sentóse á su lado sin hallar qué decirle y arrepintiéndose ya del paso que daba, balbuceó algunas palabras incoherentes sin atreverse á mirar de frente á la joven y buscó en vano alguna expresión con que salir de tan angustiado trance.

— No esperaba tener la dicha de verle tan temprano, dijo Julia, lanzándole una mirada llena de ternura.

Don Anselmo sintió enfriarse ante aquella voz el fuego de su despecho.

— Ni yo tampoco pensaba venir á incomodarla.....

— ¡ Á incomodarme ! exclamó ella, parece, Rocaleal, que Vd. duda aun de mi cariño.

— Vamos, mejor será que se lo diga esta noche, pensó D. Anselmo, sintiendo desfallecer su valor. ¡ Yo dudar ! dijo en voz alta, no por cierto; pero temo haber venido muy temprano.

Julia había notado perfectamente la turbación de D. Anselmo y sus palabras confirmaban su observación.

— Rocaleal, dijo ella tomando una voz de niño mimado, Vd. tiene algo que le preocupa, ¿ no es verdad ?

— ¿ Á mí ? nada, contestó él, que, viéndose atacado de frente, se refugió medroso en la negativa.

En ese momento dudaba ya de la autenticidad de la carta y habían huído de su memoria todos los cargos que durante dos horas había arreglado en forma de discurso. Pero Julia no se engañó con aquella negativa. Una mujer que, sin amar domina á un hombre por el corazón, ejerce una especie de magnetismo parecido al de las boas sobre las aves, en las que paralizan todo movimiento. El hombre, bajo esa poderosa influencia, siente embotadas todas sus facultades morales, que llegan á ser esclavas de la que le domina.

— Vd. no me dice la verdad, exclamó Julia con

acento de reconvención, si nada le preocupase, Vd. habría sido más cariñoso.

Don Anselmo halló que el raciocinio era de una lógica irresistible.

— Es cierto, contestó con la resolución del que se arroja á un baño de agua fría decidido á sufrir aquella impresión, me preocupa una idea dolorosa.

— ¡ Ah ! ya ve Vd. que yo leo en su corazón.

— Es verdad, dijo él con aire de necio.

– ¿ Y Vd. no tiene bastante confianza en mí para decirme esa idea ?

Don Anselmo sacó entonces la carta de Julia y presentándosela con aire resuelto :

— ¿ Conoce Vd. esa carta ? le dijo, fijando en ella sus ojos encendidos por la inquietud.

Julia abrió la carta y sintió que su sangre refluía hacia sus mejillas que se tornaban encarnadas, mientras D. Anselmo seguía con ansiosa inquietud todos los cambios de su rostro. Luego recurriendo al gran expediente femenil, dejó caer la carta de sus manos, ocultó en ellas su rostro, y llamó en su ayuda un llanto que no tardó en inundar sus ojos.

Don Anselmo se sentía desesperado y quiso balbucear alguna disculpa para calmar aquella aflicción violenta; pero Julia alzó su bello rostro sobre el

que las lágrimas habían corrido ya, fijó en su viejo amante una mirada como la de César sobre Bruto al recibir la muerte de sus manos, y sin oir las palabras que D. Anselmo trataba de proferir.

— ¡ Ah ! Vd. ha dudado de mí, exclamó con desesperación, esto prueba la sinceridad de su amor, cuando por satisfacer una sospecha injusta no ha vacilado en causarme un profundo pesar. Los hombres sospechan siempre de la lealtad con que les sacrificamos nuestro corazón y siempre nos suponen dispuestas á engañarles : ellos creen que porque los amamos, debemos también sufrir resignadas sus ultrajes y si una pudiese arrancarse violentamente ese amor del corazón, les enseñaría que una mujer es más digna de su respeto que lo que ellos se figuran. Sí, Vds. son crueles cuando saben que ejercen algún dominio sobre nosotras y en lugar de confiarnos respetuosamente sus dudas, nos las arrojan como una acusación, sin cuidarse de averiguar primero su veracidad. Si Vd. duda de mí, abandóneme, Rocaleal, yo buscaré á mi dolor un consuelo en la pureza de mi conciencia; pero huya de aquí donde Vd. se cree engañado; busque la felicidad en otro amor y olvídese de lo que yo he de sufrir. Yo le vuelvo á Vd. sus juramentos, yo trataré de olvidar, por mi parte, los que le he

hecho arrastrada por un amor invencible; ya entre los dos nada habrá de común, no nos volveremos á ver y.....

Aquí los sollozos ahogaron la voz de la bella afligida, que había pronunciado aquella improvisada arenga con tan comunicativa desesperación, con tan desgarrador acento de dolor, que las lágrimas brotaron también de los ojos del viejo, y violentos sollozos anudaron la voz en su garganta. Arrojóse desesperado á los pies de Julia y tratando de apoderarse de una de sus manos :

— ¡ Perdón ! ¡ perdón ! amada Julia, exclamó retorciéndose los brazos.

— No, Vd. no debe pedir perdón, porque lo que hace es muy natural, dijo ella tratando de dar á su vista la expresión de un doloroso delirio; y además, esa carta es mía, y no lo niego.

— ¡ Es de Vd. ! exclamó aterrado D. Anselmo.

— Sí, es mía; esa carta y muchas otras fueron escritas antes de conocerle á Vd. ¿ no era yo libre entonces de disponer de mi corazón ?

— Sí, es verdad.....

— Pero el hombre á quien iban dirigidas era un infame y yo le arrojé de mi casa antes de tener que acusarme de ninguna ligereza.

— ¿ De modo que Vd. no le ama ya ? preguntó D. Anselmo con tono de súplica.

— ¿ Quiere que le dé al instante una prueba evidente de ello ?

— No, yo la creo á Vd. y pido perdón de mi duda.

— No importa, la prueba es muy sencilla. ¿ Cree Vd. que si conservase aún la menor relación con ese hombre, él habría cometido la infamia de entregar así una carta mía ?

D. Anselmo se quedó mudo ante la fuerza de aquel argumento.

— ¿Y cree Vd., prosiguió Julia, que si el hombre que se ha resuelto á enviar á Vd. esa carta, tuviese una sola que comprometiese mi honor, no se la habría enviado á Vd. en lugar de ésta?

— Vd. tiene razón, contestó bajando la cabeza D. Anselmo.

En esta explicación, como ha visto el lector, Julia hizo entrar primero el arrepentimiento en el ánimo de su juez antes de satisfacer sus dudas. Después concedió su perdón cuando estuvo persuadida de que D. Anselmo se arrepentía de aquel paso como de un horrendo crimen, y le despidió por fin con mil veces más amor en el pecho que el que antes de entrar la profesaba.

XXI

Todos los santiaguinos conocen la pompa que despliega la iglesia en la procesión del *Viernes Santo*, resucitada en nuestra capital por la piedad religiosa de un hombre distinguido y popular. Santiago, por conocidas razones, es un pueblo amante de esta clase de solemnidades, así como hay otros que se complacen en menos devotos pasatiempos. Las procesiones son algunos de los pocos usos tradicionales que han resistido entre nosotros á la gradual reforma de nuestras costumbres, lo que argüiría en pro del espíritu conservador que siempre ha dominado en este suelo chileno, si nuestra carta fundamental, base de tanto género de conservaciones, no nos probase con la elocuencia de su letra y la larga duración de su vida, que ella es la primera y más indisputable prueba del cariño con que recibimos los legados de nuestros padres.

La procesión del *Viernes Santo* pone en movimiento á los habitantes de Santiago de todas edades y condiciones. Los viejos van á admirar con su fé religiosa los padecimientos del Redentor; los jóvenes á entregarse á más profanas admiraciones en ese mar de humanas criaturas que invade la Alameda, la plaza, las calles del Estado y Ahumada. Los niños van á oir el grito de los *cucuruchos*, á ver la gala lujosa de las andas, el conjunto de las luces, el aparato de la procesión que deja en sus sencillas imaginaciones profundos y venerados recuerdos; y las mujeres van á ver, á admirar, á rezar, á pasar y repasar, á agolparse, oprimirse, pisotearse, enternecerse, reirse, á criticar, á mostrar su lujo y su elegancia, á seguir cada cual, en fin, sus gustos predilectos, en esta festividad nocturna con la que, si bien se consigue movilizar á la plobación entera, no creemos que la mayoría de los asistentes vaya penetrada de los religiosos sentimientos que se trata de inspirarles. Bajo el sepulcro del sublime crucificado, se ven mil escenas que alejan por cierto el recogimiento del espíritu más serio. La multitud se agolpa para ver el anda que pasa y es rechazada por la enérgica y expresiva amonestación de las culatas de fusil con que siempre arguye la guardia encargada de mantener el orden. Unos ordenan la marcha y otros mandan hacer alto á la proce

sión, consiguiendo con esto que los fieles que alumbran, apaguen múchas veces su vela en la levita del vecino, mientras un niño grita que le ahogan y alguna beata se lamenta de un pisotón que ha recibido. Invocan los sacristanes el silencio, parlamentan los soldados con la chusma, sudan bajo el peso de las andas los infelices que la cargan, grita alguna niña por algún desmán cometido en su persona á favor de la sombra y del tumulto, pechan y codean las beatas con furioso fanatismo, atacan los pilluelos los bolsillos de los espectadores, resuena el lúgubre sonido de la corneta destemplada, y todo ese mundo se agita, se estruja, se despedaza en convulsiones grotescas y ridículas, mientras que cada santo en su anda se mueve con el temblor convulsivo que le imprime la marcha de los que le conducen. ¿En dónde está entretanto la majestad que debe ser el sello de actos semejantes? ¿En dónde el espectáculo que eleve bastante el alma de los asistentes para distraerles de la confusión y el tumulto que les rodea y á pesar suyo les arrebata? ¿En dónde, en fin, esa apoteosis magnífica del Calvario, que arrobe al alma en impresiones dignas de la grandiosa leyenda y haga olvidar ese conjunto de accesorios estrafalarios que encadenan la atención más desprevenida?

En el año en que corre esta historia, la concu-

rrencia á la procesión era, como siempre, inmensa. Las veredas, las tiendas, los altos de las casas estaban llenos de espectadores, mientras que la plaza era un mar de cuerpos humanos, con sus oleadas, sus calmas y sus rugidos.

Fortunato y Anastasio habían preparado sillas delante de la cárcel para la familia de Mantoverde. Nuestro héroe, colocado al respaldo de la silla que ocupaba Margarita, desplegaba los más brillantes recursos de su ingenio para arriesgar su primera declaración; mientras que Anastasio luchaba con la indiferencia, inexplicable para él, de Virginia, y D. Modesto hablaba con doña Rita sobre los incidentes de las procesiones anteriores.

Margarita oía con placer las palabras de Fortunato, las que halagando su amor propio la infundían hacia el joven el amor que la niña era capaz de sentir. Este hecho, un poco violento, si se atiende al corto tiempo que Margarita y Fortunato se conocían, se explicará perfectamente recordando la simpatía que el joven había despertado en el alma de Virginia. Ésta había manifestado sin reserva á Margarita su afición á Fortunato. Para una mujer, el mayor elogio que puede hacerse de un hombre, es presentarlo amado por otra. En la súbita pasión de Virginia había tal espontaneidad, tal admiración candorosa, que Margarita sintió al ins-

tante la fuerza del contagio y miró con placer las decididas atenciones que Fortunato le prodigaba. Anastasio, por su parte, había contribuído á decidir aquella inclinación, presentando á su amigo á los ojos de la niña como un hombre superior, de grandes recursos y heredero de la fortuna de su tío Anselmo. Estas dos circunstancias bastaron para despertar en Margarita el amor que las palabras del joven desarrollaban en aquel instante.

— Vd. duda de la verdad de mis palabras, decía Fortunato inclinándose galantemente al oído de Margarita, porque hace tan pocos días que nos conocemos.

— Creo que la razón en que me apoyo es bastante poderosa, contestaba ella sonriéndose.

— Para Vd. tal vez, pero no para mí.

— Mucho lo dudo.

— Yo la conocía á Vd. antes de visitarla y cuando traté de ser presentado en su casa lo hice por el interés que Vd. me inspiraba. Además, ¿ Vd. no cree que el amor pueda nacer en un instante, cuando la persona que lo inspira tiene suficientes atractivos para ello ? ¿ Ó es preciso que una pasión se críe, como un árbol, con el tiempo y no adquiera su desarrollo sino en un año ó más?

— No ; pero...

— Negar al amor ese poder sería negar esa co-

rrespondencia de secreta simpatía, que desde el primer momento se establece entre dos almas que han de comprenderse y amarse; sería negar el fuego de la vida que enciende una pasión antes que la conciencia se haya dado cuenta del hecho, antes que la voluntad haya podido oponer su fuerza, que jamás alcanza á contrarrestar ese influjo poderoso y despótico del corazón que, en amor, nunca siente á medias ni puede calcular.

Fortunato continuó durante algunos minutos discurriendo sobre las falsas teorías en las que un hombre que no ama apoya sus argumentos para alucinar el corazón de una mujer, mientras que Margarita le escuchaba sin analizar la verdad de sus palabras y divisando solo el amor en medio de ese concierto de voces.

Fortunato esperaba una respuesta, cuando creyó oir su nombre pronunciado á poca distancia, y al alzar la vista divisó á pocos pasos de la silla de Margarita á don Diego Almiro, su mujer y Amelia. Ésta fijaba sus ojos en él y Margarita, mientras que sus padres observaban las luces de la procesión que empezaban á aparecer por la calle del Estado.

Fortunato quiso apartar la vista, fingiendo no haber divisado á Amelia; pero Margarita la saludaba y hacía señas de acercarse.

— ¿ Cuándo vas á verme ? preguntó Margarita á la hija de D. Diego, estrechándola cariñosamente las manos.

Amelia había palidecido en extremo y balbuceó algunas palabras mirando á un tiempo á Fortunato y á Margarita. En aquel encuentro había para ella el presentimiento de amargos desengaños, porque había esperado que Fortunato la acompañaría en la procesión y le encontraba al lado de una niña rica y hermosa, conversando confidencialmente con ella y turbado al ser sorprendido en su conversación. El corazón de Amelia se sintió herido por un dolor extraño y la pobre niña tuvo necesidad de un gran esfuerzo para contener sus lágrimas. Fortunato, entretanto, buscaba en vano una frase para disimular su turbación.

Amelia se despidió de su amiga y buscó en los ojos de Fortunato algún indicio de justificación, una de esas miradas que el amor comprende, dichas de corazón á corazón, que calman á veces las inquietudes, derramando en el alma su bálsamo consolador ; pero la mirada con que el joven contestó aquel saludo, fué vacilante como la de toda persona colocada en una posición falsa, lo que fué un segundo y más rudo golpe asestado á la sensiilidad de Amelia. Retiróse al instante y fué á connuar con sus padres la vuelta de la plaza.

Pero Amelia no se fijaba en ninguna de las personas que pasaban á su lado, ni veía á los jóvenes que con curiosidad la miraban, ni oía los cánticos lejanos de la procesión, ni el lúgubre sonido de la corneta: caminaba extraña á todo aquel movimiento, sorda al bullicio general, anegada en su melancolía, instintivamente asustada á orillas de ese mar inmenso que llamamos dolor, al que ciertas almas se sienten arrastradas por la fatalidad. ¡ Había salido de su casa con el ánimo alegre, palpitante el corazón á impulsos de la esperanza, y volvía triste y oprimido el pecho por el primero y el más amargo de los dolores !

Margarita, entretanto, hablaba de amor con Fortunato, risueños ambos y contando aquella noche como una de las más felices de su vida.

En medio de esta conversación, Fortunato sintió que Anastasio le tocaba suavemente el brazo.

— Mira, le dijo, haciéndole señas de mirar al frente.

En ese momento pasaba D. Anselmo dando el brazo á la bella Julia. El buen tío caminaba con aire triunfal, con esa actitud de hombre comprometedor que toman los viejos célibes cuando acompañan á una mujer hermosa: crecen y van erguidos á una altura igual á las envidias que se

figuran suscitar á su paso y tienen el buen sentido de ignorar las compasiones y las risas que con ese aire de Lovelaces en ruinas inspiran á los que les contemplan.

Fortunato se quedó atónito mirando á su tío, porque contaba con el éxito de la carta de Bermúdez.

— La maldita viuda nos ha vencido, dijo éste al oído de Fortunato.

— Así lo veo, contestó él apesadumbrado, ya creo que se casará á despecho nuestro.

— ¡ Qué bien acompañado va su tío ! dijo á Fortunato doña Rita ; como va del brazo con un caballero, la mujercita esa se cree que todos la tomamos por una gran señora.

Fortunato no halló nada que contestar y celebró con una sonrisa complaciente la observación, aunque se sentía anonadado por la realidad.

— ¿ Duda Vd. todavía de que se casen ? preguntó la obstinada señora.

— Mi tío lo niega á pies juntillas, contestó Fortunato, mintiendo con la mayor sangre fría.

— Mucho lo dudo, replicó doña Rita.

Entretanto, la procesión avanzaba y con ella el torbellino de gente que la seguía. Cuantos que se hallaban sentados tuvieron necesidad de refugiarse al lado de la pared : entre ellos la familia Manto-

verde hizo lo mismo, parapetándose con las sillas que colocaron por delante. Mas la *apretura*, valiéndonos del término popular, aumentaba por momentos; las sillas no bastaban ya para cubrir á los que tras ellas querían salvarse: érales necesario formarse un apoyo en el cuerpo del vecino para resistir al constante y progresivo empuje que amenazaba derribarles. La familia de D. Modesto hizo frente por algunos minutos á la corriente, apoyándose los unos á los otros. Margarita se sostenía del brazo de Fortunato, y Virginia, aparentando apoyarse en el de Anastasio, se emparaba también de nuestro héroe, el que luchando por sostener á Margarita no hacía alto en aquel nuevo cuerpo que buscaba su auxilio. Doña Rita, lamentándose de haber venido, pasaba su brazo derecho bajo el de D. Modesto y con el izquierdo sujetaba á Bermúdez que maldecía en su interior el puesto que le había cabido en aquella trinchera defensiva.

— ¡Jesús! exclamaba doña Rita que entraba por grados en una copiosa transpiración, sáquenme de aquí, yo me ahogo!

— Aguante un momento, hijita, le decía D. Modesto, tratando en vano de apartar la gente á fuerza de codazos; ya va á pasar la apretura.

— ¡Dios mío, ya no puedo sujetarme! exclamó

Virginia, tomándose cada vez más fuerte del brazo de Fortunato y abandonando á Bermúdez que doña Rita encadenaba á su lado.

— ¡¡ *Para el santo entierro de Cristo y soledad de la Virgen !!* gritó un cucurucho, poniendo su luz bajo las narices de doña Rita.

— Aquí está lo bueno, exclamó D. Modesto, viendo llegar esa oleada de gente que arrastran en pos de sí las andas del *Santo Sepulcro*.

Y apenas acababa de pronunciar aquellas palabras, el mar de cuerpos humanos pareció agolparse con toda su furia en ese punto, pisoteando las sillas y arrebatando á todas las personas que se guarecían tras ellas. En medio de gritos ahogados, enérgicas imprecaciones, rudos golpes y desesperadas resistencias, el mayor número arrebató al menor en direcciones diversas, llevándose á D. Modesto hacia la calle de la Catedral mientras doña Rita y Anastasio eran arrojados bajo el pórtico de la cárcel y Fortunato con Margarita medio desvanecida en sus brazos y Virginia asida porfiadamente del faldón de su paletot, se dejaba conducir casi en el aire por la muchedumbre que fué á depositarle cerca de la pila.

— ¡ Rita ! ¡ Rita ! no te sueltes, gritaba el infeliz D. Modesto con voz lastimera, mientras le arras-

traba la corriente, lanzando su sombrero sobre las cabezas de la muchedumbre.

— No dejes á las niñas, le contestaba la señora, arrojando este grito de tardía maternidad cuando una fuerza irresistible la empujaba con Bermúdez bajo los arcos de la cárcel.

— ¿Y mi mamá, Fortunato? preguntaba entretanto Margarita.

— Aquí atrás debe venir, respondió el joven, tomando precisamente una dirección opuesta á aquella en que había visto desaparecer á doña Rita.

Sólo Virginia nada decía, siguiendo obstinadamente á Fortunato, tomada, como dijimos, de su paletot.

— ¡Maldita vieja! exclamó entre dientes el joven, viendo á la resignada Virginia que amenazaba destrozarle el vestido.

D. Modesto, durante aquel tiempo, llevado en hombros hasta la calle del Puente, logró por fin, después de inauditos esfuerzos, colocarse tras la piedra de esquina del antiguo palacio presidencial y pudo allí dejar pasar la turba sin ser arrastrado por ella. Apenas vió libre el campo, se dirigió á la cárcel en busca de su perdida consorte y notando sólo entonces la falta de su sombrero. Á la altura de la puerta de las *Cajas*, hoy *Casa de correos*, divisó

á doña Rita que en aquella dirección caminaba con Anastasio, el que en vano había porfiado por llevarla á la pila, donde suponía que Fortunato, Margarita y Virginia debían encontrarse.

— ¿ Y las niñas ? preguntó doña Rita llena de inquietud, viendo aparecer solo á D. Modesto.

— ¡ Cómo ! no estaban contigo ! dijo el caballero estupefacto.

— ¿ Y el sombrero ? ¿ qué lo has hecho ? preguntó al mismo tiempo doña Rita.

— Poco importa el sombrero, vamos á buscar á las niñas.

Y conducidos por Anastasio, llegaron á la pila, á cuyo borde se encontraban los tres fugitivos.

Al encuentro siguieron las explicaciones, á éstas los reproches, las risas y los propósitos de no volver más á ver la malhadada procesión.

— Á menos de no verlas desde unos altos, observó Anastasio, de otro modo uno se expone á todas estas aventuras.

— Que no son por cierto agradables, replicó D. Modesto sintiendo el hielo de la noche sobre su cabeza.

— Y nosotros podemos decir que hemos salvado sólo por la fuerza de Fortunato, dijo Virginia, para hacerse perdonar por el joven su intempestiva compañía.

XXII

Habían pasado quince días.

Al recogimiento de la cuaresma, á los ayunos, á las confesiones, al uso diario del mantón, había sucedido la monotonía de la vida ordinaria en Santiago, la abundancia en las mesas, los amoríos y los lujosos trajes de la estación de invierno, arreglados á la más reciente moda de París.

Las niñas habían vuelto á sacar su repertorio de sonrisas, de ojeadas, de palabras vagas, tímidas ó insinuantes.

Los mozos elegantes y fatuos hacían como siempre más conquistas que mujeres *conquistables* respiran en la capital.

Todo había entrado en su ordinaria marcha : en los salones se hablaba del casamiento de D. Anselmo Rocaleal, de los amores de Fortunato y Mar-

garita, de la aventura de la familia Mantoverde en la procesión del *Viernes Santo,* de un coche que doña Rita había encargado á Europa para el próximo Dieziocho, de lo reñido que sería el capítulo del convento de fray Ciriaco, y de las ganancias que había hecho Carlos Peñalta al juego, del frío de aquel invierno, (porque el último invierno es siempre el más frío) de la voz de la Fabry, en fin, de todo lo que constituye nuestra vida estrecha, casera, apática, indagadora, indiferente, ajena á todo entusiasmo é incapaz de sacudir en otro mes que no sea septiembre, esa capa de absoluto egoísmo que parece extenderse cada día más en nuestra culta sociedad. Y Santiago es una población de más de cien mil almas en la que hay una considerable porción que cree vivir conforme á los usos de los países más civilizados.

D. Diego Almiro y su familia, alejados por su pobreza de esa gran sociedad que en tan pequeñas cosas se ocupa, vivían separados de ese movimiento, de esa vida de afanosas superfluidades, con la que nuestra sociedad va consiguiendo materializarse enteramente.

En estos quince días, la más espantosa ansiedad había destrozado el corazón de D. Diego, porque su marcha trajo el vencimiento de varios plazos fijados para cubrir sus créditos. La mayor parte de

los acreedores del globo son como el destino: inexorables. Ellos se presentan al día fijado con su documento en mano, llamando á cuentas al infeliz que cae bajo su dominio. Los que apiadados de la miseria del deudor, tienen una lágrima de compasión para la víctima y un prolongamiento de plazo para su alivio, son excepciones raras: entre éstos, aquellos hombres de una fortuna modesta componen el mayor número. Y por desgracia los acreedores de D. Diego eran muchos de ellos hombres ricos.

El viejo veterano, para hacer frente en los últimos tiempos á las más urgentes é indispensables necesidades de la vida, había recurrido á un arbitrio que acusa una de las llagas más repugnantes de nuestra sociedad, al propio tiempo que es un azote que aflige á una parte muy considerable de nuestra población compuesta de empleados subalternos en los ramos de la administración nacional y de todas aquellas personas colocadas en cierta esfera social, en la que los gastos precisos exceden el valor de los sueldos ó ganancias: D. Diego había recurrido á esa familia de prestamistas á corto plazo y á exorbitante interés que pululan en Santiago y que muchas veces son los agentes de acaudalados caballeros, que se sirven de ellos para explotar la miseria y las necesidades apremiantes.

Hay hombres que trabajan minas y hay muchos que trabajan la pobreza de los desgraciados : mina siempre en alcance, porque siempre hay gente que tiene hambre y el hambre es más inexorable que los acreedores.

D. Diego había visto, pues, vencerse uno á uno los plazos, tanto los de sus pequeñas transacciones comerciales, cuanto los concedidos por los agentes de la usura : su ruina era inminente y completa. El viejo volvió la vista en busca de un apoyo; pero era pobre, y el pobre es el leproso de las sociedades modernas : nadie le presentó una mano amiga, y entretanto los acreedores se agolpaban á su puerta con la insolencia del que cobra. En este trance, con la desesperación en el alma, las lágrimas en los ojos y la vergüenza en la frente, se presentó por quebrado. ¡ Su mujer y su hija eran el único consuelo que le quedaba sobre la tierra !

Mientras D. Diego devoraba en silencio su pesar tras el mostrador de su pobre tienda, doña Rosa y Amelia se contaban sus inquietudes, buscando cada una en la otra el valor que les faltaba para soportar las desgracias que les amenazaban.

Después de hablar sobre la tristeza de D. Diego y de la ansiedad con que cada día esperaban su llegada, ambas habían quedado silenciosas, buscando en la costura una distracción á sus lúgubres

presentimientos : este silencio pesó sobre el corazón de la madre, la que furtivamente dirigió su vista sobre Amelia, cuando las lágrimas rodaban por las mejillas de la niña.

— Muchos días ha que no viene Fortunato, dijo doña Rosa, esperando desviar con aquella observación las tristes ideas de su hija.

Pero las palabras de la madre, lejos de enjugar el llanto de Amelia, parecieron, por el contrario, hacerlo desbordarse de sus ojos con mayor fuerza : la niña abandonó su costura y pasándose de la silla que ocupaba, se arrojó en brazos de doña Rosa, ocultando su rostro.

— ¿ Por qué lloras ? preguntó la señora, sospechando ya la causa de aquella violenta aflicción.

— Porque hace quince días, dijo Amelia tratando de dominar sus sollozos, que un pesar horrible me hace sufrir á todas horas.

— Confíame ese pesar, tal vez es un engaño y yo pueda quizá desvanecerlo.

— ¿ No acaba Vd. de observar que Fortunato no ha venido ?

— Sí, ¿ y por eso temes ?.....

— Temo que me haya olvidado, exclamó la niña, dando rienda libre á un dolor que la oprimía por tanto tiempo.

La madre tembló ante aquella confesión sencilla, porque con su previsión de mujer conoció la profundidad de ese amor que dominaba el corazón de su hija.

— Te afliges sin razón, dijo besando la frente de Amelia.

— ¿No vió Vd. con quien hablaba él en la procesión?

— Sí, estaba con tu amiga Margarita.

— Y otras veces ha estado conmigo, replicó la niña; ya ve Vd. que no me aflijo sin razón.

En ese momento se oyeron los pasos de D. Diego. Amelia tuvo apenas tiempo para secar sus lágrimas y volver á su costura. D. Diego, al entrar, abrazó de una sola mirada la tristeza que revelaban los semblantes de su mujer y de su hija.

— ¡Dios mío, dadme valor! dijo para sí mientras dejaba su sombrero. Luego dirigiéndose á doña Rosa:

— Hija, le dijo, es preciso que te armes de resignación y valor para oir lo que voy á decirte.

— Estoy dispuesta á todo, contestó ella que, sin embargo de haber aprendido á sufrir por largo tiempo en la escuela de la desgracia, el tono de voz con que su marido había pronunciado aquellas palabras, paralizó el movimiento de su sangre.

— ¡Ya nada tenemos! hoy he hecho cesión de

bienes! exclamó el anciano con ese acento desgarrador y concentrado de los grandes dolores, que en los viejos parecen un estallido del alma.

La madre y la hija se acercaron á él. Amelia olvidaba su propio pesar ante el terrible abatimiento de su padre. Veíase que aquel hombre se declaraba vencido é inclinaba su frente cargada de años, después de haber luchado cuerpo á cuerpo con el destino, creyendo vencerlo á fuerza de heroicos sacrificios.

— No crean Vds. que todo se ha perdido irrevocablemente, exclamó D. Diego, aterrado por la espantosa ansiedad que se reflejó en aquellos semblantes para él tan queridos; aun quedan esperanzas, porque varios acreedores consienten en dar esperas.

— ¡ De modo que podrás rehacerte! dijo doña Rosa, haciendo brillar un rayo de consuelo en los anegados ojos de Amelia.

— Sí, si obtengo las esperas; mas hay algunos que se niegan á firmarlas.

— ¿ Quiénes ? preguntó doña Rosa.

— El principal es D. Modesto Mantoverde, y si él se niega todo está perdido.

Los tres siguieron conversando aun durante largo rato, entregados á esos tristes proyectos que son el reverso de los que forman las gentes felices.

Para ellos el horizonte era oscuro y cargado de tempestades : el hambre les mostraba su escuálida faz en medio de las tenieblas del porvenir.

Mas, mientras D. Diego y su mujer conversaban, repitiéndose mil veces sus inciertas esperanzas para darle la verosimilitud de sus deseos, Amelia ideaba en silencio un plan, en el que olvidando su resentimiento, quería buscar la salvación de su padre.

— Margarita es mi amiga, se decía, ella intercederá por nosotros con su padre. Mañana mismo iré á verla.

Y al mismo tiempo su imaginación la sugería la elocuencia irresistible que iba á emplear con su amiga, para alcanzar de D. Modesto el plazo que debería volverles la felicidad.

XXIII

Durante aquellos quince días de espantosa angustia para la familia de Almiro, la suerte continuó brindando sus favores á Fortunato y suministrándole los medios de hacer frente á los gastos de la vida dispendiosa en que se había lanzado, al querer rivalizar en lujo y elegancia con los otros jóvenes que aspiraban á la mano de Margarita. En Santiago, como en todo pueblo que ha llegado á cierta altura en la escala de la moderna civilización, un joven que echa á rodar con tino y discernimiento el dinero que llega á su bolsillo, no tarda en conquistarse las simpatías de esa turba de vividores que, en toda sociedad, parece tener la misión de ensalzar á los mimados de la suerte, dando pábulo á la considerable dosis de amor propio que existe en la humana organización. Fortunato, ayudado por

Anastasio Bermúdez, había encontrado en el juego los recursos pecuniarios que le faltaban para figurar entre los elegantes de la capital. Gracias á su buena suerte hallaba en todas partes numerosos amigos, pasaba entre las mujeres por uno de los jóvenes más interesantes de la sociedad y, para colmo de su dicha, Margarita, correspondiendo á su amor, le prometía realizar sus ambiciosas esperanzas. Mas el destino parece empeñarse siempre en manifestarnos que la completa dicha en la tierra es algo imposible como el movimiento perpetuo, esta piedra filosofal de la mecánica. Fortunato era amado por una joven rica, el juego proveía á sus necesidades, halagaban su orgullo aquellos á quienes prestaba dinero; mas los padres de Margarita, sospechosos ya de sus amores con su hija, se dieron por admirados de sus pretensiones, y emprendieron contra él esa guerra sorda y constante que hacen los padres de todas las niñas cuando quieren despedir al que solicita la plaza de yerno. Todas las personas de la familia de Mantoverde que asistían á la tertulia de doña Rita, parecían haberse complotado para impedir las conversaciones de Margarita con Fortunato. Los asientos al lado de la niña estaban siempre ocupados cuando nuestro héroe llegaba á la casa, las miradas fijas sobre ellos cuando querían comunicarse con la vista lo que de palabra

les era imposible decirse, y en los paseos, en el teatro, en las tertulias, siempre algún oficioso pariente servía de tercero en las conversaciones de los amantes.

Es un hecho muy común en nuestra sociedad que los padres de una niña admitan en su casa á jóvenes á quienes jamás concederían la mano de su hija. Diríase que llegados á esa edad en que se disipan las ilusiones de la juventud, para dejar tan sólo cabida á las realidades materiales de la existencia, los padres se figuran que sus hijas no pueden sentir amor sino por los hombres que, según ellos, les convienen, persuadidos de que la autoridad puede extenderse al dominio del corazón y que una imaginación de diez y ocho años debe mirar el mundo con la positiva frialdad de sus espíritus. Esto era lo que había colocado á Fortunato en esa posición embarazosa de un mozo á quien el amor y la conveniencia obligan á pasar por una serie de pequeñas humillaciones.

Fortunato, al retirarse una noche de la casa después de heroicos esfuerzos para obtener un instante de conversación privada con Margarita, manifestaba á Bermúdez el desaliento que principiaba á apoderarse de su ánimo.

— Bien habrás observado, le dijo Anastasio, que la frialdad de doña Rita para contigo, y la declarada

guerra de todos los parientes y allegados de la señora, data desde el día en que tu tío Anselmo ha principiado á comprar los regalos para su novia.

— Bien ; pero él no ha dado parte aún de su casamiento y por esto es que yo lo niego.

— No importa, aquí todo se sabe y si no se sabe se infiere, replicó Bermúdez : han visto ó han sabido que D. Anselmo ha comprado algunos vestidos de lujo, algunas alhajas de valor, y todos se han persuadido de que son los regalos de boda. En Santiago para ocultar un casamiento es preciso no haberlo pensado y aun así hay gentes que suponen cuando no encuentran indicios y tú sabes que un decreto social no necesita como uno jurídico de que la prueba sea clara como la luz del día. La sociedad ha decretado, pues, que tu tío se casa, y como tantas veces te he dicho, este matrimonio es tu ruina.

— ¿ Y qué hacer entonces? exclamó Fortunato.

— Inventar algo que difiera este matrimonio ó por lo menos hacer correr la voz de que se ha deshecho.

— Ya ves que es imposible, puesto que nada logramos con la carta anónima.

— Aun queda otro medio, dijo Bermúdez.

— ¿ Cuál ?

— Valernos de la influencia de su confesor.

— ¿ De fray Ciriaco ?

— Sí : tú sabes que éste cuenta con un legado de tu tío á favor de su convento.

— Pero sobre esto sólo tiene vagas promesas de mi tío.

— Tanto mejor. Le haremos ver que casándose D. Anselmo todas sus esperanzas se devanecerán.

— ¡ Ah ! si lográsemos siquiere aplazar este matrimonio por algún tiempo ! exclamó Fortunato, halagado ya con aquella nueva esperanza.

— Mañana iremos á ver á fray Ciriaco y haremos cuanto se pueda, dijo Bermúdez ; pero entretanto, es preciso que trates de todos modos de comunicarte con Margarita.

— Ya ves que es imposible, porque todos en la casa nos espían.

— En el paseo que da tu tío á su quinta, pasado mañana, se te ofrece una ocasión magnífica.

— Bueno, ¿ y después ?

— Después le escribes habiéndola preparado á recibir tus cartas en esa conversación que tendrás con ella.

— Fácil es decirlo, observó Fortunato, pero suponiendo que ella convenga, ¿ cómo le podré entregar las cartas ?

— Por medio de Virginia ; yo la prepararé, dijo

Anastasio. De este modo mantienes ese amor que á la larga puede entibiarse con la falta de correspondencia, y así tu posición no será tan desventajosa.

— ¡ Magnífico ! exclamó Fortunato ideando ya las frases de su futura correspondencia epistolar.

Y aquella noche, mientras Amelia imploraba entre sollozos la protección del cielo, Fortunato sentía renacer la alegría que principiaba á abandonarlo con la oposición de los padres de Margarita.

XXIV

Don Anselmo Rocaleal veía con delirio aproximarse el término señalado para su enlace con Julia; pero no sin una triste inquietud pensaba en la acogida que la sociedad haría á la que iba á llevar su nombre. Entre nosotros el *qué dirán* ejerce aún su despótico imperio sobre todo en las clases que se componen de lo que conocemos con el nombre de *buenas familias*, es decir, de la parte aristocrática de la población santiaguina. El *qué dirán* arroja muchas familias de modesta fortuna en el resbaladizo terreno del lujo, campo enemigo de toda economía, teatro de esfuerzos prodigiosos é ignorados por medio de los cuales muchos reducen hasta la mezquindad sus más indispensables necesidades, á trueque de ostentar en los gastos exteriores la prodigalidad de las grandes

fortunas; él ahoga muchas aspiraciones nobles que por temor de su fallo se relegan á una oscuridad que las esteriliza; él sirve de apoyo á todas las preocupaciones, tanto religiosas cuanto sociales, tanto prácticas cuanto teóricas, y bien que sirva de freno á las malas pasiones, que desde el fondo de las sociedades pugnan por llegar hasta su superficie, el *qué dirán* nos hace conservar aún muchos restos del antiguo coloniaje, oponiéndose al desarrollo de las nuevas ideas, gloriosas conquistas del siglo, desterradas por la fuerza de ese arraigado temor.

D. Anselmo quería ver á su futura esposa festejada por las más distinguidas familias, visitada por las grandes señoras de Santiago, haciendo parte, en una palabra, de la alta sociedad, fuera de la cual sus preocupaciones no le permitían vivir y á la que le ligaban su fortuna, su nacimiento y sus hábitos inveterados. Julia había fomentado en D. Anselmo semejantes deseos con la eficacia de su poder y la maestría de su ingenio, porque ellos importaban la realidad de sus sueños, el cumplimiento de sus más ardientes aspiraciones, la satisfacción de su orgullo de mujer y de su vanidad de mujer bella. La mujer que se propone conseguir un intento tiene á su disposición un auxiliar más poderoso que el genio: la constancia.

La irreflexiva ligereza de su organización, desaparece ente cualquier deseo, tornándose en la inmutable constancia de una voluntad decidida. Ellas, como los antiguos caballeros ocultaban bajo el brocato la solidez de sus mallas, bajo la frágil organización de su delicada y pomposa naturaleza, encierran la incontrastable solidez de sus porfiados corazones. Julia Valverde, gracias á su constancia, se veía á las puertas de ese mundo dorado por sus ilusiones, en donde las glorias de sus triunfos futuros enardecían su deseo y estimulaban el poder de su voluntad. Cultivando los temores de D. Anselmo supo hacer que él mismo proyectase un gran paseo á su chacra, al cual se convidaría lo más selecto de la sociedad santiaguina. La idea fué al momento puesta en ejecución, pedidos á un hotel los artículos necesarios para una suntuosa comida y hechas por D. Anselmo las invitaciones. Este paseo dió margen á un incidente muy peculiar de nuestras costumbres: los convites de D. Anselmo fueron generalmente mal recibidos entre la gente de rango. Varias madres de familia observaron que D. Anselmo era un hombre soltero; que no habría nadie allí para hacer los honores de la casa; que no era posible que una señora acudiese así á la primera invitación que le venía de parte de un hombre que, á título de rico, creía poder dis-

pensarse de observar las leyes sociales; que era preciso estar muy ansioso de diversiones para aceptar convites de tal naturaleza; que una señora que conoce su posición y sabe respetarse, no debía presentarse así con su familia, exponiéndose á *alternar* con gente desconocida.

Las razones para no asistir al paseo de D. Anselmo Rocaleal eran, como se vé, numerosísimas y poderosas; mas la víspera de la fiesta todas ellas habían desaparecido ante la locuacidad de Bermúdez, de Fortunato y de varios otros jóvenes encargados de popularizar el paseo á fuerza de elogios. Ellos hablaron de la magnificencia de los preparativos, de la suntuosidad de la mesa, del entusiasmo que reinaría en la concurrencia, de modo que en dos días el paseo de D. Anselmo era el objeto de las conversaciones en los más encumbrados salones de Santiago.

— ¿Va Vd. al paseo de Rocaleal? preguntaba un joven en alguna tertulia.

— No sé, no he pensado aún, contestaba una señora, mientras que sus hijas esperaban palpitantes la respuesta.

— Estará magnífico, decía otro joven, en la noche se va á iluminar todo el jardín con luces de colores.

— ¡Ay, qué bonito estará! exclamaba una

de las niñas, consultando el semblante de la mamá.

— Se han comprado para la mesa todas las piñas y chirimoyas llegadas por el vapor, añadía el jòven.

— Las naranjas son traídas de Quillota, decía otro.

Estos anuncios eran seguidos de un corto silencio, que acusaba la profunda sensación de los oyentes.

— ¿Á qué horas principiará? preguntaba la señora, sintiéndose atacada por la curiosidad, esta madre de las tentaciones mundanas.

— ¡ Oh ! Vd. puede irse á la hora que guste, la respondía un mozo, á las dos ó á las tres.

— Y como está tan cerca, observaba una de las niñas.

— Legua y media solamente.

— La comida la servirá el mejor hotelero de Santiago.

— Se han comprado las flores de todos los jardines para adornar las piezas y regalar á las señoras.

— Por eso he visto pasar por aquí tantos canastos de flores, decía una de las niñas.

Esta conversación, con más ó menos variaciones, se repetía en todas las casas de tertulia, dando

campo á los comentarios, á las suposiciones, á los proyectos, á las mentiras, á las alabanzas y á la crítica, que de ella nadie está libre, aun cuando se consagre á complacer á los otros.

La víspera del paseo las repugnancias y escrúpulos habían desparecido, cediendo su lugar al entusiasmo en los convidados y al más amargo desconsuelo en los que no tenían la dicha de serlo.

La víspera también, Fortunato y Bermúdez se dirigieron á la celda de fray Ciriaco, preocupados siempre de aplazar el matrimonio de D. Anselmo.

El reverendo Ayunales dormía la siesta, haciendo sentir el trueno de sus ronquidos hasta en la parte exterior de su aposento.

Un lego que conducía á los dos jóvenes al través de los patios silenciosos del claustro, entró en la celda de fray Ciriaco se pretexto de anunciarle la visita.

Los ronquidos cesaron un instante después, y los dos jóvenes fueron introducidos por el lego.

La celda era una pieza larga y angosta, de techo bajo y paredes blanqueadas con cal. El mueblaje se componía de una mesa cubierta con un *rito* que servía de sobremesa, seis sillas de madera, un

lavatorio y la cama, que gemía bajo el peso de la robusta paternidad de fray Ciriaco.

Sobre la mesa y al lado de un libro de oraciones, se veía una pequeña bandeja con una botella de aloja, dos vasos y dos panales.

La pared estaba decorada con algunas imágenes de santos, y dos vidrios de la ventana, por la que el cuarto recibía su luz, estaban suplidos, durante un largo interinato, por pliegos de papel blanco pegados á los marcos de la ventana por medio de obleas.

— Fray Ciriaco recibió á sus visitas restregándose los ojos.

— Creo que hemos interrumpido su siesta, mi padre, dijo Anastasio.

— No, no, me había recostado después de rezar, dijo Ayunales, llenando de aloja los vasos que había sobre la mesa y pasándalos á los jóvenes : es de las monjas, añadió, acabo de recibirla.

— Vaya, por ser de las monjas, dijo Bermúdez, empinando el vaso.

Fortunato hizo otro tanto.

— Riquísima, dijeron los dos á un tiempo.

Fray Ciriaco llenó uno de los vasos, lo tomó de un sorbo, y llenándolo de nuevo se sentó al frente de los jóvenes y tomó un panal que llevaba á su boca después de empaparlo en la aloja.

— El objeto de nuestra visita, mi padre, dijo Anastasio, es un asunto muy serio.

— ¡ Hola ! ¿ cómo así ?

— Venimos á pedirle un favor, dijo Fortunato.

— Anastasio hizo una señal á su amigo, como diciéndole que dejara á su cargo las explicaciones.

— ¡ Un favor ! exclamó fray Ciriaco que mostraba gran cariño á Fortunato desde que conocía sus relaciones con las familias pudientes de Santiago ; hablen Vds. y si está en mi poder.....

—Es favor, dijo Bermúdez, que Vd. puede hacer á Fortunato, que sabrá agradecérselo.

— Fortunato conoce todo el aprecio en que le tengo, dijo fray Ciriaco, sirviendo al joven un nuevo vaso de aloja.

Éste se inclinó dando las gracias.

— Mi padre, dijo Anastasio, nos venimos á confiar en su talento.

— Favor que Vd. me hace Bermúdez, dijo el reverendo, encantado con tanta amabilidad.

— Conocemos, prosiguió Anastasio, el merecido respeto que D. Anselmo Rocaleal tiene por Vd. y la deferencia con que oye todos sus consejos, y esperamos que Vd. nos valga con su influjo en lo que nosotros nada podemos.

— ¡ Oh ! con mucho gusto ¿ de qué se trata ?

— Mi tío quiere casarse, dijo Fortunato.

— Es cierto.

— Este matrimonio, por razones que Vd. sabrá perfectamente, disgusta á toda la familia.

— Pero Julia es una señorita que.....

— Que ha tenido y tiene amores con otro mientras engaña á D. Anselmo, dijo Bermúdez.

— ¡ Sí ! exclamó fray Ciriaco con admiración.

— Vd. es caballero y no tememos en ser francos, dijo Anastasio, pues conocemos su discreción.

— ¡ Oh ! en cuanto á eso... pero yo no sabía !.....

— Es una historia larga de la cual tenemos pruebas. Con esto Vd. imaginará la repugnancia de la familia por semejante matrimonio.

— Si es así.....

— Además, los temores no son sólo para el presente : figúrese Vd. que se verifique el enlace ¿ calcula Vd. el influjo que esta mujer tomará sobre el buen caballero con el amor que le tiene ?

— No hay duda que será inmenso.

— Julia es ambiciosa en extremo.

— Cierto que no le falta ambición, dijo fray Ciriaco.

— Con esa ambición, prosiguió Bermúdez cada vez más animado, tratará de aislar á su marido de

todos sus parientes, para ponerle á cubierto de ejercitar con ellos su generosidad, le separará de sus relaciones y al cabo de algunos meses habrá conquistado tan bien la voluntad de D. Anselmo, que conseguirá el despedir de su lado hasta á su mismo confesor.

— ¡ Cierto ! exclamó fray Ciriaco, estremeciéndose á la idea de perder su dominio sobre D. Anselmo.

Bermúdez, satisfecho del efecto de sus palabras, continuó :

— De este modo Julia puede llegar á ser omnipotente en casa de su marido, porque ella habrá reemplazado á su familia y, lo que es peor todavía, Vd. no estará allí para guiarle con sus consejos.

— Cierto, muy cierto.

— Figúrese Vd. ahora á un hombre de la edad de D. Anselmo, enamorado de una mujer intrigante que le hará despreciar los consejos de su confesor.

— ¡ Oh !

— ¿ No será un hombre perdido ?

— Sin remedio, enteramente perdido de Ayunales.

— Fortunato y su familia están tan convencidos de ese peligro, que me han encargado que inter-

ceda por ellos con Vd., para que emplee todo su valer con don Anselmo á fin de impedir este enlace.

— Y yo les prometo hacer cuanto pueda para satisfacer sus deseos.

— Vd. nos hará un gran servicio y empeñará nuestro eterno reconocimiento, dijo Fortunato.

— No aseguro el poder triunfar, pero haré cuanto sea posible para ello, le contestó fray Ciriaco.

Después de esto Bermúdez, variando de conversación, ponderó el valimiento de Fortunato en casa de doña Rita, señora que podía tener un gran influjo en el capítulo del convento de fray Ciriaco. El reverendo Ayunales consideró como un favor de la Providencia la visita de los jóvenes, que le ponía en guardia para poder conservar los favores de D. Anselmo y le granjeaba al mismo tiempo nuevos apoyos, que le servirían poderosamente para escalar el primer puesto de su orden.

—Esta visita, dijo Anastasio á Fortunato cuando se hallaron en la calle, tiene para ti dos esperanzas.

— ¿ Cómo? ¿ tú crees conseguir con ella nuestro objeto?

– No estoy seguro de ello precisamente, pero aun no lográndolo siempre puedes recibir un beneficio.

— ¿ Cómo así ?

— Porque si fray Ciriaco no impide el matrimonio, quedará mal probablemente con tu tío y será para ti un enemigo menos que le esté sacando los reales que pueden ser herencia tuya.

Estas palabras, dichas sonriéndose por Bermúdez al despedirse de Fortunato, manifestaron á éste que su amigo era de esos hombres que saben sacar partido de todo y para los cuales el fin justifica siempre á los medios.

XXV

En ese día también Amelia decía á su madre :

— Aun nos queda una esperanza, mamá.

Doña Rosa alzó hacia su hija una mirada llena de melancólica incertidumbre. Los pesares de aquellos últimos días habían destruídos en ella hasta la esperanza, la flor más duradera del brillante ramo de la ilusión.

— ¿ Una esperanza, hija ? ¿ cuál ?

— Vd. sabe que Margarita Mantoverde me ha querido mucho siempre y que ella tiene gran influjo sobre su padre.

— En asuntos de dinero lo dudo mucho, dijo doña Rosa, á quien la experiencia había regalado ya muchas de sus amargas verdades.

— Su padre no le niega nada, replicó Amelia, y yo he resuelto ir á verla para obtener algún plazo por medio de ella.

Doña Rosa comprendió al momento la sublime abnegación de su hija, que olvidaba su rivalidad con Margarita para acordarse únicamente de su padre.

— Amelia, le dijo, ese plan revela la nobleza de tu alma.

— No, no hablemos de eso, dijo la niña tratando de repeler las lágrimas que vinieron á inundar sus ojos á la idea del sacrificio que se había impuesto. Se trata de salvar á mi padre y de enjugar ese llanto que me desespera, añadió besando los húmedos ojos de su madre con angelical ternura; es preciso, pues, poner mi plan en ejecución ahora mismo.

— Si tú esperas algo de él.....

— Sí, tengo confianza en la amistad de Margarita; ella tiene buen corazón y estoy segura que hará cuanto pueda por servirnos. Además, en mi visita no hay nada de extraordinario. ¿Cuántas veces no he pasado días enteros en su casa? Ahora iremos como hemos ido siempre: Vd. me acompañará hasta la puerta, me dejará allí y cuando yo quiera volverme, ella me mandará dejar.

Al mismo tiempo que Amelia convencía de este modo á su madre, echaba sobre sus hombros un pañuelo, tomaba para ella una modesta manteleta negra y trataba de comunicar la esperanza á doña

Rosa, haciendo sonreir sus labios mientras que el dolor le desgarraba el pecho.

Amelia, con su pobre vestido de percala y su sencilla manteleta, estaba sin embargo bellísima. La emoción daba á su rostro una palidez suave y diáfana, mientras que sus ojos llenos del fuego de la animación, hacían resaltar la hermosura de las crespas pestañas que los velaban, la indecible gracia de su boca perfecta, la pureza de su frente de niño, tersa, serena, altiva con su noble inocencia.

Al llegar á la casa, la madre y la hija se detuvieron.

— Voy á preguntar si está Margarita, dijo Amelia, dirigiéndose al criado que se hallaba en el cuarto del zaguán.

Doña Rosa esperó la vuelta de su hija, haciendo votos por la ausencia de Margarita. Había en su pecho tan poca confianza en la generosidad de los hombres, que la repugnaba ver á su hija en la necesidad de solicitar inútilmente aquel favor.

— Está en su cuarto, dijo Amelia volviendo. Hasta luego y tenga confianza, añadió apartando su vista para no desmayar con las lágrimas que asomaron á los ojos de doña Rosa.

Separáronse y Amelia se dirigió al cuarto de Margarita.

Al entrar, divisó á la elegante hija de D. Modesto

absorta con la contemplación de un vestido que había sobre un sofá. La rica tela de aquel vestido se hallaba en perfecta armonía con los muebles y colgaduras de la pieza que ocupaba Margarita. Una blanda alfombra de tripe cortado apagaba el ruido de los pasos. El catre, las poltronas, las sillas y el sofá sobre el cual se veía el vestido eran de jacarandá tapizados de brocato celeste. Las cortinas de la jama y ventanas eran del mismo género y bajo de ellas se veían cortinas blancas con ribetes celestes. El peinador se hallaba cubierto de roseadores y botellas de formas diversas llenas con la rica perfumería inglesa de Hoking. La atmósfera de la pieza recibía el perfume de dos hermosos floreros llenos de delicadas flores, que se hallaban sobre una pequeña mesa y al lado de los cuales se veía ese sinnúmero de caprichosos adornos de porcelana y metal que vulgarmente denominamos con el nombre colectivo de *chiches*, palabra muy conocida en nuestro suelo de América.

Aquel lujo y la embalsamada atmósfera de la estancia oprimieron el corazón de Amelia, porque la hicieron pensar en la superioridad que debían dar á Margarita, á los ojos de Fortunato, esos accesorios brillantes de la belleza, comparados con la humilde pobreza de su casa. En ese instante y por la primera vez de su vida, sintió Amelia la ambiciosa

sed de dinero, la aspiración al lujo, esta segunda atmósfera vital de la mujer, y como todos los pobres, pensó que el oro era la única llave que podría abrir para el templo fantástico de la felicidad.

— Si yo fuese rica, se dijo con amargura, él no me abandonaría.

Y tras esta reflexión, desgarrador lamento de su corazón entristecido, un hielo mortal hizo discurrir por sus venas la idea de la miseria que la obligaba á dirigirse á su amiga.

Margarita divisó á la niña, que permanecía inmóvil á la entrada del cuarto, sin atreverse á turbar la profunda contemplación en que la veía.

— Amelia, exclamó Margarita corriendo hacia ella y estrechándola cariñosamente entre sus brazos, ¿ que buena idea has tenido de venir á verme ? ¡ Cuánto tiempo ha que no me dabas este placer !

— Muchos días ha que pensaba venir, dijo Amelia, sintiendo ensanchársele el corazón con aquella cariñosa acogida ; pero no había podido moverme de casa.

— Ven, siéntate aquí, dijo Margarita llevándola al sofá y arrojando el vestido sobre una silla con soberbio descuido. ¡ Ingrata ! sabes cuánto te quiero y te pasas meses sin visitarme ! Á ver ¿ qué has hecho en todo este tiempo ?

— ¿ Yo ? nada, apenas he salido de casa.

— Pues yo me he divertido mucho. Figúrate que nos perdimos en la procesión del viernes Santo.

— ¿ Sí ? dijo Amelia tratando en vano sonreirse.

— Virginia y yo nos perdimos con Fortunato..... Tú le conoces ¿ no es verdad ?

— Nos conocemos desde niños, contestó Amelia cambiando de color.

— Es decir que son como hermanos. ¡ Cuánto me alegro ! Fortunato viene aquí casi todas las noches, dijo Margarita poniéndose ligeramente encarnada.

— Así he oído.

— ¿ Dónde ? ¿ quién te lo ha dicho ?

— No recuerdo, ¿ y este vestido ? preguntó Amelia para cambiar aquella conversación que la entristecia.

— ¿ Ese vestido ? ahora te diré ; pero dime pues ¿ dónde has oído hablar de las visitas de Fortunato ?

— No sé, creo que en casa de sus primas.

— ¿ Y qué más dicen ?

— Oh, nada más, exclamó Amelia temblando de oir una confidencia que destruiría sus dudas, esta tabla insegura, pero apetecible en los naufragios del amor.

— ¡ Creo que á sus primas no les gusta mucho las visitas de Fortunato aquí ! Cuando me encuen-

tran por la calle me miran con unos ojos espantosos que me hacen morir de risa. ¡ Y qué caras tienen tan rubicundas ! Nunca las he visto sino con mantón. ¿ Tú las visitas ?

— No, las he visto en otra casa.

— Yo creo que son ellas las que han corrido mi casamiento con Fortunato : ¡ son tan habladoras ! Y aquí que no hay necesidad de mucho para que se pongan á sacar consecuencias : figúrate que no hacía un mes que Fortunato visitaba aquí, y ya corrían que tenía amores conmigo.

— ¿ Sí ? dijo Amelia que no hallaba medio de evitar la confidencia y temía traicionarse permaneciendo en silencio.

— Te confesaré, prosiguió Margarita, que ello no es de todo punto infundado, porque Fortunato se dedicó mucho á mí desde su segunda visita.

Amelia se puso pálida y un estremecimiento nervioso se apoderó de su cuerpo.

— ¿ Qué tienes ? te veo temblar, dijo Margarita ; has palidecido mucho ¿ estás enferma ?

— No es nada, tengo desde esta mañana un fuerte dolor de cabeza.

— ¿ Quieres tomar algo ? voy á llamar á la criada.

— Mil gracias, es inútil, ya me siento mejor.

Y la pobre niña, por un violento y enérgico es-

fuerzo de su voluntad, serenó su semblante, que el dolor había demudado.

— Te aseguro que estás bellísima así, dijo Margarita contemplándola ; la palidez te sienta divinamente, y te confieso que si no mirases á Fortunato como á un hermano, tendría celos de ti, á quien únicamente temería por rival.

— No, no lo temas, dijo Amelia, por hablar algo. Pero nada me dices de ese vestido que me parece muy lindo.

— Ahora te diré. Te contaba de Fortunato ¿ no es verdad ? pero tú no te imaginarás una cosa graciosísima.

— ¿ Cuál ?

— Que hay otra enamorada de él.

— ¿ Otra ? y ¿ quién es ? preguntó Amelia, conteniendo con fuerza los latidos de su corazón.

— Virginia, contestó Magarita, de manera que nos encontramos de rivales : con esto me divierto muchísimo ; porque Virginia me hace sus confidencias creyéndome indiferente.

— ¿ Y él qué dice de esto ?

— Él y yo, dijo Margarita, nos alegramos mucho de ese amor porque sirve maravillosamente á nuestros intereses. Mi mamá principió á disgustarse de mis conversaciones con Fortunato y todos

aquí en casa se complotaron para hacernos la guerra ; pero él desvaneció entonces las sospechas dedicándose á Virginia, que se contenta con su amistad y nos sirve para desviar la observación con que nos persiguen.

— ¿ De modo que tu mamá no aprueba tu amor ? preguntó Amelia, sintiendo un alivio con aquella última confidencia.

— Creo que no, porque me han hablado mucho últimamente de un primo de mi papá que debe venir á Santiago á comprar casa y que es inmensamente rico ; pero yo me cuido muy poco de eso y espero con impaciencia el día de mañana, porque en el paseo de D. Anselmo podré hablar con más libertad con Fortunato. Mira, voy á ir con ese vestido ¿ qué te parece ?

— Lindísimo.

Amelia no daba al vestido la importancia que al principio de su conversación, de modo que dejó á Margarita detallar las particularidades del molde sin interrumpirla una sola vez. Hallábase perdida en ese sufrimiento espantoso de los primeros celos, que se aferran del corazón cuando las dudas se convierten en certidumbre. De todas las espinas de la vida, ésta es la más punzante sin disputa. El alma humana, este foco de incesantes dolores, tan vasto para el pesar, tan pequeño para la alegría,

repite en todos sus ámbitos el lúgubre sonido del primer desengaño, acallando la consoladora voz de la razón. Interrogad vuestros recuerdos, esas páginas de la vida que hojeamos con tanto más amor, cuanta es mayor la distancia que nos separa de la infancia, y no hallaréis un solo placer, ni una sola de las plácidas alegrías de la inocencia que pueda en fuerza equipararse á vuestra primera decepción de amor.

Amelia sucumbía bajo el peso de su duelo. Su frente se inclinaba abatida, asomaban á sus ojos las lágrimas y el movimiento de su pecho manifestaba los arranques tempestuosos de su pena mal reprimida.

— ¡Dios mío! ¡qué tienes Amelia! exclamó Margarita al notar la inquieta turbación de su amiga.

Ésta se echó en brazos de Margarita y prorrumpió en sofocados sollozos. Su primer impulso fué confesarle su pasión desgraciada. El corazón busca siempre su desahogo en los consuelos de una confidencia; mas, bien pronto retrocedió ante la idea de implorar compasión de la persona misma que era origen de su mal. Luego el pensamiento de su padre, la noble fuerza de su sacrificio, dió nuevo vigor á su espíritu abatido, y enjugando sus lágrimas, miró silenciosa por algunos instantes á Margarita.

— ¿Pero qué tienes? volvió á preguntar ésta, dime lo que te aflige, porque me desespera verte en ese estado.

— He venido con el objeto de pedirte un gran servicio, dijo Amelia consiguiendo al fin dominar su turbación.

— ¿Un servicio?... Habla, y si está en mi poder te juro que lo haré con placer.

— Gracias, siempre te he creído generosa y buena. Se trata de salvar á mi padre.

— ¡Á tu padre! ¿y qué peligro le amenaza?

Amelia confió á su amiga el deplorable estado de los negocios de D. Diego.

— De modo, concluyó diciendo, que la suerte de nuestra familia está en manos de D. Modesto y tú puedes conseguir que él conceda un plazo á mi padre.

— Se me ocurre una idea, dijo Margarita: ¿no sería mejor que tú hablases á mi padre? Yo te llevaré y estaré ahí contigo para apoyarte: así no podrá negar lo que á mí sola tal vez no concedería.

Amelia vaciló algunos instantes, pero cobrando nuevo valor con la idea de salvar á su familia:

— Bueno, dijo, iré si te parece que así puedo alcanzar lo que pido.

— Ven por aquí, esta es la hora en que mi padre

está solo en su cuarto, así tendremos más libertad.

Y al decir esto se dirigió á la habitación de don Modesto seguida de Amelia.

Margarita abrió la puerta del cuarto sin golpear ni anunciarse é hizo señas de entrar á su amiga.

Amelia avanzó temblando. Aquel paso era tan extraño en su vida, tan diverso de los modestos hábitos de su existencia aislada y pacífica, que la pobre niña sentía flaquear su entereza al aproximarse el momento decisivo.

D. Modesto se ocupaba en su bufete de arreglar las cuentas de sus numerosas especulaciones. Inclinado sobre el papel y con la pluma en la mano, sólo notó la presencia de las dos niñas cuando éstas se hallaban ya muy próximas á él. Alzó entonces la vista, abandonando su trabajo, y púsose cortesmente de pie al divisar á Amelia.

— Papá, dijo Margarita, le traigo esta niña que desea hablar con Vd.

— Señorita, dijo el capitalista saludando á la hija de D. Diego, me tiene Vd. á sus órdenes, sírvase Vd. sentarse.

Amelia ocupó la silla que mostraba don Modesto, pidiendo valor al cielo para poder hablar.

Margarita se apoyó en el escritorio de su padre, y se puso á jugar con una pluma, golpeando con

ella el tintero para interrumpir con algún ruido el silencio que reinó en la pieza durante algunos momentos.

— Amelia viene para hablar con Vd. sobre un asunto de su padre, dijo Margarita, al ver que su amiga temblaba sobre su silla sin atreverse á tomar la palabra.

— ¿De su padre? repitió el capitalista frunciendo el ceño.

— Sí, señor, dijo Amelia con turbada voz y sin ver el gesto poco alentador de D. Modesto; me he resuelto á venir donde Vd, porque sé que tiene en sus manos la suerte de mi familia. Mi padre, señor, ha trabajado largos años con dedicación y honradez: negocios desgraciados le han hecho atrasarse en sus pagos y mañana será ejecutado y conducido tal vez á la cárcel, si Vd. no se compadece de su posición y no firma las esperas que sus otros acreedores le conceden.

Amelia bajó la vista no atreviéndose á leer su sentencia en el rostro de D. Modesto, mientras que éste había dejado su silla y se paseaba á lo largo de la pieza.

— Señorita, dijo por fin deteniéndose delante de Amelia, yo reconozco el empeño de su padre y acato su honradez; accedería gustosísimo á lo que Vd. me pide si me fuese posible; pero es necesario

que Vd. piense que todos tenemos necesidad de nuestro dinero para poder vivir.....

— Pero, señor, exclamó Amelia interrumpiéndole con admiración, son cuatro mil pesos solamente!

— Esa suma está comprendida en mis cálculos para los pagos que debo hacer, de modo que si ella me falta será un trastorno en mis negocios.

Amelia inclinó su frente sobre el pecho y no trató ya de contener sus lágrimas, que rodaron sobre sus pálidas mejillas.

— Pero, papá, exclamó Margarita, don Diego trabajará para hacer ese pago.

— Cállate, tú nada entiendes de negocios, la dijo D. Modesto secamente; aun suponiendo que yo no tuviese una necesidad imperiosa de esa suma, el conceder esperas sería ya una fuerte pérdida para mí, puesto que muchos de mis deudores, que se encuentran en el caso de D. Diego, se creerían con derecho á obtener igual concesión.

— De modo, señor, que Vd. no puede hacer á mi padre ese servicio, dijo Amelia levantándose y enjugando su llanto.

— Y lo siento en el alma, señorita, contestó D. Modesto; mis deberes de padre de familia me obligan á ahogar la voz de mi deseo: si su padre

de Vd. pagase siquiera la mitad de esa suma, en ese caso tal vez podríamos hacer algún arreglo.

— Le haré conocer esa condición, señor, dijo Amelia haciendo un profundo saludo.

En sus ojos el llanto se había secado repentinamente: una fuerza desconocida daba á su voz un tono enérgico y seguro, y al retirarse, su paso era digno sin orgullo ni afectación.

Margarita la seguía con el rostro encendido por la vergüenza y los ojos anegados en lágrimas.

— Mira, le dijo su padre acercándose á ella antes que saliese y bajando la voz para no ser oído por Amelia, nunca me vuelvas á traer visitas de esta clase.

Llegadas al cuarto de Margarita, las dos niñas se echaron llorando en brazos la una de la otra: la energía que Amelia había hallado en su orgullo herido la abandonó en ese momento y solo vió desde entonces los llantos de su madre y la sombría desesperación de D. Diego.

XXVI

En la noche de aquel día Fortunato y Anastasio entraron de visita en casa de Mantoverde.

Las conversaciones del salón de doña Rita eran animadas y alegres: hablábase del paseo del día siguiente, contábanse anécdotas y reminiscencias de paseos anteriores, extasiábanse todos sobre las delicias campestres como gentes que, viendo sólo el campo en días de diversión, se figuran que todos los del año reina en él la misma alegría y novedad. Tras los recuerdos venían los proyectos y la enumeración de las personas que debían asistir, dando cada cual sus razones para la asistencia ó inasistencia de las familias convidadas. Tal familia iría indudablemente porque se había visto á una modista arreglando un sombrero para una de las niñas de la casa; tal otra no podría presentarse en

el paseo porque la mamá había dado á luz en aquellos días un nuevo miembro á la familia: agregábase que esta circunstancia tenía desesperadas á las hijas, porque á la mamá se le antojaba siempre enfermarse cuando ocurría alguna diversión. Unas irían indudablemente, porque nunca perdían paseo, y otras faltarían porque no las habían rogado bastante; continuándose de este modo la charla general, amenizada con particulares observaciones sobre cada familia.

De todas las personas que se hallaban en la sala, Margarita era la que menos parte tomaba en la conversación general. Era vaga y distraída su mirada, mientras que su rostro mostraba una tristeza mal reprimida que contrastaba notablemente con su habitual alegría.

Fortunato se acercó á ella, aprovechándose de la distracción de todos los que tomaban parte activa en los comentarios anticipados del próximo paseo. Sólo una persona notó el movimiento del joven y esta fué Virginia, cuyos ojos buscaban siempre los de Fortunato.

Éste se colocó con afectada distracción al lado de Margarita.

— Vd. no parece desear mucho este paseo, le dijo, porque la veo muy preocupada.

— Es cierto que pensaba en una cosa muy distinta, dijo ella con triste acento.

— ¿ Se puede saber en qué ?

— Sí, y Vd. mejor que nadie, porque se trata de una persona que Vd. conoce mucho.

— Mas bien querría que hablásemos de nosotros antes que de un tercero.

— Vd. sabe que aquí es imposible, porque todos nos observan y tratan de oirnos.

— En tal caso, me contentaré con hablar de esa persona que la tiene á Vd. tan preocupada.

— ¿Sabe quién es? es Amelia, su amiga de Vd.

Fortunato recibió aquellas palabras como el que siente un golpe dado á traición, bien que la idea de que Margarita pudiese estar celosa de Amelia, no dejó de halagar cariñosamente su vanidad.

— ¡ Nada me responde Vd. ! dijo Margarita sin notar la turbación del joven.

— Espero lo que Vd. va á confiarme.

— Esta mañana, Amelia vino á verme.

— ¿ Sí ?

— Pero Vd. no se figurará el objeto de su visita.

— Es verdad que no lo adivino, contestó Fortunato, esperando oir los celosos cargos que aguardaba de Margarita.

— Su padre ha quebrado.

— ¡ Ha quebrado! exclamó el jóven arrancado violentamente á su esperanza por aquella noticia.

Fortunato recién iniciaba su carrera en el zarzal de la vida, donde á semejanza de las ovejas que van dejando en las ramas del camino su blanca vestidura, el hombre va perdiendo poco á poco los instintos generosos de su corazón. Aun había cuerda de su alma en la que los dolores ajenos encontraban un eco de simpatía, y la idea de Amelia abandonada á las espantosas privaciones de la miseria, despertó de súbito sus instintos generosos é infundió á su pecho una inmensa tristeza.

— Sí, ha quebrado, repitió Margarita, y Amelia vino aquí para solicitar esperas en favor de su padre.

— ¿ Y... las consiguió ? preguntó Fortunato con indecible interés.

— No, fué imposible, dijo ella bajando la vista.

— ¡ Pobre Amelia !

— La idea que me desespera, añadió la niña, es la de pensar que con sólo dos mil pesos esa pobre familia se salvaría tal vez de la desesperación.

— ¡ Dos mil pesos ! Ah, yo los buscaré, exclamó Fortunato lleno de noble compasión.

Margarita le miró con amor. Todo arranque de generosidad encuentra siempre admiración y aprecio en la alma de la mujer. Sus ojos, en los que á

duras penas contenía las lágrimas que aquel recuerdo le traía, tomaron la expresión sublime de la apasionada ternura que Fortunato encendió en su pecho con sus generosas palabras. Iba á darle las gracias por ellas, cuando la voz de su mamá la sacó de su elevado arrobamiento.

— Ya está el té, Margarita, dijo la señora, que durante aquella conversación tomaba mil posturas en su asiento buscando un buen pretexto para interrumpirla.

La niña se paró disimulando su disgusto y fué á la pieza inmediata en la que se servía el té.

Fortunato buscó después en vano un medio de anudar su conversacien: doña Rita, Virginia y varios otros parientes de la familia, puestos en alarma desde aquel instante, dirigieron con nuevo empeño su porfiada observación sobre Margarita.

Á las diez de la noche Fortunato salió de la casa, confundiendo bajo el mismo anatema á la madre de Margarita y á sus oficiosos parientes hasta la cuarta generación.

Pero bien pronto el recuerdo de Amelia disipó su disgusto y le trajo la idea de pagarle sus pesares salvando á su familia.

— Mi tío Anselmo, se dijo mientras caminaba, puede servirme ahora: el buen tío se encuentra feliz porque se cree amado; es imposible que la

felicidad no le haga un tanto más generoso que de costumbre.

Al llegar á la casa de D. Anselmo, Fortunato se halló con la puerta cerrada. Á sus golpes y después de haber esperado más de diez minutos, la vieja criada de D. Anselmo entreabrió la puerta, diciéndole con voz acatarrada :

— ¿ Quién es ?

— ¿ Está mi tío ? preguntó el joven queriendo entrar.

— No señor, no ha llegado aún.

Fortunato dió un suspiro y volvió las espaldas á la vieja, tomando el camino de su casa.

XXVII

Al siguiente día volvió Fortunato á presentarse en casa de D. Anselmo: eran las nueve de la mañana y la criada contestó que su patrón estaba durmiendo.

Fortunato dió una vuelta por la plaza, recorrió el portal y el pasaje, se paró á contemplar las ventanas de las tiendas que principiaban á abrirse y anduvo errante por las calles hasta que oyó sonar las diez en el reloj de la casa de correos. Á esta hora D. Anselmo dormía aún, puesto que no había llamado para pedir su mate.

El joven, para engañar su impaciencia pensó en ir á casa de Amelia y comunicarle su proyecto; pero le faltó el valor para presentarse ante la niña sin llevar una palabra de consuelo. Instalóse resueltamente en la pieza contigua al cuarto de dormir

de D. Anselmo y esperó pensando en los placeres del paseo y en la necesidad de socorrer á D. Diego Almiro.

La obstinación con que sus ideas volvían siempre al recuerdo de Amelia, le hacía sentir que el deseo de enriquecerse y su nuevo amor por Margarita no habían aun borrado la traza de su primera pasión. Las primeras sensaciones del hombre, en la región del sentimiento sobre todo, dejan en el alma una memoria indeleble porque son las más puras á la par que las más espontáneas. Así Fortunato, bien que dotado de una de esas organizaciones vulgares y exentas de la exaltación con que otras más delicadas acogen la parte poética de la vida, sentía despertar los recuerdos de su amor con Amelia, al ocuparse del modo de salvarla de la desesperación.

La voz de su tío le sacó del campo siempre dulce y melancólico de los recuerdos, llamándole á la realidad de su situación. Eran ya las once de la mañana.

D. Anselmo se hallaba en cama y fumaba un cigarro para disipar el sueño, cuando Fortunato entró en el aposento.

— ¡ Cómo ! ¿ todavía estás aquí ? exclamó al ver á su sobrino. ¿ No me prometiste marcharte á las ocho para arreglar las piezas en la chacra ?

— He enviado ya á Anastasio que se encarga

de todo, dijo Fortunato ; yo he tenido precisión de quedarme porque debía verme con Vd.

— Bueno, si es así, no tengo nada que decir, ese Bermúdez es un muchacho muy listo. ¿ Y habrá mucha gente ?

— Cuanta hemos convidado.

Fortunato, para prevenir en su favor el ánimo de su tío, le refirió entonces los medios de que se habían valido para despertar el entusiasmo en la sociedad por el paseo de aquel día, recalcando sobre la repugnancia que al principio se manifestaba para aceptar los convites.

El buen tío le miraba lleno de admiración y reconocimiento. Para él, de aquel paseo dependía la adversa ó favorable acogida que la sociedad haría á Julia, lo que era equivalente á jugar su felicidad en la empresa.

— ¿ Y doña Rita irá también ? preguntó D. Anselmo.

— Ella, su marido y toda su familia, dijo Fortunato. Lo que hay de notable es que ahora habla de Julia con mucha más consideración que antes.

— Bravísimo, ese es un paso muy importante.

— Tanto que ese nos asegura el éxito puesto que, como Vd. sabe, la familia Mantoverde es una de las que dan el tono ; si ella recibe bien á nuestra protegida, todos la levantan en palmas de mano.

— Si es así, mi felicidad será completa, exclamó D. Anselmo levantándose entusiasmado.

— Y la mía no, dijo tristemente Fortunato.

— ¿ Por qué ? ¿ qué te falta ?

— Vengo á pedirle un servicio del cual depende mi felicidad.

— ¿ Un servicio ? ¿ cuál ?

— Necesito dos mil pesos.

Don Anselmo quiso moralizar, pero su alegría le quitó el valor para hacerlo.

Fortunato se aprovechó de su silencio para contarle la causa de aquella necesidad, empleando en ello su más elocuente lenguaje.

— Don Diego, dijo el tío, es un hombre muy fastidioso y poco agradecido.

— No es para él el servicio sino para mí, dijo Fortunato ; quiero salvar de la miseria á una pobre niña inocente.

— Bien, dijo D. Anselmo, mañana los tendrás ; pero es preciso que inmediatamente te vayas á la chacra á arreglar la mesa.

— Yo quisiera antes de irme sacar á esa familia de la angustia en que se encuentra.

— Ahora es imposible, no tengo aquí dinero.

— Todo se salva con un documento que Vd. me firme : esto basta.

Entonces D. Anselmo escribió un vale de dos mil pesos á la orden de Fortunato.

Éste se había hecho la sencilla reflexión de que después del paseo y cuando todos los proveedores de víveres y frutas acudiesen con sus cuentas, su tío no se mostraría ciertamente tan asequible y generoso.

Cuando Fortunato doblaba cuidadosamente el papel con el que esperaba volver á Amelia la felicidad, la puerta se abrió con estruendo y la vieja criada introdujo, inclinándose llena de respeto, al reverendo Ayunales.

Fortunato le saludó con cariño y se separó de su tío prometiéndole ponerse en marcha al instante.

D. Anselmo recibió á su confesor con la sonrisa en los labios cediéndole su poltrona.

— ¿ Conque hoy da Vd. un gran paseo ? dijo fray Ciriaco acomodándose en la silla.

— Sí, es un paseo á mi chacra ; ¿ quiere Vd. ir conmigo ?

— Gracias. ¿ Sin duda la Señorita Julia será una de las primeras convidadas ?

— La he convidado en efecto, y tengo en ello una segunda intención.

— ¿ Cómo así ? ¿ también tiene Vd. segundas intenciones ?

— ¡ Oh ! intenciones honestas y dignas se entiende. He aquí mi plan : Julia, como Vd. sabe, bien que de muy buena familia, ha vivido alejada por su pobreza de la sociedad, en la que yo deseo introducirla, de manera que en este paseo la haré conocer y relacionarse con las principales familias de Santiago.

— ¿ Y con qué objeto ?

— Porque ella será mi mujer y.....

— Aun está Vd. con esa idea ; pues amigo lo siento

— ¡ Lo siente Vd. ! exclamó D. Anselmo palideciendo. ¡ Cómo ! Vd. mi padre reprueba el matrimonio, la institución más moral del cristianismo !

— No, no, lejos estoy de reprobarlo en general ; pero si en el caso presente.

— De modo que Vd. me aconseja vivir siempre soltero y expuesto, por consiguiente, á todo género de tentaciones.

— Tampoco : Vd. me comprende, mi buen amigo.

— Confieso que es la verdad : no le comprendo, dijo D. Anselmo buscando el sentido de la palabras de fray Ciriaco.

Éste tomó un aire grave y profético, después de colocarse en una actitud llena de fingida dignidad.

— Vd. no me comprende, mi amigo don Anselmo, dijo, porque Vd. no puede comprenderme.

— Así es, contestó el tío de Fortunato, que, profesando una ciega veneración por su confesor, creyó que acababa de oir un argumento irresistible.

— ¿ Sabe Vd. con quién desea casarse ?

— Con Julia Valverde, me parece.

— Pero ¿ sabe Vd. qué clase de mujer es ésta ?

— Muy honrada, según creo, contestó D. Anselmo, inclinando humildemente la cabeza.

— ¿ Y ha indagado Vd. el estado de su conciencia ?

— No, ni he pensado en hacerlo.

— No hablaremos nada de sus amores con un joven Peñalta, que Vd. ignora tal vez ; pero vamos á un punto esencial : Vd. sabe que Julia es viuda de un inglés.

— Sí.

— Pero no habrá llegado á su noticia que al casarse ella adoptó la religión de su marido ¡ y se hizo protestante !

— ¡ Protestante ! exclamó D. Anselmo dejándose caer desalentado sobre una silla.

— Sí, mi amigo, es protestante : ahora vea Vd. cómo puede arreglar su amor con su conciencia, á menos que Vd. prefiera renegar sus creencia y hacerse protestante también.

— ¡ Oh ! nunca, nunca, exclamó horrorizado el buen viejo ; pero ¿ qué hacer después de los compromisos que tengo con ella ? añadió dirigiendo á fray Ciriaco una mirada suplicante.

— En primer lugar, prometerme que Vd. no revelará á nadie este secreto.

— Así lo haré, mi padre ; pero es preciso que Vd. no me abandone.

— Yo pensaré en los medios de arreglarlo todo, dijo doctoralmente fray Ciriaco.

Después de esta revelación se despidió de su afligido amigo, dejándole entregado á los terrores de su conciencia.

Don Anselmo, cediendo á un primer impulso, pensó dirigirse á casa de Julia y echarle en cara lo que él llamaba un engaño ; pero la promesa formal que acababa de hacer á fray Ciriaco le detuvo al salir. Su espíritu, acostumbrado á la más ciega veneración por las palabras de su confesor, se aterrorizó á la sola idea de violar su palabra : contúvose, pues, á duras penas y para huir de la fuerte tentación que le arrastraba hacia la casa de Julia, se puso inmediatamente en marcha para su chacra á inspeccionar los aprestos del paseo.

XXVIII

Las viejas costumbres van de partida.

Si ellas se llevan su bagaje de preocupaciones, las desearemos un viaje feliz, resignándonos á perder la franca cordialidad que con ellas desaparecerá, los hábitos sencillos que la incómoda etiqueta va reemplazando la económica simplicidad que ha cedido su puesto al lujoso boato de la moderna civilización. El bien, en todas las esferas de la vida, tanto en el dominio material cuanto en las elevadas regiones de la inteligencia, ha sido siempre un fruto cuyo cultivo ha exigido penosos aunque indispensables sacrificios.

Nuestros padres daban paseos al campo, pero no como los nuestros.

Una carreta provista de fiambres, algunas botellas de vino y otras de cerveza, formaban el total de las provisiones que se enviaban anticipadamente

al lugar de la cita: una arpa, una guitarra y á veces un ravel tocado por algún rústico Paganini, componían la orquesta, al compás de la cual se agitaba ensusiasta la generación que nos ha precedido.

Nosotros tenemos paseos de más tono, somos *fashionables* hasta en el campo, y *dilettantis* aun bajo el espeso follaje de los bosques. La mesa de nuestros paseos la sirve un fondista francés, la música ha de ser delicada y moderna, pues hiere desapaciblemente nuestros oídos lo que deleitaba los de nuestros padres.

Nuestras costumbres, en una palabra, en materia de diversiones campestres, han hecho olvidar los paseos á tomar mate de leche y reemplazarlos por verdaderas *parties de campagne* ó *pic-nic*, y como es nuestra generación la que da la despedida á los usos de antaño, creeríamos faltar á un deber dejando de consignar aquí esta faz de nuestra lenta revolución social.

D. Anselmo, bien que perteneciese por su fecha á generación que merece nuestros respetos, conocía sin embargo que para llenar las exigencias del día no bastaban los modestos preparativos que habían satisfecho á los galanes de su tiempo. Fortunato fué encargado de los aprestos del paseo, y ya conocemos las causas que le obligaron á permane-

cer en Santiago hasta después de las once de la mañana.

Daba la una cuando D. Anselmo, perdido en las reflexiones que despertó en su espíritu la reciente é inesperada revelación de fray Ciriaco, tomaba el camino de su chacra, lleno de amargos y funestos presentimientos. Cada persona que al pasar por la calle divisaba con aspecto de europeo, representaba para él un hereje ó protestante, y de aquí salía poblada de horribles fantasmas su apurada situación.

Al llegar á la chacra fué recibido por algunos convidados que, más matinales que los otros, habían llegado ya á gozar de las delicias agrestes.

D. Anselmo, con la mira de buscar una distracción á las ideas que lo atormentaban, convidó á beber á sus amigos, tratando de manifestar una alegría que estaba muy lejos de sentir en aquel instante ; de manera que á la llegada de las primeras familias, los humos del oporto habían dado al semblante del anfitrión un tinte rojo y animado, que hacía gran contraste con la expresión pensativa de sus ojos.

Fortunato al recibir á las personas que iban llegando, después de asegurarse de la distribución y buen servicio de la mesa, á la que Anastasio daba la última mano, volvía á hacer los honores de casa.

Bien pronto se presentó la familia de Mantoverde en su magnífico coche de viaje, tirado por una pareja de hermosos caballos negros, conducidos por un *jokey* elegantemente vestido. Del coche bajó primero D. Modesto que sirvió de apoyo para salir á su noble consorte, luego se mostró Margarita, vestida con el traje que había hecho ver á Amelia en el día anterior: la joven se apoyó en el brazo de Fortunato que había ocupado el puesto de D. Anselmo en una vuelta que éste dió á arreglar el vestido de doña Rita. Virginia bajó en seguida, dando el brazo á Bermúdez que se colocó tras de Fortunato.

Anastasio iba á cerrar la puerta del coche cuando apareció en ella la cabeza de una persona que bajó sosteniéndose con dificultad. Su aspecto era el de un hombre de cuarenta y cinco á cincuenta años, bien que la gordura de su cuerpo podía hacer equivocarse al fijar su edad. Su rostro era de esos que revelan la inocencia conservada á despecho de los años, y sus ojos, sujetos á una perpetua movilidad, imprimían á su fisonomía el aire de una persona en la que la curiosidad llega á tomar la fuerza de una pasión.

— ¿ Quién es ese caballero tan bien mantenido ? preguntó Fortunato á Margarita, al pasar una silla que colocó al lado de doña Rita.

— Es mi tío Crispín, el que viene á comprar casa, contestó la niña en voz baja.

— Para Crispín está un poco gordo, dijo Fortunato.

— Así es, estoy más repuesta, dijo doña Rita que oyó sólo la última palabra y creyó que le iba dirigida.

D. Crispín, entretanto, llegó al corredor de la casa en donde iban sentándose las personas que llegaban, y fué presentado á todos por D. Modesto.

Mientras se hacían las recíprocas salutaciones, un nuevo coche había entrado al patio y parádose á poca distancia de la casa. En él se veía á la bella Julia y á su madre.

En este instante hubo un momento de excitación por parte de D. Anselmo : la vista de Julia hizo subir en oleadas ardientes á su rostro su sangre avivada ya por los vapores del vino que acababa de tomar. La revelación de fray Ciriaco resonó en su memoria como un anatema y se figuró que todos los circunstantes, sabedores de aquel extraño secreto, fijaban en él sus miradas investigadoras. Pero su indecisión duró sólo unos cuantos segundos, porque D. Crispín llamó su atención diciéndole :

— Creo que llegan unas señoras.

De manera que D. Anselmo, en la imposibilidad

de evadirse afectando hallarse distraído, avanzó hacia el coche, del que principiaban á bajar Julia y su madre.

Entretanto, las conversaciones de las personas que se hallaban en el corredor habían cesado, mientras Julia se adelantaba dando el brazo á Fortunato y doña Clara á D. Anselmo. La ambiciosa viuda tuvo que recurrir á todo su despejo para marchar con dignidad, al adelantarse hacia todas aquellas personas que fijaban sus ojos en ella y analizaban su traje con insolente curiosidad.

La vergüenza y el despecho hicieron subir los colores al rostro de Julia, aumentándose de este modo su natural belleza y adquiriendo un aire de inocente candor, que despertó las simpatías de los que la observaban, por el sello de modestia con que ella supo también dar mayor realce á la confusión que había cubierto de tintes rosados su semblante.

D. Anselmo presentó á Julia á la familia de Mantoverde y á cada uno de los otros convidados, con lo cual se restableció la conversación. Doña Rita, para halagar la vanidad del autor de aquella fiesta, colocó su silla al lado de la de Julia, que con fingida humildad había ocupado un asiento distante.

La conversación se hizo entonces más animada y general, hablóse del camino, de sus puentes y

pantanos, indagándose el nombre de los dueños de las chacras vecinas y ponderándose la situación de la de D. Anselmo.

Éste, alentado con la acogida cariñosa que doña Rita había hecho á Julia, comenzaba á sentir renacer en su pecho la tranquilidad y el contento, pero murmuraba solo de cuando en cuando :

— ¡ Ah, si no fuera protestante !

Y fascinado por las miradas que Julia le dirigía en medio de su conversación, miradas en las que el amor y el reconocimiento iban mezclados con hábil maestría, el amartelado galán añadía, arrastrado por su pasión :

— Le daré á fray Ciriaco lo que quiera por que la convierta.

Su conciencia, acostumbrada desde la infancia á la más absoluta humildad, no concebía aún la idea de emanciparse de su preocupación y arrojarse en brazos de su amor, por más que á cada momento nuevas miradas sentimentales de Julia derretían el hielo de la indiferencia con que había hecho propósito de armarse durante aquel día.

El ruido de un nuevo carruaje y la algazara de los que en él venían, llamó la atención de los convidados.

Acababa de entrar en el patio de la casa, tirado por una yunta de bueyes, uno de esos vehículos

llamados carretones, tan usados por nuestros abuelos para paseos campestres y de los cuales quedan apenas algunos viejos ejemplares en nuestra civilizada capital. En este carretón venía la familia de D. Tiburcio Rostroalbo, compuesta de doña Petronila, sus dos hijas Raimunda y Feliciana, dos niños, de trece años el uno y el otro de once, sin contar una ama de leche que traía en sus brazos á una criatura de dos años.

Los dos niños, José del Carmen y José Dolores, apostados en la puerta delantera del carretón y armados de largos palos de colihue, ayudaban al carretero en su tarea de picanear á los bueyes, que entraron al patio á trote largo, imprimiendo violentos movimientos al carretón, con lo que los de adentro lanzaban descomunales carcajadas y desesperados lamentos, que se confundían con las voces descompasadas que empleaban los dos muchachos para estimular á los bueyes en su carrera.

Los animales, rendidos por tan inusitado esfuerzo, llegaron jadeantes á detenerse á dos varas del corredor en que D. Anselmo y sus convidados se encontraban contemplando aquella entrada estrepitosa.

— ¡Jesús! exclamó para sí D. Anselmo al divisar el número de personas que el antiguo carretón

conducía ! se han venido hasta con el chiquillo y su ama !

Fortunato, un tanto desconcertado con aquel incidente delante de Margarita y su familia, se acercó á D. Anselmo y entre risueño y confuso :

— Para qué fué á convidar á esta familia, le dijo, tratando de engañar su despecho con aquella tardía reconvención.

— Y si no lo hubiese hecho me desollaban vivo, le contestó D. Anselmo, que no hallaba cómo ocultar los colores de su rostro á la noble familia de Mantoverde.

— Tío, tío, ¿qué le parece? gritaron á un tiempo los dos muchachos, saltando del carretón al suelo con sus largas picanas ; les hemos *fajado* tupidito á los bueyes en todo el camino, así es que ya revientan.

— Hablen más despacio, les dijo D. Anselmo por lo bajo; ¡ qué no ven que hay gente !

Doña Rita miraba entretanto á D. Modesto, con ese aire de desprecio aristocrático que puede traducirse por estas dos palabras.

— ¡ Qué gentes !

Al mismo tiempo, por la puerta trasera del carretón bajaban D. Tiburcio, su esposa, sus dos hijas y la nodriza, dando cada cual un salto más ó menos característico, pero que todos despertaban

la hilaridad de los que desde el corredor los estaban observando.

D. Anselmo y Fortunato, tratando de sonreir con amabilidad á sus intempestivos parientes, se sentían como dos infelices en la picota á la vergüenza pública.

Feliciana Rostroalbo había quedado la última en el carretón y no quería bajar de él.

— Salta, niña, no tengas miedo, le decía doña Petronila, arreglándose el vestido que los vaivenes y saltos del carretón habían ajado notablemente.

— Pero, mamá, si hay tanta gente, decía la niña sin atreverse á saltar.

— ¿ Y cómo yo salté ? dijo Raimunda, riéndose de los temores de su hermana.

— Bueno, pero yo no quiero que me vean las piernas, exclamaba la afligida Feliciana.

— ¡ Jesús, qué niña tan tonta ! dijo la madre.

Fortunato, para poner término á aquel diálogo, y desesperado con las mal reprimidas risas que oía á sus espaldas en el corredor, trajo una silla, y poniéndola á la puerta del carretón, ayudó á bajar á Feliciana.

— ¡ Eso sí que se llama ser galán ! gritó José del Carmen al ver á Fortunato dar la mano á su prima para ayudarla á bajar.

— ¿ Y cómo dicen que está templado con otra ?

dijo en el mismo tono José Dolores, que interrumpió su observación por una mirada furibunda de Fortunato.

Pero la amenazadora mirada del joven no produjo tan pronto aquel efecto, que impidiese resonar las alegres carcajadas con que todos los jóvenes acogieron las observaciones de los dos muchachos.

Don Tiburcio miraba á los concurrentes con ese aire de papá que se felicita de la admiración que las agudezas de sus niños producen en los oyentes.

Don Anselmo quiso poner fin á aquella escena, pasando el brazo á su hermana para alejarla del funesto carretón ; pero su tortura no estaba aún terminada.

— Mira, Tomasa, dijo doña Petronila, dirigiéndose á la mujer que cargaba á su último vástago, pásame el niño y baja los canastos.

— ¡ Canastos ! ¿ qué canastos ? preguntó desesperado D. Anselmo.

— Son algunas frioleras que tu hermana quiso traerte, dijo con semblante risueño.

Fortunato y su tío se miraron palideciendo.

En este intervalo, Tomasa había bajado dos enormes canastos que puso á los pies de doña Petronila.

— Bien está, que los lleven allá adentro, dijo D. Anselmo, intentando de nuevo arrastrar á su hermana.

— Aguárdate, Anselmo, déjame enseñarte estos duraznos que me mandó fray Ciriaco de regalo, dijo la porfiada matrona.

— Mujer, me los mostrarás allá adentro, le dijo entre dientes D. Anselmo, que invocaba á todos los santos en su auxilio.

Doña Petronila sin oir la amonestación de su hermano, se había inclinado ya sobre uno de los canastos y puéstose á revolverlo en todo sentido.

— ¿Qué es esto? preguntó alzándose con un atado en la mano.

— Es la ropa del niño, señorita, contestó Tomasa, que luchaba por contener al chiquillo, el que á la vista de las canastas, hacía esfuerzos desesperados por desasirse de los brazos que le sujetaban.

— Creerás, dijo doña Petronila dirigiéndose á D. Anselmo, que hay que cargar también con la ropa de este niño, que ya tiene dos años y no avisa?

Todos celebraron la poca precocidad del chico con una homérica carcajada, que dió un temblor convulsivo al cuerpo de D. Anselmo.

Fortunato creía ya que la sangre iba á brotar por los poros de su rostro : tal era el ardor que la vergüenza daba á sus mejillas.

— Vamos, llévense esos canastos, exclamó con voz ahogada, dirigiéndose á dos criados que se hallaban cerca.

El niño se echó á llorar al ver que los criados se llevaban los duraznos que entrevía bajo la ropa, y seguido por esta música, la familia de D. Tiburcio avanzó hacia el corredor, en donde todos hacían heroicos esfuerzos por ocultar su risa, mientras doña Rita murmuraba mirando á su marido y agitando cadenciosamente su abanico :

— ¡ Jesús, qué gentes !

XXIX

Bien pronto fueron llegando elegantes carruajes, de los que se veían bajar á las aristocráticas familias de Santiago. Bellas y perfumadas niñas, ataviadas con el moderno lujo que por todas partes se ostenta en la capital; jóvenes rizados, airosos y risueños, agitando entre sus manos, ajustadas en relucientes guantes de Preville, sus delgadas y flexibles huascas; mamás adustas ó complancientes, observando todo aquello en que no pueden tomar parte; padres de familia llenos de estirada importancia, mirando de reojo á los galanes de sus hijas; muchachos imberbes dándose los aires de hombres maduros y martirizando sus labios superiores en requerimiento de problemáticos bigotes; viejos célibes afectando en sus trajes y maneras, en sus risas y movimientos, la natural

alegría de la niñez: ese mundo, en fin, con su juventud y su vejez, sus esperanzas y sus desengaños, su indiferencia y sus aspiraciones, que acude á las fiestas de todo género en busca del fugitivo tesoro que se llama placer, se hallaba allí reunido, observándose, criticándose, riendo, hablando, abanicándose, fumando, haciendo en fin todo lo posible por persuadirse de que se divertía.

Luego aquella gente se dispersó en diversos grupos por la extensa arboleda y jardín de la chacra, ora en parejas que se confían sus secretos, ora en grupos bulliciosos, en reuniones calladas y flemáticas, en porciones de á cinco ó seis que miran y no hablan, y otros que hablan y no miran, buscando cada cual los lugares más en armonía con sus sentimientos ó ideas.

Margarita, avasallada por la vista de su padre, daba el brazo á su tío Crispín, que preguntaba el nombre de cada planta que encontraba á su paso, mientras que tras ellos marchaban Virginia y otro pariente de la familia, cubiertos á la espalda por D. Modesto y doña Rita, que caminaban sin desplegar los labios como acontece á dos buenos esposos que ya nó tienen nada que decirse en sus *tête-à-tête*.

Fortunato y Anastasio trataron en vano de hacer

parte de aquella comitiva, que marchaba flanqueada por una escolta de allegados y parientes al través de la cual les fué imposible penetrar. Al cabo de algunos minutos de marcha, hostigados por el fuego de preguntas de D. Crispín, por las observaciones insípidas de los parientes y por el aspecto grave de los esposos, los dos jóvenes torcieron por una calle de árboles opuesta á la dirección de aquel grupo, maldiciendo la inoportuna amabilidad de los que contrariaban sus proyectos.

— Empiezo á creer, dijo Fortunato, que todas nuestras fatigas serán inútiles y que no podremos hablar con las chicas.

— Paciencia, dijo Bermúdez, ya verás después de la mesa si no conseguimos derrotar á toda esa bandada de parientes, incluso el Crispín que es de una curiosidad desesperante.

— Por mi parte te aseguro que esto me desalienta mucho.

— Poca paciencia tienes, amigo, dijo Bermúdez.

— No es sólo falta de paciencia, replicó Fortunato ; te confesaré que no tengo ánimo para divertirme ahora.

— ¿ Y por qué ?

— La idea de Amelia me preocupa desde ayer y no puedo echarla en olvido.

— ¡ Qué niñería! ¿No has hecho por ella cuanto podías ?

— No, porque no fui á entregar el documento al salir de casa de mi tío.

— Eso no importa; lo tienes ya seguro y esto es lo principal : mañana se lo darás.

Bien podría haberlo entregado hoy si tú no te hubieses empeñado tanto en venirte.

— ¿ Y esto es lo único que te tiene desalentado?

— Esto y la dificultad que tengo para hablar con Margarita.

— Yo te prometo que después de la mesa hablarás con ella.

En este instante un joven y una elegante niña de diez y nueve á veinte años pasaron junto á Fortunato.

— Mira, le dijo Bermúdez, ya ves ese mozo, arrastra coche, tiene una magnífica casa y una renta que le da para vivir á sus anchas.

— Bueno ¿ y qué hay con eso ?

— Lo que hay es que debes tomarlo como ejemplo. Era más pobre que tú, tenía más deudas que tú también y á fuerza de constancia y de maña consiguió casarse con esa niña, y al día siguiente se despertó rico.

— Pero ella no tendría parientes.

— ¿Crees que se hallaba sola en el mundo como

Eva? Tenía Crispines que la rodeaban, primos, primas y tíos, pero él tuvo constancia y lo venció todo.

— Buena es la constancia; pero entretanto yo hago nuevas deudas todos los días y el matrimonio parece alejarse.

Al llegar á la extremidad de la calle de árboles que recorrían los dos jóvenes se encontraron con Carlos Peñalta, que se reunió á ellos con varios amigos que le acompañaban.

En otra extremidad de la arboleda don Anselmo seguía á un grupo de personas entre las que Julia ostentaba la gracia de su conversación. D. Anselmo, bien que prometiéndose huir de los encantos de la viuda, se sentía arrastrado hacia ella por una fuerza irresistible. Llegados á cierta latitud en el mar de la vida, los hombres á quienes azota el violento huracán de amor, carecen de fuerzas para gobernarse con su voluntad. D. Anselmo se hallaba en esa latitud, ese mismo viento le azotaba y sus fuerzas luchaban en vano por encaminar su nave hacia la indiferencia. El buen caballero, aguijoneado por esa misma necesidad de separarse de Julia, sentía redoblar su amor á cada esfuerzo que hacía para conseguirlo. Parecíale que sus ojos, avivados por la febril exaltación de su alma, cobraban una lucidez sorprendente para descubrir

nuevas bellezas en la adorable viuda: su boca tenía una forma tan llena de fascinante seducción; sus ojos pasaban con tanta gracia de la voluptuosa languidez á la infantil viveza; había en el majestuoso movimiento de su seno tan indecible encanto; era tan suave la gracia de su talle; tan puras las líneas de su cuello: tenía, en fin, tantas perfecciones, que se figuraba notar por primera vez, que sus ideas, á cada intento de su timorata conciencia, le arrojaban sin piedad en un caos de ardientes y desesperadas vacilaciones, haciéndole exclamar entre dientes:

— ¡ Caramba! ¡ aunque sea protestante!

Además, una nueva pasión había venido á enturbiar la onda pura de su amor: esta pasión eran los celos; pero los celos que se inician, vagos é inciertos, como las primeras luces del sol que después abraza á la tierra con sus rayos; celos sin forma, sin determinado objeto, pero vigilantes como la primera curiosidad, y con el suficiente poder para comunicar á su corazón ese golpe eléctrico que oprime la franca y normal facilidad de sus palpitaciones. D. Anselmo medía sus ventajas físicas con las de los jóvenes que rodeaban á la bella Julia, sirviéndose en esta comparación de la singular modestia que se apodera de todo hombre celoso. Los celos son como un anteojo de teatro que abulta

por una extremidad los objetos que al través de sus vidrios se divisan y los disminuye considerablemente por la otra. Además, en este caso no había necesidad de ese anteojo: aquéllos hombres eran jóvenes y la juventud es por sí sola una belleza, mientras que D. Anselmo no era más que un viejo solterón conservado. Y la criatura, por la fatal ley de la naturaleza, al contrario del vino y de los cuadros de pintura, pierde con el tiempo todas sus ventajas. Sin duda fué uno de los castigos con que el Criador quiso hacernos purgar la falta de nuestro padre común, al imponer la pérdida de las ventajas físicas á medida que las prendas morales van perfeccionándose. D. Anselmo, como toda criatura racional, había sufrido las deplorables modificaciones de esa ley, y al ver á Julia conversar risueña con los galanes que la rodeaban; al ver brillar para otros el diáfano esmalte de sus dientes; al contemplar su empeño en lucir á los demás la deliciosa humedad de sus labios, él sentía ese sinsabor acre y punzante que sólo los celos tienen la facultad de hacer experimentar. Y luego, cuando ella, salvando la distancia que los separaba, entre una palabra y una sonrisa, le enviaba alguna de esas miradas de inocente languidez con las que parecía convidarle á tomar parte en la conversación, él enamorado y celoso amante repetía

de nuevo, con una rabia que rayaba en delirio:

— ¡ Pues caramba ! ¡ aunque sea protestante !

Pero todo su entusiasmo sólo pudo expresarse con estas palabras que aventuró tímidamente :

— ¿ Daremos una vuelta por la arboleda ?

Julia se paró, ofreciendo á D. Anselmo la ocasión de presentarle su brazo, lo que éste hizo con la misma timidez de un niño que va á ponerse en baile por la primera vez de su vida. Y al sentir el contacto de aquel brazo que se apoyaba sobre el suyo ; al aspirar el perfume con que Julia había embalsamado su ropa ; al ver, en fin, aquella mujer, joven y bella, que un momento antes le desesperaba con su coquetería, buscar ahora un apoyo en él, abandonándose á su amor ; D. Anselmo recobró un tanto su perdida tranquilidad, creyéndose preferido á los otros jóvenes que le rodeaban.

De este modo la pequeña comitiva se puso en marcha, ocupando Julia y don Anselmo el centro y acompañados por las personas que iban encontrando en su camino.

Mientras tanto, doña Petronila y sus hijas se habían apoderado de la mesa para arreglarla á su manera. En vano el hotelero encargado de ella había protestado con toda su energía é invocado en su auxilio la autoridad de Fortunato, á quien había ido á buscar al jardín ; doña Petronila sostenía que

la mesa estaba mal arreglada, y llamando en su ayuda á sus niñas y á los dos muchachos, puso en ejecución su plan de arreglo, mientras que el hotelero recorría la arboleda en busca de Fortunato.

Á la llegada de éstos, el comedor parecía un verdadero laberinto, en el que era preciso andar en las puntas de los pies para no quebrar los fruteros, platos y cristales que la familia de Rostroalbo había esparcido por todas partes. Fortunato y el hotelero se detuvieron á la puerta pasmados de terror: aquel espectáculo y lo avanzado de la hora, les infundió una desesperación indecible. Doña Petronila guiaba los movimientos de sus hijas, que á su voz cambiaban de lugar los cubiertos, los fruteros, las flores, las botellas y todo cuanto había sobre las mesas, mientras que José del Carmen y José Dolores, agitándose en todas direcciones con descompasadas voces y desatinadas cabriolas, daban un serio ataque á los comestibles que caían bajo sus manos y más bien desbarataban á cada paso los planes de su madre que lo contribuían al nuevo arreglo proyectado.

Para restablecer el orden en el comedor y poder de nuevo arreglar la mesa, fué necesaria toda la energía de Fortunato y la actividad del hotelero, quienes después de heroicos esfuerzos consiguieron ponerlo toco en orden y despedir á los mucha-

chos transigiendo con muchas de las pretensiones de doña Petronila, cuyo empeño principal era el de hacer figurar entre las frutas de los postres los duraznos que había traído de Santiago.

Después de esto, Fortunato dió la voz de servir la comida y de llamar á los convidados, los que fueron llegando poco á poco hasta llenar el salón contiguo al comedor. Entonces las puertas de éste se abrieron de par en par, y el hotelero, con una servilleta sobre el brazo, se presentó pronunciando las deseadas palabras :

— *La comida está en la mesa.*

XXX

Los ojos de D. Anselmo centelleaban de alegría al ver la escogida y aristocrática concurrencia que se sentaba á su mesa, y al observar las atenciones con que las más orgullosas damas de la capital colmaban á la humilde Julia Valverde. Sus deseos se habían realizado brillantemente y apenas se divisaban en su semblante, que para todos tenía una sonrisa, la preocupación vigilante que atormentaba su espíritu desde la confidencia de su confesor.

Durante los primeros momentos de la mesa sólo se oían algunas voces de aisladas conversaciones, y el ruido de los platos que sacaban y traían los sirvientes; pero calmadas un tanto las apremiantes exigencias del apetito, la conversación fué haciéndose general, más vivas las ojeadas, más insinuan-

tes las sonrisas y más descuidada también la vigilancia de las madres, con lo cual la alegría de los concurrentes fué tomando más ruidosas y comunicativas proporciones.

Luego empezaron también las invitaciones particulares á beber, haciéndose de dos en dos el saludo de estilo antes de llevar la copa á los labios. Esta moda pareció cuadrar perfectamente á los dos muchachos Rostroalbo que, colocados en una pequeña mesa aparte, repetían sus saludos con maravillosa rapidez, hasta apurar una botella de burdeos que habían sustraído de la mesa principal.

— Señores, dijo uno de los convidados, el Sr. D. Anselmo tiene la palabra.

— Que la suelte, dijo José Dolores desde su mesita, con los ojos brillantes y el rostro encendido por su copiosa libación.

Sí, que la suelte y que la agarre después D. Crispín, exclamó José del Carmen, igualmente animado como su hermano.

— Cállense, muchachos, les dijo doña Petronila mientras que D. Tiburcio, maravillado de la viveza de sus hijos, exclamaba mirando á todos los convidados.

— ¡ Vea, qué muchados !

D. Anselmo y Fortunato se miraban, pidiendo

cada cual al otro algún medio de librarse de aquellos dos huéspedes terribles.

— Sí, sí, que hable D. Anselmo, exclamaron varios convidados á un tiempo, acallando así la voz de los muchachos que regañaban á la madre, y la de ésta que invocaba la autoridad del marido.

D. Anselmo se paró majestuosamente con copa en mano ; interrogó al techo en busca de la inspiración y bajando después la vista :

— Á la salud de todos los que me han hecho el honor de aceptar mi convite, dijo con voz vibrante de emoción.

— ¡ Bravo ! ¡ bravo ! contestaron todas las voces, golpeando varias personas la mesa para aumentar el ruido.

— ¡ Bravísimo ! gritaron también los dos muchachos, lanzando de común acuerdo dos *pelotillas* de miga de pan á la cabeza de D. Crispín.

Éste volvió la vista hacia los muchachos preguntándoles :

— ¿ Quién me ha tirado ?

Á lo que ellos respondieron mostrando á su padre que daba frenéticos golpes sobre la mesa, aplaudiendo á su cuñado.

— Señores, dijo D. Crispín tomando la copa, por el bello sexo y por las señoras.

— ¡ Bravo ! ¡ bravo ! vociferaron los muchados interrumpiéndole. Los convidados aplaudieron también creyendo que don Crispín había terminado su brindis, mientras que él se sentaba murmurando :

— Con estos niños no se puede hacer nada.

Estas palabras se perdieron en la algazara general y en las voces de D. Anselmo que invitaba á brindar á D. Modesto Mantoverde.

El padre de Margarita se puso de pie con su acostumbrada gravedad, y después de toser varias veces para restablecer el silencio.

— Señores, dijo, nuestro país está llamado á desempeñar un rol importante en la escena del mundo y..... su destino debe ser un objeto de constante desvelo para todo buen chileno ; por esto yo brindo porque el año entrante nos reunamos en este lugar con igual objeto. He dicho.

Un inmenso aplauso respondió á estas palabras pronunciadas con enfática importancia, y una granizada de pelotillas llovió sobre la cabeza de D. Crispín, que se volvió furioso hacia los hijos de D. Tiburcio, los que echaron á correr antes que éste hubiese podido verles.

Á este brindis siguieron varios otros no menos patrióticos, bien que no fueron recibidos con tanto entusiasmo á causa de la ausencia de los hijos de D.

Tiburcio. Los semblantes brillaban de alegría, chocábanse las copas con general entusiasmo y lanzábanse los enamorados quemantes miradas, en las que la pasión reverberaba á la par que los vapores del generoso licor.

D. Anselmo, fuera de sí de contento, buscaba incesantemente los ojos de la bella Julia, deplorando cada vez el obstáculo que se oponía á su felicidad y no comprendiendo que tan divina criatura pudiese tener el alma entregada á la herejía.

— He prometido callarme sobre esto, se decía él : pero puedo sondear su espíritu de una manera indirecta.

Y animado por aquella idea, D. Anselmo llenó su copa hasta los bordes, paróse agitado por su creciente emoción é hizo con la mano una señal pidiendo silencio.

Los convidados, al ver la señal y la actitud del anfitrión, interrumpieron sus conversaciones y el más solemne silencio reinó en la pieza, que un momento antes resonaba con el entusiasmo general.

Entonces D. Anselmo, fijando una mirada penetrante sobre el semblante de Julia :

— Brindo, señores, dijo, por la religión católica apostólica y romana.

— Amén, contestó una voz que resonó en el

silencio extraño y profundo que acogió las palabras de D. Anselmo.

Los convidados se miraron unos á otros como preguntándose el objeto de aquella originalidad, y haciendo heroicos esfuerzos por contener la risa, al paso que Anselmo empinaba su copa diciéndose :

— ¡ No se ha turbado !

Don Tiburcio, sin embargo, queriendo sacar á su cuñado de la confusión que le infundió el silencio con que sus palabras habían sido acogidas, dió la señal á sus hijas, y con un aplauso entusiasta, aunque tardío, hicieron que la conversación y la alegría se restableciese de nuevo en el comedor.

Pasados algunos instantes, los convidados abandonaron la mesa para volver nuevamente al paseo de la arboleda.

Esta vez Fortunato pudo ofrecer su brazo á Margarita, y Anastasio el suyo á la desdeñosa Virginia.

Julia aceptó el brazo de Carlos Peñalta, su antiguo adorador, y D. Anselmo tuvo que resignarse á la compañía de don Crispín, que viéndose abandonado por Margarita, se apoderó de D. Anselmo confundiéndole con una serie de preguntas sobre cada objeto que encontraba.

Mas apenas D. Crispín y su desesperado compañero habían dado algunos pasos en el jardín,

una risa general y ruidosa les hizo volverse hacia los que marchaban tras ellos, y uno de los convidados sacó una enorme cola de papel que los hijos de doña Petronila habían prendido al botón de la levita de D. Crispín, aprovechándose de la distracción de la mesa.

— Apostaría á que han sido mis niños, dijo D. Tiburcio, riéndose de la mejor gana.

— Sus demonios, debía decir, murmuró D. Crispín, tratando al mismo tiempo de mostrar un semblante risueño á la risa general.

De esta circunstancia se aprovecharon Margarita y Fortunato, Virginia y Anastasio para extraviarse por una calle apartada, cuando todos se habían detenido á celebrar la viveza de los muchachos.

Fortunato, no queriendo desperdiciar los cortos instantes que tenía para hablar con su querida, principió por manifestarle la desesperación á que lo reducía la incansable vigilancia de sus parientes y la necesidad á que se vería reducido de retirarse de la casa. Margarita comprendió la verdad de sus quejas, y después de una débil resistencia, concluyó por aceptar la proposición del joven que exigía una correspondencia epistolar como único medio de sustraerse á la observación de los padres y poder comunicarse los eternos juramentos con que se sustenta la pasión.

Anastasio por su parte no dejó de aprovechar aquel tiempo en favor de sus intereses, recordando á Virginia sus antiguos juramentos, pintándole con maestra elocuencia la aridez de la eterna soltería y haciendo resaltar la pasión de Fortunato por Margarita. Los vapores de una copa de champaña, la deliciosa sombra de la tarde, el amoroso ruido de los árboles mecidos por el viento ; todo contribuyó á dar mayor poder á la elocuencia de Anastasio. Los juramentos fueron renovados con ardor y Virginia se persuadió de que el único modo de salvar del celibato la vendría de la entrada de Fortunato en su familia, para que su influjo destruyese la repugnancia que manifestaban doña Rita y D. Modesto por una unión con el pobre y oscuro empleado fiscal.

Al volver las dos parejas por una calle de árboles, fueron sorprendidas por los padres de Margarita que se habían lanzado con inusitada velocidad tras los fugitivos, acompañados por D. Crispín que había abandonado á D. Anselmo después de su último percance de la cola.

Este último, aguijoneado por los celos y sin querer oir lo que le hablaban las personas que iba encontrando, tomó la dirección en que había visto desaparecer á Julia acompañada por Carlos Peñalta.

Después de recorrer varios puntos de la arboleda, D. Anselmo divisó á lo lejos y bajo el follaje de unos sauces llorones á una pareja sentada en un banco rústico : eran Julia y Carlos que parecían conversar con animación. D. Anselmo pensó en la triste figura que haría presentándose á interrumpir aquella conversación y resolvió oirla sin ser visto, dando para esto una vuelta por otro camino hasta llegar á inmediación del bosque de sauces. Mas el temor de ser sorprendido por las dos personas que allí se encontraban le detuvo antes de haberse aproximado lo suficiente para distinguir sus voces.

— La prueba de mi amor, decía Peñalta, está en mi constancia, pues ha resistido al ultraje que Vd. me hizo despidiéndome de su casa.

— No fué un ultraje, replicó Julia, sino hacer uso del único medio que tenía para salvarme.

— ¿ De modo que Vd. cree que se perdería con mi amor ?

— No con su amor, pero sí accediendo á sus exigencias.

— Julia, confiese que Vd. me ha tratado con demasiada crueldad.

— ¿ No era preciso hacerlo así ?

— No, si era verdad que Vd. me amaba. Pero yo lo olvidaría todo si Vd. lo quisiese.

— ¿ Cómo ?

— Amándome otra vez.

— Ante todo sería preciso que Vd. no me hubiese traicionado entregando á otro mis cartas.

— Verdad es, dijo Peñalta todo turbado con este ataque, que algunas de sus cartas se hallaban en manos de Bermúdez, pero no por culpa mía. Bermúdez es capaz de todo y quiere saberlo todo. Sospechoso de nuestros amores, se aprovechó de la confianza que yo le dispensaba para abrir un día los cajones de mi escritorio y apoderarse de esa correspondencia que yo guardaba como un tesoro.

— Tocábale á Vd. entonces vengarse del agravio, replicó Julia.

— ¿ No me exponía así á hacer correr de boca en boca el nombre de Vd. ?

Esta contestación pareció satisfacer á Julia, que fijó en el joven una ardiente mirada, en la que se reflejaban todos sus recuerdos y su antigua ternura; luego parándose.

— Ya es tarde, dijo, ¿quiere Vd. que nos vayamos ?

— ¿Es todo lo que Vd. me responde? preguntó Carlos levantándose también.

En este instante D. Anselmo, que había hecho inútiles esfuerzos por oir aquella conversación, se presentó ante la pareja que había dado ya algunos

pasos fuera del bosque, pero en vano buscó una explicación con Julia, porque Carlos le daba el brazo y era imposible hablar sin ser oído. Así marcharon hasta llegar á las casas, donde casi todos los convidados se habían reunido de nuevo.

La danza ocupó el resto de la tarde y el principio de la noche. Á las nueve la familia de Mantoverde dió la señal de la partida, despidiéndose de D. Anselmo, y tras ella siguieron las demás, hasta quedar sólo en el salón algunos jóvenes que se sentaron á una mesa de juego, miéntras que un criado preparaba una inmensa sopera de oporto caliente en la pieza vecina.

Don Anselmo se retiró también después de recomendar á Fortunato el cuidado de la casa.

Desde este instante el juego y las libaciones de oporto se sucedieron sin interrupción. Á las once Fortunato se alejó de la mesa en que jugaba con Carlos Peñalta y otros amigos.

— ¿Tienes dinero? preguntó Fortunato á Bermúdez llamándole aparte.

— No, lo he perdido todo, le respondió éste, que llevaba en su bolsillo cuanto había sacado á los otros que jugaban con él.

— Pues yo he tenido también malísima suerte, dijo Fortunato apurando un vaso de vino que había sobre una mesa inmediata.

Anastasio volvió á su mesa, dejando á Fortunato entregado á sus reflexiones. La idea que tiránicamente dominaba el espíritu del joven era la que se apodera de todo jugador á quien la suerte ha sido contraria : quería desquitarse á toda costa.

Además, los vapores del vino habían privado á Fortunato del suficiente poder de voluntad para dominar sus ímpetus de ambición. En ese momento le parecía que sólo había perdido por torpeza y que podría muy fácilmente recuperar lo perdido; pero no tenía un centavo con que jugar.

— Á ver, se dijo, voy á ensayar la suerte sin apostar.

Y acercándose á la mesa se puso á apostar mentalmente á algunas cartas, acertando en casi todas. En este estado su corazón latía con violencia. Fortunato llevó la mano á su pecho para contener sus latidos y oyó en su bolsillo el sonido seco de un papel : ese papel era el documento de dos mil pesos que su tío había firmado en favor suyo. Al desdoblarlo, un vértigo extraño se apoderó de su cabeza mientras que su sangre circulaba con inaudita celeridad : pareciósle que la Providencia le enviaba aquel socorro para rehacerse de sus pérdidas.

No hubo entonces casi ni un solo instante de vacilación. El joven tomó una silla y presentó su documento.

Carlos Peñalta era el montero y pasó en oro una fuerte suma á Fortunato en vista de la acreditada firma de su tío.

Nuevos vasos fueron presentados á los jóvenes, con lo que las apuestas y el entusiasmo redoblaban á cada instante. Pero Carlos conservaba la imperturbable sangre fría que el juego exige de sus adeptos, al paso que Fortunato buscaba en el vino la fuerza de ahogar la voz que de su conciencia se alzaba, cuando había perdido ya quinientos pesos. Y el vino, en efecto, que nunca niega su poder á los que tienen la loca temeridad de pedirlo, ofuscaba cada vez más sus ideas, haciéndole lanzarse en lo más disparatados envites.

Á las doce de la noche Fortunato había perdido ya los dos mil pesos que destinaba para salvar á D. Diego Almiro.

— Vaya, le dijo Carlos, estás de muy mala suerte, otro día te dare desquite.

— No, te juego sobre mi palabra, contestó Fortunato queriendo en vano ponerse de pie.

Sus piernas flaqueaban porque su cerebro se hallaba en completa ebullición.

— No quiero ganarte, replicó Carlos alejándose.

Fortunato bebió otro vaso de oporto, y dejó caer su frente entre los brazos que apoyaba en la mesa: al cerrar los ojos pareciόle divisar la llorosa som-

bra de Amelia que le pedía cuenta de los dos mil pesos.

Cinco minutos después se hallaba profundamente dormido.

Algunos de los jóvenes se retiraron, otros en que el vino había hecho mayores estragos fueron acostados en la casa y Anastasio se retiró alegremente á una pieza que de antemano había preparado después de hacer llevar á su cama á Fortunato, que roncaba con la tranquilidad del justo y del beodo.

XXXI

Al día siguiente Fortunato despertó con ese malestar que se apodera del cuerpo después de una noche de embriaguez. Sus ideas, soñolientas aún, le presentaron el cuadro de los sucesos de la víspera como los recuerdos de una penosa pesadilla; pero el sentimiento de la realidad, adquiriendo poco á poco más precisas y verdaderas formas, trajo á su memoria las escenas del juego, sus esperanzas y sobresaltos, y la idea vaga y confusa de la pérdida de los dos mil pesos. Esto le hizo dar un salto sobre su cama y apoderarse de la levita en cuyo bolsillo guardaba el documento de su tío. El documento no estaba allí. Un sudor frío discurrió entonces por todo su cuerpo, y su corazón se comprimió bajo las desesperantes reflexiones que se agolparon á su espíritu.

Era la primera vez de su vida que Fortunato se

hallaba frente á frente con la deshonra. Este pensamiento le hizo estremecerse de terror, mientras se vestía precipitadamente. Luego se preguntó con angustia lo que podría hacer en tan desgraciado trance. Presentarse ante D. Anselmo y confesarle lo ocurrido, le parecía imposible : su valor le abandonaba y la vergüenza encendía de antemano sus mejillas. Decir á D. Diego que habiendo tenido la buena intención de salvarle sólo le había faltado el suficiente juicio para no perder al juego la suma que había recibido con ese objeto, sería un amargo sarcasmo, y Amelia, la pobre Amelia podría maldecirle con razón.

Fortunato se arrojó fuera del cuarto para huir de la cruel tenacidad de su espíritu que le cerraba todas las vías de salvación.

La casa estaba sola. Anastasio y los demás jóvenes que allí habían pasado la noche, habían vuelto de mañana á Santiago á atender cada cual á sus ocupaciones. Las cartas tiradas sobre las mesas de juego, las velas consumidas en los candeleros, el silencio, la soledad, todo oprimió más dolorosamente el corazón de Fortunato.

Sentóse entonces melancólicamente en un sofá y sus ojos se nublaron de lágrimas. No le quedaba más recurso que marcharse á Santiago y buscar alli algún arbitrio que por entonces no se ofrecía á

su imaginación, en la que el temor de la deshonra paralizaba enteramente sus facultades.

Hizo poner el birlocho, miró maquinal y estúpidamente los trajines del postillón que ensillaba los caballos, subió después, arrojándose en el asiento como un hombre que se cansa de reflexionar, y el carruaje partió á galope tendido.

El aire del camino, refrescando su abrasada frente, calmó por algunos instanses el agudo pesar que le desesperaba. Su vista se perdía en las verdes y extensas arboledas que divisaba en su marcha, en los prados risueños, en la cristalina corriente de los riegos abundantes que fecundan los campos vecinos á nuestra capital. Pero, al través de esas arboledas, en medio de esos prados, sobre la superficie de esas aguas, flotaba siempre la penosa idea de su situación, porque la naturaleza es un espejo que siempre refleja la preocupación alegre ó triste de nuestro espíritu. Y Fortunato envidiaba la suerte de los rústicos habitantes de aquellos campos, cambiaba en su imaginación su destino por el de los hombres que respetuosamente le saludaban al ver la elegancia del birlocho que le conducía, y se admiraba al recordar la indiferencia con que el día anterior había contemplado todo aquello que despertaba en su alma tan extrañas ideas y tan humildes deseos.

El aspecto de los arrabales de la población le sacó de aquel idilio demasiado tardío por su mal, y á medida que avanzaba hacia el interior de la ciudad, la vista de toda esa gente á quienes las diversas ocupaciones del día mueven en direcciones opuestas, le volvió á la terrible necesidad de su presente, mostrándole las inexorables exigencias de la vida.

Una idea súbita, inesperada, maldita, cruzó de repente su cerebro con la velocidad del rayo, haciéndole estremecerse cual si divisara la oscura profundidad de un abismo. Aquella era la de hacer un nuevo documento, igual al que había perdido, falsificando la firma de su tío.

Por esto dijimos que Fortunato se había estremecido como si hubiese visto un abismo abierto ante sus pasos. Al principio, su alma se replegó con el casto pudor de una virgen que se oculta ante una mirada lasciva. Los nobles instintos de su naturaleza joven, alzaron unísonos su voz para protestar contra aquel temerario sacrificio, su inocencia se cubrió de rubor y el triste mozo hizo ademán de ocultarse en el fondo de su carruaje, pareciéndole que los que en él fijaban distraídos la vista, tenían el poder sobrenatural de leer en el fondo de sus pensamientos.

Llegado á su casa encerróse en su cuarto. Quería

estar solo y buscar algún arbitrio de salvación. En la soledad, los malos pensamientos se presentan con el orgulloso cinismo de su fuerza. La idea tentadora volvió de nuevo despertando todas las vanidades, todos los temores, todas las multiformes previsiones del espíritu que, por una extraña aberración, prefiere el remordimiento del crimen al rubor leal de la confesión.

Fortunato miró el reloj : eran las dos de la tarde. El día pasaba con espantosa rapidez y su imaginación le trazaba, cada vez más abultado y colorido, el cuadro de los sufrimientos de Amelia y su familia.

— Vamos, exclamó con los ojos centelleantes de desesperada angustia, es preciso salvarlos ; yo me arreglaré después como pueda.

Tomó entonces una pluma, abrió una carta, en la que se encontraba la firma de D. Anselmo y la remedó al pie de un documento igual al que había escrito el día anterior en presencia de su tío.

Hecho esto, salió con precipitación de su cuarto, dirigiéndose á casa de D. Diego Almiro.

Amelia se hallaba sola en el cuarto en que ella y su madre cosían ordinariamente. En aquellos pocos días el sufrimiento había estampado su melancólica huella sobre el suave rostro de la niña. La tristeza de sus ojos, el doloroso abatimiento de

la frente, se hallaban realzados por la palidez que cubría sus facciones.

Fortunato, al saludarla, sintió en su corazón la indecible tristeza que causa el pesar de una persona querida y tuvo un instante de orgullosa felicidad al pensar en el terrible sacrificio con que expiaba su ligereza del día anterior para volver su color á aquellas pálidas mejillas, el contento á esa pobre alma lacerada por la amargura.

Amelia contestó á su saludo haciendo un esfuerzo para encontrar una sonrisa. La inesperada presencia de Fortunato le infundía una turbación invencible. Hizo una señal mostrando un asiento, que el joven ocupó sin encontrar palabras para entablar una conversación.

— ¿ Qué tal estuvo el paseo de ayer? preguntó Amelia, sin acertar á explicarse la extraña gravedad del rostro siempre alegre de Fortunato.

— Hubo mucha gente, contestó éste.

— ¿ Y se divirtieron ?

— Por lo que á mí respecta, más bien me fastidié.

— ¿ No estuviste alegre ? me extraña muchísimo.

— ¿ Te extraña? ¿ Y por qué?

Amelia sintió que la sangre encendía sus mejillas á la sola idea de hablar de Margarita.

— ¿ Crees que sólo allí podía divertirme ? pre-

guntó Fortunato que huía del silencio y no había obtenido contestación á su pregunta anterior.

— Suponía, dijo Amelia con voz turbada, que tenías allí motivos para no fastidiarte.

— Ya lo ves, la vida es tan extraña, lejos de divertirme me fastidié todo el día, mi imaginación estaba en otra parte.

— ¿Que no asistieron todas las niñas convidadas? dijo Amelia bajando la vista.

— Todas, no faltó ninguna, y como te decía, mi pensamiento no estaba allí, estaba muy lejos.

— ¿En dónde?

Fortunato, antes de contestar, sintió en su corazón uno de esos súbitos arranques del amor mal apagado que inundan el corazón con un torrente de recuerdos, despertando los deseos irrealizados de una pasión platónica. Asi fué que en vez de explicar sencillamente la generosa preocupación que durante el día anterior le había dominado, al pensar en la suerte de Amelia, se dejó arrastrar por esa debilidad del hombre que jamás se resuelve á perder los derechos que cree haber adquirido en cualquier tiempo sobre una mujer.

— ¿En dónde? repitió, aquí, á tu lado.

La niña que había permanecido con la vista clavada en el suelo, alzó la frente llena de altanera y noble majestad. Su mirada sin rencor y sin odio,

pareció referir á Fortunato sus largos y silenciosos pesares, la fé de su alma marchitada en los desengaños, sus alegres sueños de amor desvanecidos al soplo de su inconstancia, su martirio ignorado en medio de las angustias de su familia.

Pero aquella noble actitud, aquella indefinible melancolía de sus ojos, realzaban la delicada belleza de su rostro, y Fortunato, subyugado por su hermosura, sólo pensó en hacer latir de nuevo un corazón que había encerrado tanto amor por él.

— Estaba á tu lado, volvió á decir; en medio de esa gente, de ese bullicio, de esa alegría general, yo me sentía solo, estaba aislado y pensaba en ti.

— Dejemos esta conversación, dijo Amelia con un acento en que la dignidad vencía enteramente á la turbación.

— ¡ Cómo ! ¿ Dudas de la verdad de mis palabras ? preguntó el joven palideciendo.

— Tengo sobrados pesares para hacer revivir los que he luchado por vencer, dijo Amelia, cuya voz, por uno de esos ataques bruscos de la sensibilidad, muy comunes en las mujeres, había perdido instantáneamente la entereza que acababa de manifestar.

— Si yo he causado esos pesares, me arrepiento de ello con toda mi alma, dijo Fortunato, á quien

la emoción hacía hablar en ese momento con entera sinceridad.

— Gracias; pero dejemos esa conversación, háblame del paseo; ¿ muy elegantes iban todas las señoras ?

Fortunato conoció entonces la falsa posición en que se había colocado para hacer nuevas protestas de un amor que traicionaba, y no halló qué contestar.

En ese instante D. Diego Almiro penetró en la pieza donde se encontraban. Al divisar á Fortunato, á quien habia visto crecer junto á su hija, se adelantó á saludarle lleno de cariño, y sentándose después á su lado, principió á hacerle mil preguntas sobre su vida, reconviniéndole por sus largas ausencias.

La presencia de D. Diego hizo bajar al joven de la encantada región de sus recuerdos á la triste y fría realidad de su situación. Involuntariamente llevó la mano al documento que había guardado en el bolsillo, y mientras el padre de Amelia hablaba, él oprimió convulsivamente el papel contra su pecho.

— Sr. D. Diego, dijo aprovechándose de una pausa que éste hizo y armándose de una gran resolución, he venido hoy expresamente para pedirle un favor.

— ¡ Un favor! ¡á mí! exclamó admirado el veterano; habla, hijo, bien pobre soy; pero si en algo puedo servirte, aquí me tienes.

Amelia fijó también admirada su vista sobre Fortunato, sin comprender el objeto de sus palabras.

— He sabido, continuó éste, que Vd. se encuentra atrasado en sus negocios.

— Es cierto, contestó D. Diego, la suerte me ha tratado mal, muy mal; bien dicen que es ciega, porque se empeña en servir á los que no la necesitan ni pueden agradecerlo. ¡ Cómo ha de ser !

— Supe también, añadió Fortunato, que D. Modesto Mantoverde se ha negado á conceder las esperas para el arreglo de los negocios de Vd.

— Qué quieres, hijo mío, el hombre es rico y no conoce la necesidad. ¡ Qué le haremos ! está en su derecho.

Y el veterano acompañó estas palabras con un suspiro que casi desmentía la resignación que procuraba aparentar.

— Pero esto poco puede interesarte, muchacho, añadió, tratando de tomar un tono alegre; volvamos á ti, ¿ me dijiste venías á pedirme un favor?

— Sí, y por eso le he hecho estas preguntas y me tomaré la libertad de hacerle otra todavía.

— ¿ Á ver ?

— ¿Es verdad que con dos mil pesos D. Modesto

Mantoverde consentiría en conceder el plazo que Vd. necesita?

— Es la verdad, él mismo lo ha dicho.

Amelia miraba al joven cada vez más admirada, viendo que parecía haberse ocupado de los asuntos de su familia mucho más de lo que ella creía.

— Pues el favor que yo vengo á pedirle, dijo Fortunato, es que Vd. me admita estos dos mil pesos y que pague á D. Modesto.

— ¡Qué te admita dos mil pesos! ¡á ti! pero niño, ¡tú eres más pobre que yo! ¿estás loco?

— Es cierto, soy más pobre que Vd., replicó Fortunato con una triste sonrisa, y por esto me atrevo á ofrecerle esta suma que Vd. no podrá considerar como un favor, sino como un servicio de amistad.

— Vamos, Fortunato, entendámonos; yo sé que tienes buen corazón, sé que me has querido como á un padre; ya se vé, te has criado á mi lado; pero por esto mismo no consentiría en que te sacrificases por mí. Guarda tus dos mil pesos, tú eres joven, vives en una sociedad que demanda crecidos gastor, no quiero que por mí vayas á entrar en privaciones. Te aseguro que te agradezco tu generosidad como si te aceptase. ¡Ah! tú no sabes el gusto que me das, niño, porque me haces ver que fuera de los míos, hay todavía corazones que se interesen

por este pobre viejo ; guarda tu dinero, Fortunato, que yo siempre te agradeceré esa noble acción.

Al pronunciar esta negativa, D. Diego, con los ojos húmedos de emoción y ternura, acariciaba al joven como á un hijo, y Amelia le contemplaba con el orgullo con que la mujer admira la nobleza del hombre á quien ama.

Fortunato, entretanto, oprímia con dolorosa desesperación el papel fatal, pero resuelto á sacrificarse por aquel hombre que, en medio de su miseria, hallaba tanta delicadeza en su desprendimiento.

— Vea, señor, dijo esforzándose por dominar la profunda emoción que le agitaba, yo aceptaría los escrúpulos que Vd. me manifiesta, si ese dinero fuese mío ; pero es de Vd., yo lo he pedido únicamente con ese objeto, de manera que si Vd. no lo acepta tendré que devolverlo.

— ¿ Quién te lo ha prestado ? preguntó D. Diego.

— No me lo han prestado, sino que me lo han dado para Vd.

— ¿ Quién ?

— Mi tío.

— ¡ Tu tío ! ¿ D. Anselmo ?

— Sí, ayer le pedí ese favor, diciéndole que era para Vd., y él me dió este documento.

Y Fortunato pasó á D. Diego la letra que acababa de falsificar, poniéndose lívido al desdoblarla.

— Te juro, le dijo D. Diego después de leer el papel, que yo no entiendo el mundo, Fortunato. ¡ Tu tío de hombre generoso ! yo me confundo.

— Hay una divinidad que lo ha trastornado, dijo Fortunato sonriéndose para ocultar su turbación ; el pobre tío está enamorado y esto le pone generoso.

— Así debe ser.

— De modo que Vd, me acepta, ¿ no es verdad ?

— Sí, te acepto, porque es preciso volver la tranquilidad á estas pobres mujeres y porque sé que con ello no te hago ningún perjuicio.

— ¡ Oh ! ninguno, absolutamente ninguno, murmuró Fortunato, mientras que un sudor frío inundaba su cuerpo.

Púsose de pie y tomó su sombrero para despedirse.

— ¡ Cómo ! ¿ ya te vas ? le dijo D. Diego.

— Tengo que hacer, contestó él ; después volveré más despacio. Adiós.

— Adiós, dijo el viejo militar siguiéndole con la vista.

Luego volviéndose hacia su hija :

— Ya ves, Amelia, le dijo, la suerte no nos aban-

dona enteramente, puesto que contamos con el cariño de corazones como ése.

Y salió para comunicar á su mujer la feliz noticia, dejando á su hija entregada á sus reflexiones.

— Sí, dijo ella, su corazón es noble, pero no me ama.

Y para ocultar su dolor, cubrió con sus pequeñas manos su rostro nublado por el pesar.

XXXII

La inquietud se había apoderado de Julia Valverde desde el paseo dado por D. Anselmo. Acostumbrada en los últimos tiempos á imponerle sus menores caprichos en nombre de su amor, ella esperaba que en ese paseo la pasión de su rendido amante llegase á su colmo y le infundiese la resolución de fijar irrevocablemente el día del enlace. Vimos que, por el contrario, la conducta de D. Anselmo había burlado esa esperanza.

Julia, en su calidad de mujer ambiciosa, tembló ante aquel repentino cambio. La fuerza de sus aspiraciones la hacía temer como serio cualquier obstáculo que amenazase aunque lejanamente el cumplimiento de sus propósitos ; porque sabía que en el tejido de pequeñas intrigas que componen la vida ordinaria, basta la ruptura de un hilo de la

trama para entorpecer la feliz conclusión de la obra.

Pero Julia era una joven de recursos. Lo que quiere la mujer, Dios también lo quiere, dicen algunos para pintar la tenaz penetración que toda hija de Eva tiene á su servicio cuando se propone un fin cualquiera. Julia se entregó, pues, á la indagación de las causas de la extraña conducta de D. Anselmo con absoluta concentración de un filósofo alemán que viaja en el campo de las ideas. El brindis á la religión que había pronunciado D. Anselmo, excitando la admiración general, fué la luz que arrojó en su espíritu la claridad de las deducciones. El recuerdo de fray Ciriaco se presentó al fin de su análisis : él debía tener la solución de aquel enigma, el que, á decir verdad, Julia no acertaba á explicarse satisfactoriamente. Mas tranquila, sin embargo, con la esperanza de obtener las necesarias explicaciones de fray Ciriaco, esperó la noche, porque sabía que podría verle en su misma casa ó bien en la de D. Tiburcio, á donde el reverendo Ayunales concurría invariablemente todas las noches á ganar los ahorros del empleado en la inocente lotería.

— Mi padre, dijo Julia á fray Ciriaco aprovechándose de un momento oportuno, desearía hablar con Vd. de un asunto de grande interés.

— Estoy á sus órdenes, mi amiga, contestó Ayunales, revistiéndose de la gravedad propia de un hombre de consejo.

Entonces Julia le refirió la conducta de D. Anselmo durante el paseo, comunicándole sus temores y observaciones.

— En esto, dijo al terminar, yo diviso la influencia de las personas de su familia, que en su calidad de herederos directos, se oponen al interés que D. Anselmo tiene la bondad de dispensarme. Fortunato y hasta la familia de D. Tiburcio, que tanto cariño me manifestaba cuando nos conocimos, me tratan de muy distinto modo desde que han creído que podía llegar á ser la mujer del hombre más rico de la familia.

— Fray Ciriaco tosió para disimular su silencio.

— Ahora, continuó Julia, expliquémonos con franqueza : Vd. puede servirme con su influjo respecto de D. Anselmo y calmar mi natural inquietud. Si yo no le amase, me inquietaría muy poco de todo esto, porque para mí su riqueza es insignificante : jamás he sido ambiciosa ; pero no puedo tolerar la guerra de egoísmo que me han declarado los parientes, que no ven otro medio de tener algo, sino heredando á D. Anselmo. De todos estos parientes, Fortunato es el que más tiene que esperar, porque su tío es su único apoyo.

— Pero me dicen que tal vez se case con la hija de Mantoverde, y esa niña es muy rica.

— Que es rica, nadie puede ponerlo en duda; pero Fortunato no se casará con ella.

— ¿Por qué?

— Porque es rica y sus padres no querrán darle por marido sino á un hombre de fortuna; con D. Crispín, su tío, por ejemplo, con quien la ví andar todo el día en el paseo. Ahora, añadió ella, bien que esto no valga la pena de decirse, pero como es una obra de beneficencia no está de más: casada yo con D. Anselmo, sabría hacerle dar á V. para su convento las sumas que él le ha prometido muchas veces, pero que hasta ahora no ha entregado. Quién sabe si no alcanzaríamos también á fundar algún establecimiento de caridad que Vd. dirigiría y así el amor que Vd. tiene á la humanidad no se perdería estérilmente por falta de medios de acción.

Fray Ciriaco vió abrirse ante sus ojos un nuevo porvenir con las últimas palabras de Julia. Con la rapidez del pensamiento, este infatigable y mágico constructor de castillos en el aire, saboreó el orgullo de ver correr su nombre de boca en boca, como el jefe de un establecimiento humanitario y calculó la importancia y el influjo que adquiriría con semejante posición.

— Esto sí que me serviría para llegar al provincialato, se dijo, y no el auxilio de ese pobre Fortunato á quien tan neciamente me había puesto á ayudar en sus planes.

Sus rápidas reflexiones le hicieron ver que debía prestarse á los deseos de Julia y abandonar la causa del joven para lo cual se le ocurrió el medio muy sencillo de desengañar á D. Anselmo.

— Yo haré, mi amiga, dijo á Julia que esperaba su contestación, todo lo que pueda por desvanecer lo que contra Vd. haya en el ánimo de mi amigo Rocaleal.

— ¿ Cuándo irá Vd. á verle ? preguntó ella.

— Mañana sin falta.

Julia se despidió entonces después de asegurar á fray Ciriaco su profundo y eterno reconocimiento, encontrando ocasión de insinuar de nuevo, y como de paso, la idea sobre el establecimiento de beneficencia.

Al día siguiente, como lo había prometido fray Ciriaco, llegó á casa de D. Anselmo.

Éste se hallaba sentado delante de su almuerzo con la vista fija en el mantel y sin hacer un solo movimiento. Continuaba allí la meditación profunda é incesante en la que le había arrojado la lucha de sus sentimientos desde la revelación de su confesor. El amor y los temores de su conciencia

se dividían el dominio de su espíritu, quitándole el uso entero de su razón y de su voluntad. Al divisar á fray Ciriaco, que con rostro alegre le saludaba, sintió una vaga esperanza de consuelo que le dió fuerzas para sonreirse al contestar el saludo.

Anoche estuve con Julia Valverde, dijo fray Ciriaco acomodándose en su silla para dar un ataque al almuerzo.

— ¿ Sí ? preguntó D. Anselmo, sintiendo oprimírsele dolorosamente el pecho.

— Hablamos muy largo y estoy satisfecho de la prueba á que la he sometido.

— ¿ Se convertirá á nuestra religión ? preguntó lleno de ansiedad D. Anselmo.

Fray Ciriaco, no obstante la seriedad con que se revestía para hablar con sus confesados, tuvo fuertes tentaciones de soltar una carcajada, al ver la triste fisonomía del viejo enamorado.

— Se manifiesta muy inquieta, dijo sin contestar á la pregunta que se le había hecho ; se manifiesta muy inquieta por la indiferencia que Vd. le mostró en el paseo : esto prueba que su amor por Vd. es verdadero.

D. Anselmo suspiró pensando en el obstáculo que le impedía aprovecharse de ese amor.

— ¿Pero de qué me sirve su amor? dijo oprimiendo su cuchillo contra la mesa.

— ¿De qué le sirve? para casarse nada menos.

— ¡Para casarme! ¡yo! ¿y quién me obsolvería después?

— Lo absolvería yo, mi amigo; tranquilícese Vd., porque también sale triunfante de la prueba á que le he sometido.

— ¿Cuál ha sido esa prueba?

— La de ver si Vd. tendría valor para renunciar á ella, poniendo entre ambos un obstáculo casi insuperable y veo que Vd. perdería en ello su salud y tal vez su vida.

— Así es, la amo más de lo que yo mismo creía.

— Eso es precisamente lo que me interesaba saber, pues no habría consentido jamás en dejarle á Vd., que es mi amigo más querido, contraer un matrimonio sin estar seguro de que su amor era verdadero y no un simple capricho.

— Ya lo ve Vd., es demasiado verdadero, y si ella fuese católica.....

— Es tan católica como Vd. y yo.

— ¡Cierto! exclamó D. Anselmo apoderándose de las manos del reverendo Ayunales y obligándole á deja caer un bocado que llevaba á la boca.

¡ Cierto! de modo que lo que Vd. me dijo ayer !...

— Fué un medio de poner su amor á prueba.

— ¡ Ah ! me vuelve Vd. la vida, y sin embargo de lo que he sufrido le agradezco su interés.

Después de esta conversación, D. Anselmo se dirigió á casa de Julia, impacientándose por el paso tardío de fray Ciriaco que le acompañaba.

Á dos pasos de la puerta de calle encontraron á Fortunato.

— Mira, le dijo D. Anselmo con el rostro radiante de alegría, dentro de ocho días me caso.

— Amigo, le dijo fray Ciriaco tomándole aparte, todas mis tentativas han sido inútiles, el hombre está loco de enamorado.

Fortunato se despidió de ellos sin hacer alto en lo que acababa de oir; su pensamiento único era salvarse de la deshonra.

XXXIII

Fortunato entró á casa de su tío y se dejó caer sobre un sofá. La alegría, ese tesoro de la niñez que tan pronto disipamos, había huído de su alma. Parecíale que el mundo solo contenía pesares; y la vida, lejos de ser esa aspiración que la esperanza dirige con sus alas, se le figuraba una guerra atroz para los que nacen sin fortuna.

La vieja criada de D. Anselmo entró en la pieza donde se encontraba el joven y entabló con él una de esas conversaciones familiares, con las que los sirvientes antiguos en una casa creen poder divertir á sus amos. Pero Fortunato no la oía y la miraba con el aire del hombre que oye hablar con la parte de su individuo que De Maistre llama espiritualmente la *bestia,* mientras que la otra parte, su alma, vaga en la región de las ideas.

— El caballerito no está alegre, salió diciendo la vieja muy poco satisfecha de la atención que se le había prestado.

Pocos momentos después Fortunato oyó golpear á la puerta y contestó con distracción :

— Adelante.

Don Diego Almiro entró en la pieza.

— ¡ Ah ! Fortunato, dijo con alegría adelantándose hacia el mozo, no esperaba tener el gusto de encontrarte aquí, y venía á buscar al Sr. D. Anselmo.

— Mi tío ha salido, siéntese Vd., dijo el joven presentándole una silla.

— Vengo, dijo el veterano, con la intención de darle las gracias por el servicio que me ha hecho por medio de ti. Bien sé que te lo debo casi únicamente ; pero él ha tenido la generosidad de prestar el dinero, lo que no es poco por los tiempos que corren. Tú, añadió mirándole con ternura, me has salvado la vida y no hallo palabras para pintarte mi agradecimiento.

— Vea, no hablemos más de eso, dijo penosamente Fortunato. ¿ Ha arreglado sus asuntos con D. Modesto ?

— Sí, aunque con alguna dificultad.

— Era lo que yo deseaba ; ahora le pido que olvide esto y se consagre de nuevo á su trabajo ; yo le hablaré á mi tío de su visita.

Don Diego insistió todavía sobre su agradecimiento; cada una de sus palabras hería de dolor el corazón del joven. Luego después se despidió invitándole á volver pronto á su casa.

— Mi mujer y Amelia te quieren tal vez más de lo que tú te imaginas, le dijo, no las prives del placer de verte.

— ¡ Amelia ! dijo Fortunato dando un suspiro cuando D. Diego salía. ¡ Ah, si yo me hubiese contentado con su amor sería más feliz ; ¡ pero ya es tarde !

Este último pensamiento hizo sobrecogerse su corazón de un extraño terror. Esta idea, de la imposibilidad de volver sobre sus pasos, cuando se presenta por primera vez á las imaginaciones jóvenes, va siempre acompañada de un cortejo de fúnebres presentimientos y de aterradores desconsuelos. El hombre atraviesa los primeros años de su juventud sin pedir nada al pasado, tanta es la savia de vigor que lo impulsa al porvenir : la primera vez que pide la felicidad á sus recuerdos, parece que un eco lejano se encarga de contestarle con melancólico desconsuelo. Fortunato, al decir « *ya es tarde,* » midió con profunda tristeza el abismo que le separaba de ese tiempo de inocente alegría ; pero halló en su alma esa resignación estoica y soberbia, propia de la juventud, que des-

precia el peligro presente, fiándose al azar de la vida con arrogante desprecio.

— En fin, se dijo, ya no tiene remedio, y yo estoy aquí afligiéndome como un niño, cuando, en último caso, si confieso la verdad á mi tío, él me salvará, porque comprenderá mi situación.

Tras estas palabras Fortunato salió de casa de su tío. En ese instante el joven pensó que casándose con Margarita Mantoverde le sería muy fácil recoger ese documento, ya por medio de la niña, ya pidiendo dinero prestado, pues ante su calidad de yerno de un capitalista como don Modesto, las dificultades que entonces hacían imposible ese proyecto, se allanarían sin ningún esfuerzo.

En la noche se fué á casa de Bermúdez á la hora en que éste acostumbraba hacer su visita á la familia de D. Modesto.

— Ahora más que nunca, dijo á Anastasio que arreglaba su vestido delante de un espejo, estoy decidido á no perdonar medio alguno para casarme con Margarita.

— Así es como me gusta oirte hablar, contestó Bermúdez, y no con el desaliento que mostrabas en días pasados. Cuando uno no nace rico, es muy digno de lástima si no aprovecha los medios de que puede disponer para hacer fortuna. Y cuando ésta

viene de manos de una chica, bella y enamorada ¿no es cuanto puede desearse?

— Yo creo, por lo que he observado, dijo Fortunato, que tendremos que entrar en guerra muy pronto con la familia.

— Tan pronto, añadió Bermúdez, que es preciso iniciar la correspondencia desde mañana, porque ya se corre el enlace de Margarita con su robusto tío D. Crispín.

— ¡Bah! por ese lado nada temo; ella no puede amarle.

Anastasio miró con asombro á su amigo al oirle estas palabras:

— Tu argumento me parece peregrino, dijo, y si en él te fías, mañana puedes despertarte bueno y redondamente calabaceado. Mira, hay niñas, como lo es tu Margarita, en las cuales el amor es una afición particular hacia un hombre, pero que ni las quita el sueño, ni el deseo de divertirse, ni mucho menos el de casarse: no todas las mujeres nacen con el corazón fogoso con que nos complacemos en figurárnoslas, lo que sin duda es un beneficio del cielo, porque el excesivo número de las que se casan sin amar, obligadas por sus padres ó por la necesidad, despertando después á su naturaleza verdadera vivirían en el sacrificio ó en la deshonra. En suma; y esta es mi opinión, si

te casas con Margarita, ella te amará y te hará feliz; pero si no andas listo se casa con el tío si sus padres le ordenan.

En casa de doña Rita los dos jóvenes recibieron con bastante aplomo el frío saludo de la señora é hicieron inauditos esfuerzos por animar la conversación, que con la presencia de ellos parecía haber languidecido.

Anastasio, sin embargo, más osado que Fortunato y más acostumbrado á arrostrar la frialdad en una visita, entabló una conversación con Virginia, aprovechando el ruido de las voces de los demás, mientras que Fortunato sentía subir toda su sangre á sus mejillas cada vez que reinaba el silencio en la pieza, y tomaba mil actitudes sobre la silla sin encontrar la comodidad en ninguna de ellas.

Las demás personas que se hallaban en la tertulia, hablaron de las insignificantes ocurrencias de la capital, comentando con cierta reserva la noticia que corría del próximo matrimonio de D. Anselmo y Julia.

Después de dos horas mortales, en las que Fortunato sólo había podido cambiar con Margarita algunas amorosas pero furtivas miradas, los dos jóvenes salieron de la casa maldiciendo la suerte que parecía conjurarse contra ellos.

— No queda más recurso, dijo Anastasio, que

apelar á la correspondencia y disminuir las visitas. En las pocas palabras que hablé con Virginia la recordé sus promesas de la chacra, diciéndola que había llegado el tiempo de cumplirlas.

— ¿Y qué ha dicho?

— Ha consentido, de modo que pasado mañana escribirás tu carta y yo la entregaré.

— Muy poca esperanza tengo del éxito, dijo Fortunato, pues á pesar de mis cartas, si los padres quieren, la casarán y me despedirán de la casa.

— Con la diferencia de que por medio de las cartas, dijo Anastasio, puedes alimentar su amor hasta la exaltación, y si las cosas llegan al estado que temes, la tienes ya preparada para el último recurso.

— ¿Cuál es ese último recurso?

— La fuga, á menos que no te sientas con valor para robártela.

— Si ella consiente ¿por qué no? dijo Fortunato.

— Tu interés es triunfar por las vías naturales si puedes, pero triunfar de todos modos. La sociedad entera sabe tus amores con Margarita, de modo que si no te casas con ella, te quedas chasqueado y con la fama de casa-dote, llamando así á los mozos que andan en busca de niñas ricas: con tal

fama y calabaceado, no te queda más recurso que irte á buscar la suerte en otra parte.

Dos días después de esta conversación se entabló entre Fortunato y Margarita una larga correspondencia amorosa, de la que nosotros sólo daremos las primeras muestras, para satisfacer la curiosidad de los lectores amigos de estos detalles, más comunes en la vida social, que lo que los padres y madres de familia se figuran ordinariamente.

« Margarita querida », decía la carta de Fortunato, que bajo la inspiracion de Anastasio arrojó en ella todas las reminiscencias de sus lecturas de colegio : « El destino se empeña con mano airada en separarnos, cuando el cielo nos formó para confundir nuestras almas en el delirio inefable que llamamos amor. La tiranía de doña Rita y la insultante tenacidad de D. Crispín, arrojan mi espíritu en una atroz desesperación; porque ellas me privan de oir la dulce voz de Vd., que es para mí la música del cielo; de extasiarme á mi sabor en esos ojos que son mi paraíso; de sentir su perfumada respiración que es mi atmósfera vital. Quitarme estos encantos de mi vida, es como quitar á las avecillas las auras balsámicas de la selva. Sí, Margarita, mi dulce é idolatrada Margarita, ya que no puedo hablar con Vd., paso la horas y los días pensando en Vd., llamándola con el alma, como un

ciego llama á la luz, como un marino invoca la calma en la tempestad de los procelosos mares, porque lejos de Vd. mi agitación semeja á esas tormentas y mi amor raya en locura. »

Como las dimensiones de un billete amoroso no alcanzan casi nunca las de una carta ordinaria, Fortunato puso su firma al pie de la que hemos copiado y Anastasio la entregó cuidadosamente perfumada en manos de Virginia, con quien podía hablar con mayor libertad.

Virginia leyó esta carta antes de entregarla. Cada una de sus páginas fué como una oleada de fuego que se agolpó á su corazón palpitante : ser objeto de una pasión pintada con tan florida elocuencia por un joven de la belleza de Fortunato, le pareció una de esas felicidades inmensas, que el alma misma apenas se atreve á soñar. Las personas á quienes la belleza no ha dispensado sus frágiles dones, están más que otras sujetas al vértigo que se apoderó del corazón de Virginia á la duodécima lectura de la carta.

Margarita la recibió cuando se había retirado á su cuarto. En el silencio de la noche, á la luz de una sola bujía, las palabras de Fortunato tomaron á sus ojos un prestigio que tal vez no habrían tenido á la hora más prosaica de medio día. La exaltación llamó naturalmente la inspiración, esta compa-

ñera de todo acaloramiento mental, y tomando la pluma, escribió la siguiente carta, que llegó á manos del joven por la misma vía que había enviado la suya.

« Fortunato : Aunque sé que una niña pierde mucho con esta clase de correspondencia, tomo la pluma para escribirle, porque si no lo hiciese, Vd. creería que no correspondo á su amor y podría con razón llamarme ingrata y pérfida también. Tanto como Vd. deploro la tiranía de mi mamá y los galanteos de mi tío Crispín, con quien quieren hacerme casar ; pero yo sabré resistir mientras Vd. me manifieste ese amor que me pinta en su carta, aun cuando para ello fuese necesario el imponerme enormes sacrificios. En estos días he sufrido mucho, tanto por no poder hablar con Vd., cuanto por un dolor de garganta que me resultó del paseo y para el cual me han hecho tomar una porción de remedios. Virginia ha encontrado su carta muy *bonita* y yo también. Si mi mamá la viese se pondría furiosa ; pero yo la he leído retirada en mi cuarto, al cual ella no viene casi nunca en la noche, porque se acuesta después de dar la plata para la plaza. En fin, crea en la constancia y en el amor de su afectísima Margarita. »

El lector meditará sobre ambas epístolas, que presentamos como una muestra del estilo erótico que cultiva una gran parte de nuestra sociedad.

XXXIV

Ocho días después, la casa de D. Anselmo Rocaleal atraía las miradas de los que por allí pasaban, por el aire de fiesta inusitado de que parecía hallarse revestida.

Eran las ocho de la noche. Las piezas principales de la casa se hallaban abundantemente iluminadas y habían sufrido una completa transformación en sus muebles y cortinajes, gracias al dinero y á los inteligentes esfuerzos de un tapicero francés.

En el salón se veían algunos grupos de las personas de la familia, conversando en voz baja como sucede en los preliminares de una fiesta. D. Anselmo, vestido de rigorosa etiqueta, pasaba de un grupo á otro, recibiendo las felicitaciones de muchos

de los que más habían declamado contra la locura que iba á hacer.

Un carruaje paró con estrépito á la puerta de la casa y pocos instantes después Julia Valverde se presentó en el salón acompañada por su madre y dando el brazo á D. Anselmo que, con la velocidad del rayo, se había lanzado fuera de la pieza al oir el ruido del carruaje.

Julia estaba en toda la majestad de su belleza.

La esperanza aumentaba el brillo natural de sus ojos y el rosado tinte de sus mejillas. Su pelo, artísticamente arreglado, realzaba la belleza de su frente. Su vestido era de un molde irreprochable y dibujaba con indecible gracia la finura de su talle. En el peinado, en el cuello, en los brazos, los diáfanos brillantes reproducían sus millares de luces, rodeándola de una aureola resplandeciente, cuya luz parecía aumentarse con cada una de sus sonrisas, que dejaban ver el blanco esmalte de su pequeña dentadura.

Las personas que se encontraban en el salón se adelantaron presurosas á saludarla. Ella las recibió con modesta majestad, complaciéndose al verse estrechada entre los brazos de cada una de las orgullosas señoras cuya posición había envidiado durante tanto tiempo.

Pocos momentos después llegó fray Ciriaco y

muchas de las familias convidadas al baile de aquella noche, las que se presentaban temprano con el fin de presenciar las bendiciones.

Después de varias conversaciones en voz baja entre los padrinos, D. Anselmo y Julia fueron colocados entre ellos, rodeados de todos los circunstantes y unidos para siempre por las palabras del sacerdote. Á esto siguieron los abrazos de estilo y la conversación principió á hacerse más general y animada, dándose principio al baile con las personas que durante este tiempo habían ido llegando.

Entre las niñas, Amelia Almiro, si bien no se hacía notar por la riqueza de su vestido, llamaba la atención general por la delicada belleza de su rostro y las elegantes proporciones de su cuerpo. Convidada al casamiento de D. Anselmo, que quería olvidar en aquella noche sus antiguas enemistades, Amelia venía alli arrastrada más bien por su irresistible amor á Fortunato que por el pueril deseo de divertirse. Su belleza la atrajo al instante varios de esos galanes de baile que cifran su orgullo en bailar con las más bonitas mujeres de toda reunión; pero todos ellos, al lanzarla á quema ropa los bruscos ataques de la galantería improvisada de los salones, se admiraban del aire frío, á la par que modesto, con que la niña recibía sus palabras,

á las que sólo contestaba con la más irreprochable urbanidad.

Después de las cuadrillas la orquesta preludió un valse. Fortunato se acercó á Amelia, convidándola á bailar y ambos se lanzaron en el torbellino de parejas que daban vuelta al rededor del salón al compás de la animada música de ese baile. Amelia se dejaba guiar por su compañero, siguiendo con su delicado cuerpo los suaves movimientos de la danza y sintiendo renacer en su alma las deliciosas esperanzas de amor, cuya pérdida le había hecho verter abundantes lágrimas en los últimos días. Algunas palabras de Fortunato llegaban á sus oídos mezcladas con los sonidos de la orquesta, cortadas por el movimiento del baile ; pero expresivas con el prestigio de la situación, recogidas por su alma, ávida de ese lenguaje, y engalanadas con la tímida alegría que principiaba á conmover de nuevo su espíritu. Los corazones son tan crédulos y tan ingenuos en su primer amor, que olvidan con increible facilidad el dolor de un desengaño al resplandor siempre simpático de cualquiera esperanza. Así Amelia, al verse entre los brazos de Fortunato en el movimiento y alegría generales, cedió al influjo de sus primeras creencias ; porque lejos de entregarse á reflexionar, se entregó á sentir : abandonó el frío y cruel ejercicio del espí-

ritu, para someterse al imperio enervante del sentimiento.

Los últimos sonidos de la música la sorprendieron en ese estado delicioso; pero al llegar á su asiento, radiante con su nueva felicidad, una voz bien conocida la despertó de su ilusión, y la tornó al penoso convencimiento de la realidad.

— Me has tomado mi compañero, le dijo Margarita Mantoverde, que había llegado con su familia cuando iba á principiar el valse.

— No te ví llegar, contestó Amelia, aterrada con tan cruel y repentino desengaño.

— Á mí me gusta verlo bailar contigo, porque eres mi amiga y además sé que te mira como á una hermana.

Amelia hizo un esfuerzo para continuar aquella conversación, de la cual cada palabra venía á herir de muerte las esperanzas que el valse había despertado en su pecho.

En un grupo de hombres D. Anselmo daba rienda suelta á la locuacidad que su alegría le suministraba, y recibía con risueño semblante esas bromas de bastante mal gusto, que ciertos hombres, con pretensiones de graciosos, hacen siempre á los novios en semejantes casos.

Entre las señoras, condenadas casi siempre á formar espectadores de salón, las conversaciones

eran también animadas, si bien en voz más baja que las de los hombres. El vestido de la novia, su peinado, sus brillantes, los encajes de Inglaterra de los vuelos del vestido, la vuelta de igual encaje del descote, toda su persona y su traje, formaban el fondo de la mayor parte de estas conversaciones. Unas admiraban su gracia y otras criticaban la poca finura de sus maneras; éstas ponderaban la riqueza de los adornos y aquéllas se escandalizaban de tal ostentación en una persona que era conocida como pobre; dos señoras entradas en años alababan la frescura de su cutis, y dos casadas jóvenes se contaban que á la luz del día Julia tenía el rostro ajado y de mal color. Y agotada la conversación sobre la novia, tomaba entonces más ensanche á las vecinas y de éstas á las más lejanas, hasta dar la vuelta entera á toda la concurrencia femenina. En un rincón de una de las piezas laterales la familia de D. Tiburcio Rostroalbo había sentado sus reales. Doña Petronila y sus hijas hablaban fuerte, lo observaban todo, llamaban á gritos á los conocidos que pasaban al lado de ellas y tomaban cada una dos platos de helados cuando se acercaba algún mozo con bandeja, parapetándose al mismo tiempo tras de enormes pilas de barquillos que colocaban sobre sus faldas. Para ellas todas las mujeres estaban mal vestidas, todas excesivamente

escotadas, y los bailes eran soberanamente insípidos, por la sencilla razón de que nadie, hasta entonces, había tenido suficiente arrojo para sacarlas á bailar. El único hombre que se acercaba de cuando en cuando á ellas era D. Tiburcio que las preguntaba cada vez:

— ¿Han tomado helados? ¿han tomado barquillos?

Á lo que ellas contestaban en coro:

— Sí ¿y á qué hora será la mesa?

Después de este corto diálogo D. Tiburcio se retiraba de nuevo en busca de algún lugar que le pusiese á cubierto de los aires colados; porque apenas salía de un romadizo, según refería á todos los que le preguntaban por su salud.

Fortunato, entretanto, había hecho durante toda la noche inútiles esfuerzos por hablar con Margarita. Su madre le aterraba con sus altaneras miradas, y don Crispín, con el cuello rígido como el de una estatua egipcia, le cerraba el paso por el único lugar por donde hubiese podido llegar hasta ella.

El tío de Margarita parecía hallarse en prensa en su traje de baile, tal era lo que su blanca y almidonada corbata le sofocaba, tal la rigidez de sus brazos que luchaban con las costuras de las mangas del frac de atrasada forma y tal el movimiento

de sus pies que hasta entonces habían ignorado el uso del cuero charolado. Pero, no obstante todo aquello, y el calor de la atmósfera, que apenas bastaba para su respiración, D. Crispín se mantenía firme en su puesto, mientras que los parientes varones habían sacado á bailar á Margarita con tanta puntualidad y un orden tan regular, que parecía la ejecución de un plan combinado de antemano.

Fortunato, desesperado ya de lograr su intento y no pudiendo contentarse con las raras miradas que había podido obtener, se decidió al sacrificio de sacar á Virginia para poder, al volverla á su asiento, convidar á Margarita.

Virginia se prestó gustosísima á aquella invitación, de la que Fortunato se arrepintió inmediatamente que oyó las palabras de aceptación pronunciadas con una sonrisa tan estudiada, que más bien parecía un gesto. Tampoco dejó de contribuir á su arrepentimiento, la sorpresa nada caritativa que se pintó en el semblante de Margarita, que no agradeció como debía el sacrificio que por su amor se imponía Fortunato.

— El baile está lindísimo, le dijo Virginia con una mirada al soslayo, en la que quiso retratar su ternura, cuando se paseaban esperando la música de la polka que iban á bailar.

— Así es, dijo Fortunato, que apenas podía ocultar su disgusto; luego en voz baja y como para responderse á sí mismo.

— Era la última necedad que me faltaba que hacer, la de sacar á esta *visión*, se dijo, tratando de evitar las miradas malignas de muchos amigos que se habían sentado en un sofá para verle bailar.

— Muy ingrato se está Vd. poniendo con nosotras, le dijo su compañera, con una nueva mirada más insinuante que la primera.

— Me ha sido imposible ir en estos días á su casa, contestó Fortunato.

Virginia suspiró tiernamente. La música había principiado ya, y al ir de nuevo á dirigir la palabra al desesperado joven, éste la arrebató por un movimiento inesperado, dando principio á la danza con tal furor, que al cabo de algunas vueltas, Virginia sentía que la respiración le faltaba. Al fin, Fortunato pareció apiadarse de ella y se detuvo, creyéndola ya con menos deseos de conversar; pero ella, sin darse el tiempo necesario para recobrar su tranquilidad:

— Sus cartas, le dijo, me han tenido encantada. ¡Qué dichosa es Margarita de inspirar un amor de esa clase?

— Vd. puede inspirarlo igual ó tal vez mayor, le contestó Fortunato, tomando el partido de divertirse ya que él mismo se había buscado aquel suplicio.

— Vd. dice eso, pero no lo cree, dijo ella, revolviendo extrañamente los ojos y dando á su voz una suavidad de tiple, como el tono que se adopta en las máscaras para disfrazar la voz.

— ¡Oh! lo creo firmemente así y Vd. misma debe conocer sus encantos.

— Vd. es muy lisonjero; pero no le creo.

— ¿Qué cosa?

— Lo que Vd. me dice, murmuró Virginia, bajando los ojos llena de púdica turbación.

Mas Fortunato, encontró por conveniente dar principio otra vez á la danza y no concluir hasta que se terminase la música. Al sentar á Virginia, se sintió oprimir suavemente la mano, circunstancia que no detuvo su atención, porque tocaba ya al momento que tanto había esperado.

— Señorita, dijo acercándose á Margarita ¿me hará Vd. el favor de bailar conmigo las próximas cuadrillas?

Margarita se sintió en el mismo instante oprimir el pie por una enérgica insinuación de su madre, lo

que le hizo pensar que debía echar sobre ella una mirada consultiva.

— Está en baile con Crispín, dijo doña Rita, sin dignarse mirar al joven, mientras que el tío D. Crispín, vigorosamente apremiado por sus botas nuevas de charol, mudaba de actitud á cada momento, secando con su pañuelo el copioso sudor que humedecía su frente y sus redondas mejillas.

— Entonces será el schotish siguiente, dijo Fortunato sin desalentarse.

— Creo que también está en baile con Crispín, dijo doña Rita siempre sin mirar al joven.

Margarita bajó la frente llena de vergüenza y Fortunato se retiró desesperado.

— Es imposible bailar con ella, dijo á Bermúdez que observaba á alguna distancia aquella escena y comprendía perfectamente lo que en ella sucedía.

Los dos jóvenes pasaron, dándose el brazo, á una pieza donde se servían refrescos y licores. Allí Anastasio llevó á un lugar apartado á su amigo.

— Acabo de oir una conversación, le dijo, que me ha dado la idea de hacerte una pregunta.

— ¿Cuál?

— ¿Cuántos documentos firmó tu tío á favor tuyo el día del paseo?

Fortunato, llamado por estas palabras á la terrible idea que le dominaba y que por un instante había olvidado, se mostró turbado y no acertó á contestar.

Esta turbación no pasó desapercibida á los penetrantes ojos de Anastasio.

— Tú me dijiste ese día que sólo habías conseguido una letra de dos mil pesos.

— Así fué, dijo Fortunato turbado.

— Pero esos dos mil pesos los perdiste al juego en la noche y quien te los ganó fué Carlos Peñalta

— ¿Y á qué vienen estas preguntas? dijo Fortunato tratando de serenarse.

— Las hago porque he oído hace un momento al mismo Carlos que D. Diego Almiro se salvó por un documento de dos mil pesos que tú endosaste á su favor.

— Ese lo conseguí después de mi tío, replicó Fortunato dirigiéndose á la mesa y tomando un vaso de vino.

La turbación del joven había hecho sospechar la verdad á Anastasio. Su tristeza de los últimos días y aquel nuevo incidente, bastaron para despertar esta sospecha en el espíritu de Bermúdez, siempre inclinado á deducciones de este género.

— Yo averiguaré la verdad muy fácilmente, se dijo dirigiéndose al salón.

El baile se prolongó hasta las dos de la mañana, hora en que algunos amigos de D. Anselmo se encargaron de dispersar la concurrencia, atravesando los salones con sus sombreros en la mano, y despidiéndose de varias personas, para hacer notar que era tiempo ya de retirarse.

FIN DEL TOMO PRIMERO


WIDENER
CANCELLED

